

SOLO UNA AUTÉNTICA REINA  
PUEDE ARDER ASÍ



# FURYBORN

2. EL LABERINTO DEL FUEGO ETERNO

CROSS  
BOOKS

CLAIRE LEGRAND

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Mapa

1. Rielle

2. Eliana

3. Rielle

4. Eliana

5. Rielle

6. Eliana

7. Rielle

8. Eliana

9. Rielle

10. Eliana

11. Rielle

12. Eliana

13. Rielle

14. Eliana

15. Rielle

16. Eliana

17. Rielle

18. Eliana

19. Rielle

20. Eliana

21. Rielle

22. Eliana

23. Rielle

24. Eliana

Elementos de la trilogía del Empirio

Agradecimientos

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Tras el impactante final de *Furyborn 1: El origen de las dos reinas*, llega la segunda parte de esta imponente saga para saciar el apetito de los lectores ávidos de más. *Furyborn 2: El laberinto del fuego eterno* desvela algunos de los secretos planteados en el libro anterior, y abre nuevas incógnitas sorprendentes.

Inmersa en un gran escándalo palaciego, Rielle debe enfrentarse a pruebas de enorme peligro para demostrar si es ella la Reina Solar que la profecía anunciaba. Mientras su corazón se desgarrar por Audric, su obligación es mostrar tanto a gobernantes como a súbditos que sus poderes proceden del Bien. Sin embargo, una oscura presencia la acecha, y le hace ver que su Destino quizá es mucho más terrible de lo que ella creía...

Por su parte, Eliana descubre la espantosa verdad que oculta el Imperio, y se encuentra ante el dilema de asumir un Destino más poderoso de lo que jamás hubiera imaginado... ¿Estará quizá en su mano un poder tan grande como para destruir el mundo?

¿Cuál de ellas es la Reina del Sol, y cuál la Reina de la Sangre? El enigma continúa.

FURYBORN

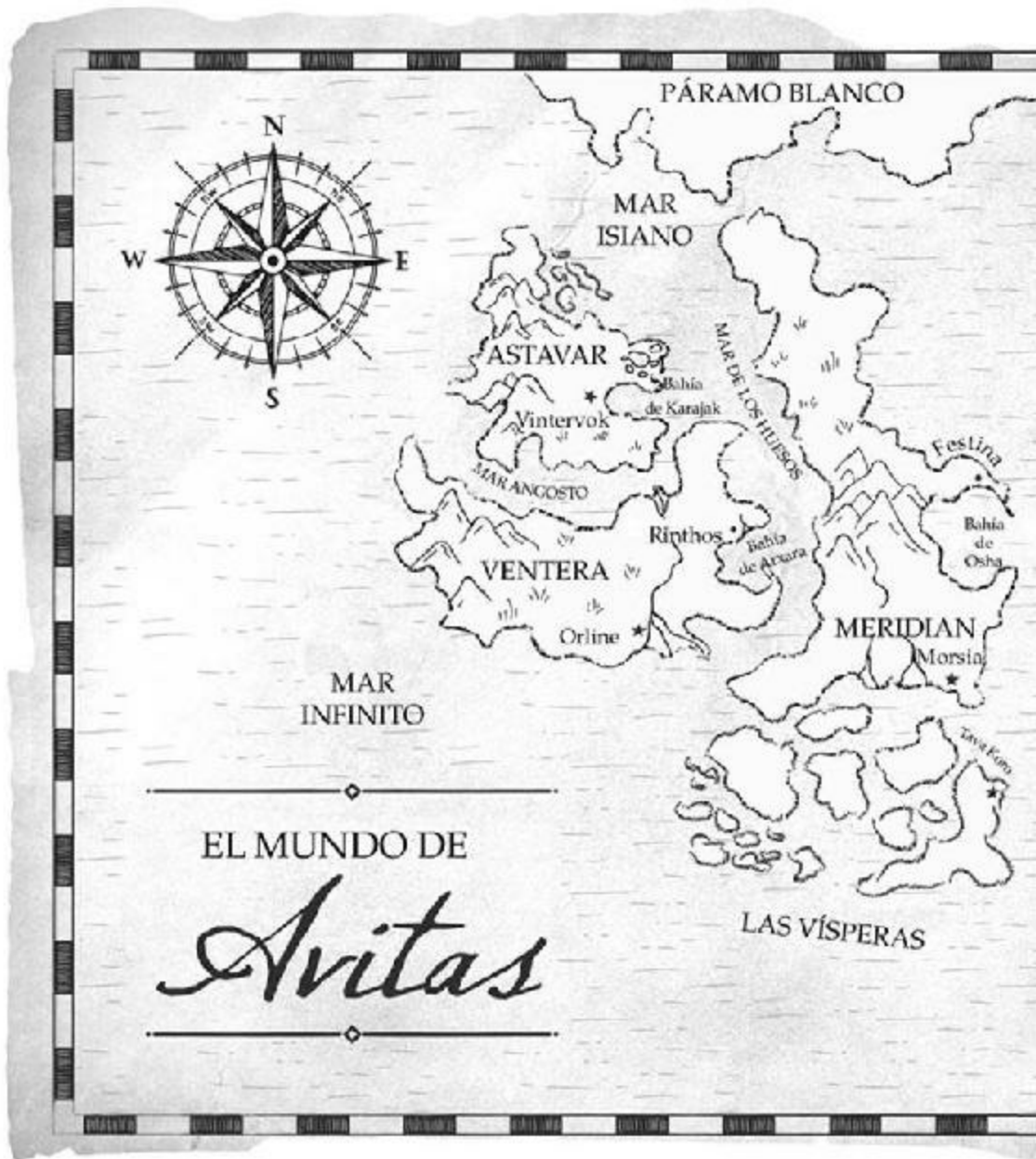
## 2. El laberinto del fuego eterno

Claire Legrand





*A Brittany,  
la primera en conocer Celdaria*



MAR  
INFINITO

EL MUNDO DE

*Avitas*

LAS VÍSPERAS



# 1

## Rielle

«No sé en qué estarías pensando, y Dios sabe que no quiero que me lo expliques. Pero, si necesitas huir o un sitio para esconderte, que sepas que siempre puedes acudir a mí. Ni siquiera Su Santidad conoce todos los lugares secretos de esta ciudad ni cuántos de estos me pertenecen.»

Mensaje de Odo Laroche a lady Rielle Dardenne  
24 de mayo, año 998 de la Segunda Edad

Cuando Rielle salió del archivo de la Casa de la Noche, al atardecer del día siguiente de que la descubrieran con Audric, le ardían los ojos de haber leído demasiados libros sobre el carácter físico de las sombras y la vida de santa Tameryn. Sloane se lo había anotado todo de una forma tan meticulosa que el tamaño total de las notas de la mujer competía con los libros mismos.

A Rielle le dolían los hombros; sentía como si le hubieran abierto los nervios y ahora los llevara colgando, deshilachados. Solo podía pensar en el refugio de su habitación y en el pastelito de canela recién hecho que la estaría esperando en su mesita de noche, tal como Evelyne le había prometido.

Pero al menos ahora, con la prueba de las sombras a tan solo dos días, el plan que había elaborado en su mente se había consolidado.

Flanqueada por Evelyne y otros dos de sus guardias, tiró de las puertas del archivo y las cerró tras ella. Se volvió y... se quedó helada.

Ludivine estaba sentada en el pasillo que había frente a los archivos, en un sofá con patas de hierro y flecos de finas borlas oscuras. El cabello rubio le

caía ondeado sobre la espalda. El vestido gris que llevaba brillaba en un campo de elaborados bordados color burdeos, azul marino y bermejo: los colores de la casa Sauvillier.

Lo único que a Rielle se le ocurrió para saludarla fue:

—¡Ah!

Ludivine dibujó una pequeña sonrisa, se puso de pie y le tendió la mano.

—Ven a pasear conmigo, Rielle.

—No quiero.

Ludivine le cogió la mano y se la puso en el brazo.

—Insisto.

Rielle miró a Evyline, que tenía las manos sobre la espada.

La mujer asintió sombríamente con la cabeza. Ella y los otros guardias estarían cerca, por supuesto.

Rielle inspiró profundamente y caminó junto a Ludivine. Bajaron las escaleras y recorrieron los pasillos oscuros y silenciosos de la Casa de la Noche hasta que emergieron en la capilla central. Docenas de devotos se habían congregado en la sala para rezar: en los bordes de mármol negro de las fuentes, en los cojines del suelo y en los bancos destinados a la oración. Algunos se arrodillaban a los pies de la estatua de santa Tameryn, que se elevaba en el corazón de la estancia. Con las dagas en la mano, levantaba la mirada y, a través del techo abierto, la dirigía al cielo, que cada vez era de un violeta más intenso.

Cuando ellas entraron, toda la gente que estaba reunida en la capilla levantó la mirada.

El silencio era ensordecedor. Los susurros, peor.

Rielle plantó los talones en el suelo, decidida a no ir más lejos.

—Por favor, Lu, no me hagas esto.

—¡Venga, vamos! —murmuró Ludivine—. Solo estamos dando un paseo. ¿Qué hay de malo en eso?

Así que Rielle dejó que su amiga la guiara a través de la habitación. Ambas

se arrodillaron a los pies de santa Tameryn, se besaron los dedos y se tocaron la nuca. Ludivine saludaba con un murmullo a todos con los que se cruzaban. Rielle intentaba hacer lo mismo, trataba de sonreír, pero sus palabras sonaban entrecortadas y parecía que le hubieran fijado la sonrisa en la cara con clavos.

Al salir de la Casa de la Noche, Rielle no pudo contener más su frustración.

—¿No vas a decirme nada? —susurró mientras Ludivine la llevaba por los patios exteriores del templo. Las flores de la tranquilidad, cuyo polen encendía un polvo blanco semejante a las estrellas, habían empezado a abrirse a lo largo del camino pavimentado—. ¿Desfilaremos por toda la ciudad en un silencio extraño hasta que me desmaye de la tensión? ¿Es este mi castigo?

—Tranquilízate y actúa con normalidad —dijo Ludivine en voz baja. A continuación, dijo más fuerte—: Buenas noches, lord Talan y lady Esmeé. ¿Verdad que las flores de la tranquilidad están preciosas en esta época del año?

Los cortesanos en cuestión inclinaron la cabeza. Sus ojos iban rápidamente de Rielle a Ludivine y de Ludivine a Rielle mientras las saludaban brevemente con un murmullo y se deslizaban entre el follaje. Unos pasos más allá, Rielle oyó que empezaban a susurrar con furia.

El calor le subió por la nuca.

—Solo un poco más —dijo Ludivine con suavidad.

Pero, hasta que no cruzaron los patios exteriores de cada uno de los siete templos, Ludivine no se alejó de los caminos que conducían a ellos. Finalmente, entraron en una estrecha calle lateral.

Una vez bajo las sombras de los edificios de viviendas que se amontonaban sobre sus cabezas, Rielle se sintió débil y aliviada.

—¿Acaso eso no ha sido un castigo? —Temblorosa, se secó el rostro con la manga.

—No —dijo Ludivine tranquilamente mientras conducía a Rielle por ese camino pulcramente empedrado. La suave luz que desprendían las antorchas

situadas en los soportes de las paredes las alumbraba. Siglos atrás, la primera gran maestre de la Pira había diseñado las antorchas que iluminaban el barrio de los templos cuando caía la noche—. Si dejaras de estar tan histérica, verías que estoy intentando ayudarte. Ponte la capucha, por favor.

—¿Que me estás ayudando?

—Acabamos de cruzarnos con centenares de personas —dijo Ludivine, y ambas se cubrieron el pelo—. Lo más importante es que ellos han presenciado la escena. Han visto a dos amigas que se quieren, cogidas del brazo, paseando sin prisas por los jardines. Tal como podríamos haber hecho cualquier otra noche. Aunque el hecho de que nos vean juntas solo sofoque una fracción de los cotilleos que ahora corren por toda la ciudad, nos será de ayuda a ti, a Audric y a mí.

Ludivine hizo que bajaran por unas escaleras estrechas que conducían a un barrio inferior. Con las capuchas puestas y la cabeza gacha, evitaban establecer contacto visual con los transeúntes. Evelyne y sus guardias las seguían de cerca.

—No sé si mi padre se recuperará jamás de lo que vio —musitó Ludivine —, pero al menos yo puedo mostraros mi apoyo en público siempre que me sea posible.

—¿Por qué haces esto? —Rielle, a través de una cortina de lágrimas, miró cómo sus pies descendían por las escaleras—. Deberías odiarme.

Ludivine resopló con impaciencia.

—Rielle, mírame. —La detuvo en un rellano tranquilo, donde la escalera giraba de forma pronunciada a la derecha, y le cogió las manos—. Mírame.

Cuando esta se encontró con la mirada serena de su amiga, un terrible dolor en el pecho la dejó sin respiración.

—Lo siento —susurró—. Perdóname, por favor.

—Contéstame una cosa: ¿crees que quiero a Audric?

Rielle parpadeó. La había cogido desprevenida.

—¿Qué? Pues...

—Claro que lo quiero. Somos primos, es un buen amigo y lo conozco desde siempre. Forma parte de mi familia. Pero ¿lo quiero como tú? Por supuesto que no.

Rielle se quedó boquiabierta.

—Pero... Lu, ¿de qué estás hablando?

—Sé que Audric siente lo mismo que yo. ¿Habría preferido que hubieseis acudido a mí para poder hablar sobre todo esto como gente civilizada en lugar de que os revolcarais medio desnudos por los jardines a ojos de todo el mundo? Sí, me habría encantado.

Rielle estaba a punto de morir ahí mismo, en las escaleras.

—Lu, lo siento muchísimo, de verdad. No sé qué mosca nos picó.

—Claro que lo sabes. Estás enamorada de él, y él, de ti. Llevabais años desesperados por besaros. Era solo cuestión de tiempo. ¿Sabes lo agotador que ha sido ver cómo os rondabais?

—Él no... —¿Acaso las sorpresas no acabarían nunca?—. No estamos...

—¡Ay, por favor! De hecho, es tan obvio como si os hubierais revolcado por los jardines medio desnudos. ¡Uy, un momento!

—¡Por el amor de todos los santos, Lu! —Rielle se frotó la frente con la mano—. ¿Por qué no nos dijiste nada? No creía que... Bueno, sí que lo deseaba, pero...

Ludivine sonrió con picardía.

—Veros resultaba agotador, pero también entretenido. No pude resistirme. En la corte me aburro como una ostra.

Rielle levantó las manos en el aire.

—¿Y a qué esperabas? ¿Ibas a contarnos la verdad el día de vuestra boda?

—¡Ay, lo habría hecho mucho antes! —Ludivine volvió a cruzar el brazo de Rielle con el suyo y siguió bajando las escaleras—. Pero no quería quedarme sin esa distracción aún. Aunque confieso —y aquí la voz de Ludivine se volvió más grave— que lamento no haber decidido decíroslo antes. Podría haberos ahorrado muchos problemas. Y ahora...



—¿Qué pasará ahora que tu padre lo ha visto? —le preguntó Rielle mientras pasaban por otra calle residencial.

—Hablará con el rey, por supuesto —dijo Ludivine—, y se asegurará de que el acuerdo de compromiso siga intacto.

A Rielle se le cerró dolorosamente la garganta.

—Claro.

—Dudo que te haga la vida agradable. Ni él ni mi tía, la reina.

—Pues como siempre han hecho.

—Tienes razón. —Ludivine miró la calle que se oscurecía y paseó la vista arriba y abajo de las hileras de altas casas de piedra—. Pero, en serio, Rielle..., en estos momentos no provoques a nadie, por favor. Ahora hay demasiada tensión y todo es demasiado frágil. Espera a que mi padre se calme antes de ponerte desafiante.

Rielle, ahora aún más nerviosa, miró de soslayo a Ludivine. Era imposible que esta supiera que estaba ideando un plan para la prueba de las sombras, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Sabes exactamente a qué me refiero. Tienes que ser una candidata correcta y obedecer al arconte.

—Y mantenerme alejada de Audric, ¿no?

Ludivine se dio la vuelta con el rostro muy apenado.

—Ni siquiera quiero pedirte que hagas eso.

—Pero debo hacerlo —susurró Rielle. La tristeza la ahogaba tanto que apenas tenía voz para hablar—. Lo he echado todo a perder, ¿verdad?

—Según tengo entendido —contestó Ludivine con ironía—, en un beso participan dos. No deberías cargar con la culpa sola.

Rielle siguió a Ludivine a través del estrecho camino de un jardín. Un arco de piedra cubierto de enredaderas en flor indicaba la entrada a un patio cuadrado y ordenado. Al otro lado había una puerta ancha y negra con un picaporte de latón. Una placa de plata deslustrada clavada en la zona superior

mostraba unos grabados sin pulir en los que se veía un mortero y un manojo de hojas atadas. Ludivine se detuvo bajo el arco.

—Cielo —murmuró, mirando a Rielle a la cara con ternura—, no dejes que tu corazón se aflija, por favor. ¿Que si me sacas de quicio? Sí, cada día. Pero te quiero como siempre, y encontraremos la manera de solucionar esto. No pienso ser yo la causa de que vivas con el corazón roto.

Rielle tiró de ella y la abrazó con tanta fuerza que a las dos se les cayeron las capuchas.

—¿Puede ser —masculló— que me hayas traído a esta casa extraña y oscura en medio de la ciudad para matarme?

Ludivine rio.

—Con todas las cosas bonitas que te acabo de decir, has arruinado el momento.

—Quizá hayas dicho todas esas cosas bonitas para que bajara la guardia.

—Sería un buen plan, pero, por desgracia, me temo que esto es mucho menos emocionante. Te he traído a ver al sanador de Audric. —Ludivine pasó por debajo del arco y cruzó el patio—. Lo prefiere a él antes que a los sanadores de su padre en Baingarde. Es un buen hombre, discreto y sensato. Por el bien de todos, me gustaría saber que tu cuerpo estará protegido de ahora en adelante. Solo por si acaso.

Rielle se detuvo en seco.

—Me has traído hasta aquí para que pueda comprar un tónico anticonceptivo.

—¿Acaso habías pensado en comprar uno tú misma?

—Yo... —Rielle volvió a sonrojarse—. No. Debía de estar bastante absorta en todos los... —Gesticuló con impotencia.

—¿Los besos? —Ludivine, sonriendo, llamó a la puerta—. Es comprensible. Para eso están los amigos: para pensar por ti cuando no tienes la mente clara.

La puerta se abrió y descubrió a un hombre mayor de semblante rubicundo,

de estatura y peso medianos, de pelo desgredado y castaño, con una barba escasa y unos ojos azules y penetrantes. Levantó una vela y entornó los ojos.

—Ah, lady Sauvillier. Muy bien. Y... —Miró a Rielle y levantó mucho las cejas—. Y la estimada candidata en persona. ¡Qué gran noche para mí! Me llamo Garver Randell. Garver, si gustáis. Seguidme.

Rielle miró a Ludivine, que escondió su sonrisa tras la mano. «Muy sensato, sin duda.»

Les hizo cruzar un pequeño recibidor y las llevó adentro, a una tranquila habitación llena de estantes con frascos, jarras y cajas etiquetadas. A través de una puerta situada en la pared más alejada, Rielle vio una escalera tenuemente iluminada y otra sala más pequeña. Las recibieron los sonidos de alguien barriendo y el alegre tarareo de un niño.

—Mi hijo está por aquí. Él os lo traerá. —Garver se sentó junto al fuego que crepitaba—. Si hoy tengo que buscar una vez más entre estos estantes, los ojos se me saldrán de las órbitas.

—¡Aquí estoy, padre! —Un niño con una escoba en una mano entró apresuradamente en la habitación principal por la puerta iluminada—. ¿Qué necesitáis?

—Un paquete de polvos anticonceptivos para lady Rielle. —La miró de nuevo a ella—. Lo que os daré os servirá para un mes. Luego, tendréis que volver por más.

Rielle vio que el niño ponía unos ojos como platos al oír mencionar su nombre.

—Garver, espero poder contar con que tanto tú como tu hijo seréis discretos en estos asuntos —dijo ella.

—Lady Rielle, ¿creéis que seguiría en el negocio si tuviera por costumbre pasear por toda Âme de la Terre difundiendo qué medicamentos toma la gente? —contestó Garver con suavidad.

—No —dijo Rielle con un poco de dificultad—, supongo que no.

El hijo de Garver ya había encontrado el paquete en cuestión, lo había

puesto dentro de una cajita lisa y se lo había acercado a Rielle.

—Aquí tenéis, mi lady. —Con las mejillas de un rojo brillante, le tendió la caja—. Serán cinco monedas...

—Esta vez os dispensaré del coste —dijo Garver en voz alta desde el fuego—. Superasteis con soltura la prueba del metal, lady Rielle. Es lo menos que puedo hacer.

—Fuimos a veros —soltó el niño, que parecía a punto de explotar. Le brillaban los ojos—. Al final, con todas aquellas espadas... Vociferábamos por vos, mi lady. ¿Oísteis cómo gritábamos vuestro nombre?

—Os oí a todos. —Rielle, con una sonrisa, le cogió la caja al niño—. Gracias por animarme. Es muy importante para mí y me ayuda a no tener tanto miedo. Y, lo siento, pero aún no sé tu nombre.

—Simon —dijo el niño, radiante. Casi bailaba de puntillas y temblaba de emoción—. Me llamo Simon.

## 2

### Eliana

«Hola desde casa, amor mío. Esta tarde hemos celebrado el duodécimo cumpleaños de Eliana. Mientras escribo esto, los niños están en el suelo junto al fuego, con las barrigas llenas de pastel. Ella lee en voz alta el cuaderno de Remy mientras él le hace un retrato. Sus historias son bastante buenas para solo tener cinco años. Te adjunto tres aquí para que puedas leerlas. Aunque te echamos muchísimo de menos, todos estamos bastante bien. Muchos días, Eliana se queda conmigo y me ayuda a coser. Es hábil con las manos, quizá sea incluso mejor que yo.»

Carta de Rozen Ferracora a su marido, Ioseph,  
17 de mayo, año 1012 de la Tercera Edad

Eliana se despertó jadeando, con el pelo pegado al cuello y a los hombros.

«No sé para qué me he bañado.»

—¿El? —Tumbado a su lado en el catre que compartían, Remy se despertó de inmediato—. ¿Qué ocurre?

—Nada —balbuceó ella, y se tapó la cara con una mano temblorosa—. He tenido una pesadilla.

Era cierto. Desde el ataque de la Corona Roja al puesto de avanzada del Imperio, el mismo sueño la había atormentado. Empezaba con los gritos de los prisioneros atrapados. Ella los buscaba entre las ruinas humeantes, empujaba montones de escombros y escarbaba en pilas de ceniza que crecían cada vez

que las tocaba, hasta que acababa nadando y ahogándose en ella, mientras los prisioneros gritaban cada vez más fuerte.

Entonces sus alaridos cambiaron.

Y empezaron a llamarla por su nombre.

Era entonces cuando por fin encontraba a alguien. Una mano, fría y rígida por la muerte, sobresalía de la ceniza.

Ella tiraba y tiraba de la mano, aunque ya supiera lo que encontraría al otro lado. No podía parar. No se merecía ahorrárselo. Sacaba a la persona del mar de ceniza... y el sueño terminaba en el momento en que clavaba los ojos en el rostro muerto de su madre.

—¿Qué puedo hacer? —Remy se le acercó—. ¿Quieres que te cuente una historia?

—Creo que necesito caminar un poco.

La habitación que Camille les había asignado era lujosa, pero, ahí dentro, el aire estaba demasiado estancado, demasiado cargado. Eliana se sentía como si la hubieran envuelto con una pesada manta que cada vez se le enrollaba con más fuerza, la apretaba más y le inmovilizaba las extremidades.

—Lo siento —susurró.

Le dio a Remy un beso rápido en la frente y, trastabillando, salió de la cama y se dirigió a la puerta.

—Te quiero —le dijo la insegura vocecita de su hermano.

—Y yo a ti —dijo Eliana, y salió al pasillo.

La vivienda de Camille era enorme, un laberinto de habitaciones, salones y salas de baño flanqueados por obras de arte astavarianas que había obtenido de los mercados clandestinos. Si Eliana hubiera tenido que ir lejos, seguramente se habría acabado dando por vencida y se habría sumergido en un mar de sueños angustiosos hasta que alguien la hubiera encontrado ahí a la mañana siguiente.

Por eso se alegraba de que la habitación de Navi estuviera tan cerca.

Al llamar con suavidad a la puerta, intentó poner en orden sus

pensamientos. ¿Qué podía decir? Después de todo lo que había hecho, ¿acaso merecía poder quejarse de sus pesadillas?

«Debería irme», pensó Eliana, temblando aún por culpa de aquel terrible sueño que persistía.

La puerta se abrió, y apareció Navi con cara de sueño y con los ojos muy abiertos y preocupados.

—No sé por qué he venido —empezó a decir Eliana—. No tengo derecho a pedirte nada.

Navi chascó la lengua.

—Ahora somos amigas, ¿no? Tienes muy mal aspecto.

Navi condujo a Eliana hasta el interior de la habitación iluminada por las velas. Se sentó en su cama y observó a su amiga pasear frenéticamente de un lado a otro.

—Has tenido una pesadilla —adivinó Navi.

Eliana asintió con la cabeza. Las lágrimas le contraían la garganta.

—Los prisioneros del puesto de avanzada... Oía cómo me llamaban. Yo buscaba y buscaba, pero no podía encontrarlos. Entonces encontraba a... mi madre. Estaba muerta. —Se detuvo—. Todos estaban muertos.

—¿No habías sufrido antes pesadillas sobre tus víctimas?

La simplicidad de la pregunta cortó a Eliana como uno de sus propios cuchillos.

—No. Nunca permití que eso me perturbara. No podía hacer otra cosa; si no, no habría sido capaz de terminar ni un solo trabajo. ¿Qué habría sido de nosotros?

—Ahora mismo, no parece que ningún miembro de tu familia esté a salvo —remarcó Navi—. A pesar de todo lo que has hecho por ellos.

Eliana rio.

—Tienes razón. Después de todo lo que he trabajado, mi madre sigue desaparecida, mi padre, muerto, y Remy y yo estamos a merced de la gente a la que yo solía cazar. Y Harkan...

«No podemos saberlo con certeza. Todavía podría estar vivo.»

Se pasó una mano por el pelo.

—¿De qué ha servido, entonces?

El día de la ejecución de Quill, Harkan le había preguntado algo similar: «Que Dios nos ayude. El, ¿qué estamos haciendo?». A Eliana le parecía que habían pasado muchos años entre aquel día y el presente. Sentía que cada uno de ellos se le clavaba ardiendo en los hombros como si fueran dedos atenazándola.

Navi se quedó callada durante un largo rato.

—Quizá lo que ha pasado te haya enseñado, como mínimo, que hay más razones para vivir, e incluso para luchar, que el simple hecho de mantenerse con vida. Tal vez haya servido para eso. —Levantó la palma de la mano y la presionó con suavidad sobre el pecho de Eliana—. Para que empieces a despertar y recuerdes tu humanidad.

Eliana apartó a Navi de un empujón y rio con dureza.

—Eso es suponer demasiado de mí.

—Eres muy cruel contigo misma.

—¿Tú no lo serías?

Navi inclinó la cabeza.

—Tal vez.

—Soy cruel hasta la médula. Es de lo único de lo que soy capaz.

—No me lo creo, y seguro que tú tampoco.

—¡Debo creerlo! Si no...

Eliana calló. Un terrible silbido de pánico empezó a hervirle bajo la piel. Sus respiraciones se volvieron rápidas y superficiales.

—Eliana. —Navi le cogió las manos—. Siéntate, por favor. Respira.

Pero la muchacha se alejó.

—Te parecerá una tontería, pero... siempre he imaginado que, en lugar de corazón, hay un monstruo en mi interior. Por eso me resultaba tan fácil matar, cazar. —Apoyó la espalda en la pared más lejana. Se secó los ojos con rabia y



miró al techo—. Ese monstruo es la razón por la que me gustaba ser el Terror. Eso es lo que me decía a mí misma. Había empezado a creérmelo.

—Los monstruos no lloran por los muertos —apuntó Navi— y no se arrepienten de nada.

Pero eso no era un consuelo. Eliana negó con la cabeza. La habitación era una mancha borrosa hecha de sombras y de luz de vela temblorosa.

—Si no soy un monstruo —susurró—, entonces ¿qué excusa tengo por haber hecho todas esas cosas?

—Mírame, Eliana.

Ella obedeció. Se dio cuenta de que se había dejado caer hasta la alfombra y que Navi estaba agachada ante ella, sujetándole las manos.

—Todos somos criaturas oscuras —dijo Navi—, pero, si permanecemos en las sombras, estamos perdidos. En cambio, debemos buscar la luz cuando podamos, y eso es justo lo que estás haciendo. Veo que está ocurriendo.

—Eres demasiado crédula —murmuró Eliana.

—Y tú no lo suficiente.

—Creer no te mantiene con vida.

—Pero, con el tiempo, puede hacerte ganar guerras.

A Eliana se le escapaba la respiración. Parecía que un fuerte calor fuera a estallarle en el pecho.

—No estoy de acuerdo.

—No tienes por qué estarlo.

—Pero es lo que quiero. Antes era como tú. Como Harkan. —Harkan... «¡Dios mío!» Se rio de sí misma y se secó los ojos—. Mis putas manos no dejan de temblar. No puedo estar así o me matarán y, entonces, nunca encontraré a mi madre...

Las palabras le fallaron. Apenas podía respirar a través del miedo que se retorció salvajemente dentro del cuerpo. Se abrazó las piernas con los brazos y apoyó la cabeza sobre las rodillas.

Entonces sintió calor y una mano que le dibujaba lentos círculos en los

omóplatos. Era lo mismo que hacía Harkan cuando a ella le costaba dormir. Lo mismo que hacía su madre cuando Eliana era incapaz de comer porque echaba de menos a su padre. Noche tras noche, se sentaban juntas en su silenciosa casa, bajo la luz de las velas que se extinguían, y esperaban que sus pasos sonaran en el pasillo.

—Navi —susurró Eliana con los puños apretados—. No sé cómo hacerlo.

—¿Hacer qué?

«Buscar la luz.

»Luchar en una guerra perdida.

»Crear.»

No respondió. Al cabo de un momento, Navi se movió y abrió los brazos. Eliana se acercó a ella sin pensar y dejó que la abrazara. Se refugió en el pecho de la chica y cerró los ojos. Escuchó el constante latido del corazón de Navi y el aire entrar y salir de los pulmones de su amiga.

Poco a poco, la tensión que le anudaba los músculos empezó a aflojarse.

—Cuéntame cosas sobre tu madre —pidió Navi.

Su madre. Eliana cerró los ojos.

Un recuerdo afloró, rápido y doloroso: los brazos de Rozen rodeándola, Eliana acurrucada en su regazo mientras ella guiaba sus pequeños dedos por el rostro de su collar.

—Siempre te ha encantado esta cosa vieja y fea —le había dicho Rozen—, desde el día que lo encontramos. Te gustaba tanto que al fin dejaste de llamarme y me permitiste dormir por las noches. Podías pasarte horas en tu cama, siempre y cuando lo estuvieras sujetando.

Eliana había soltado una risita y se había sonrojado al pensarlo. Había pasado los dedos por la superficie rugosa del collar.

—¿Qué significa?

—Es una imagen del Alumbrador. ¿Te acuerdas de la historia?

—Fue un gran rey —había susurrado Eliana, con los ojos bien abiertos mientras pasaba los dedos por los extensos arcos de las alas del caballo y por

la figura apagada montada a su espalda—. Y esto... ¿cómo se llamaba?

Eliana había levantado la mirada hacia su madre con la nariz arrugada.

Rozen había reído.

—Es un animal divino. Cuando el mundo aún era muy muy nuevo, estas criaturas deambulaban por los cielos, por las aguas y por la verdísima tierra. Este se llamaba...

—Chavaile —había respondido Eliana radiante—. Ya me acuerdo. —Se había llevado el collar a los labios y había besado al caballo en la nariz—. Es mi favorito.

En brazos de Navi, Eliana negó con la cabeza. El dolor le atravesaba el corazón.

—No puedo. Ella no. Yo...

Se acordó del grito desolado de Linnet: «¿Mamá?».

Si hubiera sabido lo que pasaría, jamás habría salido a cazar al Lobo. Cada noche se habría metido en la cama de su madre y la habría abrazado con fuerza. Solo se habría movido para destripar a aquellos que osaran llevarse a Rozen.

—De acuerdo. —Navi le acarició el pelo—. Entonces cuéntame cosas sobre Harkan.

—Bueno. No era mi único amante, pero era el mejor. Excepto por Alys, una mujer que trabajaba en las habitaciones rojas de Aguaviva. ¡Dios! Hizo que me desmayara un par de veces...

—No, Eliana —la reprendió Navi con suavidad—. Cuéntame algo real.

Durante mucho rato, Eliana no dijo nada. Dejó que el ritmo de los dedos de Navi acariciándole el cuero cabelludo la hiciera respirar lenta y silenciosamente.

—¿Por qué me ayudas? —le preguntó Eliana al fin.

—Porque yo también tengo pesadillas —contestó Navi—. Y me alegro de tener compañía.

Eliana dudó, entonces encontró la mano de Navi y se agarró con fuerza a

ella.

—Algo real —dijo—. Harkan soñaba con que algún día huiríamos a Astavar. Iba a enseñarme a cultivar tomates y hacerme llevar un sombrero de paja.

La risa de Navi sorprendió a Eliana y la hizo sonreír. Le apretó los dedos a su amiga, cerró los ojos y habló de Harkan hasta que el sueño la reclamó.

\* \* \*

La mañana llegó. Durante la noche se habían trasladado a la cama de Navi. Al principio, Eliana había yacido en el suave enredo de las extremidades dormidas de la chica y había sentido una alegría rara y absoluta, pero eso no había durado demasiado.

Enseguida lo había recordado todo: «Aún estamos en guerra. Tal vez Astavar caiga. Mi madre aún está desaparecida. Y yo...».

Se deslizó fuera de la cama, miró una vez más la figura quieta de Navi y la habitación.

«Yo todavía soy... lo que quiera que sea. ¿Ángel? ¿Humana? ¿Marcada?

»¿Un monstruo?»

En su interior se abrió un bolsillo oscuro, lleno de dudas y de maldad, que poco a poco fue expulsando la tranquila paz que le había traído la noche. Se dirigió a la cocina. Decidió que lo que haría sería comer, estirar el cuerpo y, a continuación, buscar a Simon para exigirle que pasaran la mañana peleando.

Mientras recorría con furia el pasillo débilmente iluminado, sonrió al imaginar sus puños estrellándose contra el pecho de Simon. Él le daría un buen golpe o dos, pero ella se los devolvería. Él esquivaría sus dagas; ella lo agarraría del brazo, haría que la insultara...

Eliana dobló una esquina y chocó con Camille.

Como saludo, la mujer frunció el ceño.

—Terror.

Eliana se apresuró a pasar por su lado.

—Camille. Solo estaba...

Pero esta la detuvo cogiéndole la muñeca con la mano.

Eliana volvió la cabeza de golpe y la fulminó con la mirada.

—Suéltame inmediatamente.

—¿O qué? —Camille la miró de arriba abajo con desdén—. ¿Me matarás como a tantos otros?

Eliana buscó cómo responderle de forma cortante, pero no se le ocurrió nada. Un súbito agotamiento se le extendió desde los hombros hasta los dedos de los pies. La paz de la noche anterior se diluyó con su respiración.

—No deseo matarte —dijo al fin apagada.

Camille la miró con los ojos entornados.

—¿Dónde está tu hermano?

—Durmiendo.

—¿Por qué tú no?

Eliana se encogió de hombros.

—Pesadillas.

Al cabo de mucho rato, Camille la soltó.

—Creía que me pegarías por tocarte.

—Prefiero pegar a otra gente.

Camille asintió con la cabeza y echó una ojeada al pasillo oscuro. Todo estaba en calma.

—Hay una chica que trabaja para mí —empezó a decir lentamente—. Se llama Laenys. Vino de Las Vísperas. La isla se ha sumido en la desesperación. No hay trabajo ni casi comida. Ella escapó y vino aquí. Laenys es una gran trabajadora. Nunca se ha quejado.

—¿Por qué me estás contando esto?

Camille la observó un rato más.

—He oído muchas cosas sobre ti, Terror. Por ejemplo, que eres una mascota del Imperio.

Eliana rio y apartó la mirada. Le ardían los ojos.

—Normalmente, a las mascotas se las aprecia, ¿no?

Necesitaba conseguir algo de comida para el cuerpo, eliminar del pecho aquel sentimiento traicionero que la atormentaba.

—También me han dicho —prosiguió Camille— que eres invencible.

Eliana se volvió a mirarla bruscamente.

—Y te gustaría comprobar si ese rumor es cierto, ¿verdad? Abrirme en canal y ver qué ocurre.

—No. Tengo un trabajo para ti si lo aceptas.

—Todavía no he terminado el último encargo —le recordó Eliana—. A Simon no le gustaría que me robaras.

—¿Y qué pasaría si mi trabajo pudiera llevarte hasta tu madre antes que él?

La mano de Eliana voló hasta *Arabeth*, colocada en su cintura.

—Cuidado, Camille —dijo en voz baja—. Estás entrando en un terreno peligroso.

—Secuestraron a Laenys hace unos días. Quiero que descubras quién se la llevó y que la traigas de vuelta.

Secuestrada. ¿Igual que su madre? Eliana se puso rígida, el corazón le latía con fuerza.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. —Camille apretó los labios—. Vienen por la noche. Cada siete días. Se llaman Fidelia. Esta es la palabra que he oído usar. La gente la susurra como cuando hablaba del Imperio antes de la invasión.

—¿De qué se trata, entonces? ¿Es una escisión de la Corona Roja?

—Solo he oído rumores. —La incertidumbre parpadeó en el rostro de Camille—. Pensarás que es una tontería.

—No lo haré. Habla.

—La gente dice que Fidelia... —Camille se pasó la mano por el pelo corto y negro—. He oído que son adoradores de los ángeles. Creen que el Emperador y sus hombres no son humanos, sino ángeles. Cazan para servirlos,

para que los seres divinos los glorifiquen cuando conquisten el mundo y lo gobiernen todo. —Se burló—. Es una estupidez, lo sé, pero ¿acaso no lo es todo a estas alturas?

Eliana sintió que un horror frío le bajaba por la columna vertebral. ¿Era posible que Remy tuviera razón?

Camille continuó:

—Hasta al cabo de un tiempo no nos dimos cuenta de que la gente estaba desapareciendo. Rinthos está tan abarrotado que alguien puede pasar días desaparecido antes de que te percatas de que se ha marchado. Al principio solo cogían a una. Después, a unas cuantas. Luego a muchas. La gente empezó a darse cuenta. Sin embargo, los raptos continuaron. —Camille soltó un suspiro leve y tembloroso—. Desaparecen chicas cada siete días. Y también mujeres. Mayores, jóvenes, ricas y pobres. Sobre todo pobres. —Su voz adquirió un tono más amargo—. Nadie las echa de menos, ¿sabes?

Eliana no pudo quedarse callada por más tiempo.

—Secuestraron a mi madre así como así, en Orline.

Camille asintió sombríamente con la cabeza.

—Eso he oído. Ha pasado una semana desde el último secuestro. Arriba, la gente lleva toda la mañana susurrando sobre el tema.

Eliana pensó con rapidez.

—¿Las desapariciones siguen algún patrón? ¿Hay algún lugar de donde se lleven a más chicas que de otros?

—Laenys desapareció abajo, en el piso de las luchas. Hoy hace una semana. Volvíamos del mercado y, al doblar una esquina, noté algo, un movimiento, algo frío. Me di la vuelta y...

—¿Había desaparecido?

Camille apartó la mirada, con los puños apretados a los costados y los ojos brillantes.

—No lo entiendo. ¿Por qué solo a las chicas? ¿Adónde las llevan?

«Me hice las mismas preguntas hace unas semanas —pensó Eliana—. En

Orline.»

—No lo sé —dijo al fin. Cerró los dedos a un costado, alrededor de una daga invisible. «Fidelia.» Les grabaría a todos la palabra en la frente, les llegaría hasta el hueso—. Pero lo descubriré. Haré que paguen por ello.

Camille la miró desde las sombras.

—Si te ayudo a escabullirte de Simon, ¿lo harás? Hoy es el séptimo día. Caerá la noche y, por la mañana, habrán desaparecido más chicas.

—Entonces, en cuanto caiga la noche —dijo Eliana acariciando la empuñadura de *Arabeth* con ternura—, saldré a cazar.



### 3

## Rielle

«No temo a la noche,  
no temo a la oscuridad.  
Hoy os pido, sombras:  
ayudadme y luchad.»

*Rito de las Sombras,*  
pronunciado por primera vez por santa Tameryn la Astuta,  
santa patrona de Astavar y de los lanzasombras

Rielle estaba de pie en los Llanos. El primer cuerno de la prueba de las sombras le resonó en los oídos.

Unas gradas de madera, cubiertas con los colores negro y azul de la Casa de la Noche, creaban un vasto círculo a su alrededor. Estaba sola en la hierba alta y susurrante, envuelta en una capa y con la capucha puesta.

Esperando.

A lo largo del perímetro del círculo, se elevaban doce plataformas muy altas. En cada una había un lanzasombras, solemne y oscuro, con el rostro enmascarado y la forjadura en la mano.

La segunda llamada del cuerno cruzó gimiendo los Llanos.

Rielle se liberó de su capa y la dejó caer al suelo.

La multitud congregada perdió la cabeza de forma colectiva. Sus vítores estallaron, y todos se levantaron como si fueran uno y empezaron a golpear el suelo con los pies y a gritar su nombre. Rielle alzó los brazos para saludarlos, y las voces se convirtieron en un rugido.

Le había preocupado que, debido al reciente cotilleo, en esta prueba la

recibieran de forma distinta.

Pero, al contrario, parecía que ahora la gente de Âme de la Terre la adoraba incluso más.

Se arrodilló en dirección a la Casa de la Noche para dirigirle una rápida plegaria a santa Tameryn. No pudo ocultar una sonrisa.

Ludivine se había superado con el traje. El ceñido corpiño, hecho de terciopelo negro, tenía la espalda descubierta y un escote escandaloso en la parte delantera. Este se le hundía entre los pechos y casi le llegaba al ombligo. Una fina red de encaje de un ébano turbulento, tan sutil que, incluso si la mirabas de cerca, parecía más un velo de sombras que una tela, le brillaba sobre la piel expuesta y mantenía el vestido en su lugar. Cuando Rielle se movía, le flotaba alrededor de las piernas una magnífica falda de innumerables capas negras, plateadas y de un azul de medianoche. Seda, gasa y encaje astavariano. Ludivine le había dibujado estrellitas plateadas en las mejillas y en la frente y le había delineado los ojos con lápiz negro.

Era la noche en persona que había renacido en la Tierra. Era una reina envuelta en sombras.

Y la mejor parte aún estaba por llegar.

Como si fueran uno, los lanzasombras alzaron las manos enguantadas hacia el cielo, sujetando sus forjaduras.

Rielle estaba de pie con la cabeza inclinada y los brazos levantados hacia atrás como si fueran alas rígidas. La sangre le corría de forma salvaje.

«Estoy hecha para esto.» El pensamiento surgió con tanta naturalidad como el respirar. Flexionó los dedos y sintió cómo el poder caliente se le acumulaba en la palma de las manos. No, no era caliente..., era vital. Su poder no era algo intangible, un truco mental. Era el poder del mundo en sí mismo... y de todo lo que en él vivía.

«Y solo yo —pensó— puede decirle qué hacer.»

Sintió un movimiento en el fondo de su mente, un movimiento familiar y agradable.

Se puso rígida. «¿Corien?»

El cuerno resonó por tercera y última vez.

Los lanzasombras empezaron.

Unas espirales de oscuridad salieron silbando de sus forjaduras como si fueran serpientes y, a continuación, se dispersaron por el cielo y formaron una cúpula de sombras. La oscuridad cayó sobre la hierba. Solo unos pocos agujeros esparcidos por la cúpula permitían el paso de algunas columnas de luz solar que iluminaban los Llanos para que la multitud pudiera ver lo que ocurría.

Sus gritos de júbilo se convirtieron en abucheos.

Rielle sintió que el coraje se le elevaba en el pecho de forma rápida e indomable. En ese lugar, ella era su propia heroína, y los lanzasombras, sus enemigos.

Una vez que habían colocado la cúpula, los lanzasombras procedieron con su plan. Bajaron las forjaduras para apuntar directamente a Rielle... y soltaron a los monstruos.

El coraje de la joven se desvaneció tan deprisa como había llegado.

La magia que residía en las venas de los lanzasombras les daba el poder de conferir un carácter físico a la oscuridad. La convertían en algo de peso, en algo con una voluntad astuta y voraz. Las sombras que ahora corrían hacia Rielle a través de la llanura abrían caminos en el suelo. Las sombras adquirieron la forma de leopardos negros con cuernos, lobos alados, osos con pinchos y grandes halcones que escupían fuego negro. A cada paso que daban, absorbían el aire de los Llanos, por lo que Rielle, tambaleando y jadeando, se vio obligada a ponerse de rodillas.

Un halcón la alcanzó y bajó en picado hasta su cabeza. El frío le erizó las puntas del cabello y le heló el cráneo. Ella no paraba de dar ávidas bocanadas de aire, pero este se estaba volviendo cada vez más escaso y frágil. El ave se le agarró al cuello y, con sus plumas duras y delgadas, presionó y le hizo

cortes en la piel. El oso con pinchos en la espalda derrapó hasta detenerse. Una enorme pata escamosa la golpeó en la cara y la arrojó al suelo.

Ella no hizo nada.

Con la cabeza dándole vueltas, dejó que se le acercaran.

«Dios santo —pensó frenéticamente—, espero que funcione.»

El lobo alado se le abalanzó, aullando, sobre el pecho. Al tocarla, el animal se transformó en un velo informe que le envolvió la cabeza y la boca hasta que ella tuvo que arañarse el rostro para poder respirar. Las uñas le perforaron la piel, y la sangre empezó a brotar. Cuando tocó las sombras, estas se deshicieron en jirones deformes y susurrantes, cayeron al suelo y se reconvirtieron en una bandada de flechas que zumbaban. Un miedo frío le golpeó el pecho. «La prueba del metal.» Supuso que se trataba de una broma de algún lanzasombras.

La lluvia de flechas se le clavó, de pies a cabeza, como agujas. Se elevaron, vibrando con furiosa intención, y volvieron a caer. Una y otra vez.

Ella cerró los ojos con fuerza, goteando sudor y ríos de sangre, y dejó que las bestias sombrías se arremolinaran sobre ella, la pincharan, la agarraran y la ahogaran. Una rata negra se le metió, chillando, en la boca. Rielle tuvo arcadas al notar cómo esta se revolvía y luchó contra las ganas de vomitar cuando el animal se disolvió y se le extendió a través de la sangre en una oleada de frío.

Las lágrimas le caían de los ojos. El cuerpo le vibraba por la necesidad de luchar.

Pero siguió tumbada en el suelo, inerte e indefensa. A lo lejos, oía que la multitud chillaba por ella, con gritos cada vez más aterrorizados e histéricos.

«Tienes algo planeado —remarcó Corien curioso—. ¿Me lo cuentas?»

«¿No puedes descubrirlo por ti mismo?», consiguió contestar ella, aunque incluso sus pensamientos se habían vuelto cansados y jadeantes.

«Podría hacerlo, sí. Pero me apetece que me sorprendas.»

«Pronto lo verás.»

Él le sonrió. Tras los ojos cerrados, Rielle vio el parpadeo de un rostro hermoso y pálido.

«Te alegras de verme.»

Ella soltó una risita llorosa. «Creía que me habías dejado para siempre.»

«Jamás, Rielle. —Unos suaves labios le acariciaron la frente, y una mano le sujetó la cara y la guio hacia arriba—. Jamás.»

Ella, a salvo en el refugio de sus pensamientos, se dio la vuelta para mirarlo. Las sombras desgarradoras, los gritos de la multitud, el plan que había ideado..., todo desapareció. Solo estaban Corien, su propio cuerpo y el poder que se le retorció en el interior para liberarse.

Él le rozó la boca con los labios de una forma lenta y casta. Con las manos le recorrió la columna vertebral y la hizo despegarse del frío suelo.

«Ahora —dijo Corien con voz tensa y ronca—. Levántate. Haz que él se arrepienta.»

Él. El arconte.

«Has hecho trampas —pensó ella con una sonrisa—. Creía que querías que te sorprendiera.»

«No puedo resistirme a ti —contestó él—. Ni a ti ni a tu mente extraordinaria.»

Rielle abrió los ojos de golpe. Inspiró lo más hondo que pudo. Entonces, con las manos sobre el suelo embarrado y los ojos muy abiertos, observó las columnas de luz solar que pasaban a través de la cúpula que tenía encima.

—Con el alba me levanto —rezó. A continuación, clavó los dedos en la tierra—. Con el día resplandezco.

En un segundo brillante, todos los rayos de sol cayeron del cielo y corrieron como relámpagos a través del suelo hasta llegar a sus dedos.

Ella recogió la luz entre las manos, hambrienta por sentir cómo quemaba, feliz por notar cómo le chisporroteaba en la piel. Rielle veía y no veía; tenía los ojos vidriosos a causa del deseo, de la necesidad que le resonaba en el

pecho. Parpadeó. El mundo estaba cubierto de innumerables olas de oro brillante que lo doraban todo.

Se quedó sin aliento. «El empirio.»

Parpadeó de nuevo. El mundo se oscureció.

Juntó las manos y, a continuación, las golpeó contra la tierra.

Un rayo cegador salió disparado desde el lugar en el que estaba arrodillada sobre el barro y destrozó los monstruos de los lanzasombras. Incluso ellos mismos cayeron de sus plataformas. La cúpula se desvaneció. Las sombras negras y crepitantes, hechas pedazos, se precipitaron en cascada al suelo.

Cuando la oscuridad se despejó, Rielle estaba sola, de pie, con la piel ensangrentada y el bonito vestido hecho jirones, pero tenía la espalda recta y la cabeza bien alta.

Y brillaba.

Una ola de conmoción avanzó rápidamente entre la multitud. Bajo sus pies, el suelo vibraba por el gran impacto de los gritos y por los golpes que la gente daba con los pies y los puños.

«¡Rielle! —gritaban—. ¡Rielle! ¡Rielle!»

Entonces, sonó otro rugido, uno que empequeñeció el primero: «¡Reina Solar! ¡Reina Solar!».

Los sastres de Ludivine habían pasado horas cosiendo espejitos en el vestido de Rielle, en las capas de su falda, en las cintas atadas a su pelo y en el encaje que se había quedado lacio sobre su piel mojada de sudor.

Ahora Rielle no solo había invocado la luz del sol para destruir a sus enemigos y hacer añicos la oscuridad, sino que la había llevado a su cuerpo y la había atrapado en aquellos espejos relucientes. Centenares de rayos solares en movimiento le cubrían los brazos, las piernas y el pelo y le centelleaban entre los pechos y a lo largo del dobladillo rasgado del vestido.

Era una vestimenta inspirada en la armadura del mismísimo Alumbrador.

Y ella era la Reina Solar: radiante e imparable.

Giró en círculo, haciendo volar su falda rasgada, y atrajo todos los

fragmentos muertos de las bestias. Su poder reptó por el suelo como ávidas lenguas. Rielle volteó las manos en el aire y moldeó una figura con las sombras, al igual que un escultor lo hace con el barro. Entonces giró bruscamente sobre sus talones y arrojó su creación directamente hacia el arconte.

Se trataba de un dragón que era la mitad de alto que la torre del arconte del Templo Mayor. Sus alas de punta afilada tenían una envergadura de unos treinta metros. Dentro de su mandíbula se retorció un nido de serpientes negras. Su piel no brillaba con escamas, sino con las formas quejumbrosas de todas las bestias derrotadas que los lanzasombras le habían arrojado a Rielle.

Ellas servían al dragón. Y ahora el dragón la servía a ella.

La multitud estalló en gritos de terror y de emoción. Los lanzasombras, tambaleándose, se pusieron de pie y buscaron a tientas sus forjaduras mientras gritaban pidiendo ayuda.

El arconte se levantó y se acercó al borde de su palco, indefenso y con las manos vacías.

Rielle volvió a mover rápidamente las manos en el aire.

El dragón se detuvo y chascó los dientes frente a la cara del arconte. Al batir sus pesadas alas, producía un estruendo fuerte y grave, como el de unos tambores lejanos.

Rielle ladeó el cuello. Sacudió los dedos.

El dragón abrió muchísimo la mandíbula. Siete serpientes encapuchadas, que se movían con cada ráfaga de viento, le emergieron de la boca y saborearon con sus lenguas la piel de papel del arconte.

«Podría matarlo —pensó Rielle—. Ahora mismo. Podría hacerlo.»

«Podrías —coincidió Corien—. Pero ¿lo harás?»

El suelo se movía. El peso del dragón le tiraba de las yemas de los dedos. La tierra que tenía bajo los pies, el aire a su alrededor y la luz que le brillaba sobre la piel aguardaban en tensión.

¿Qué les pediría?

Ordenara lo que ordenase, la obedecerían.

Él la obedecería.

«El empirio. —Rielle se estremeció. Unas olas hormigueantes de placer se le desparramaron por la parte delantera del cuerpo e hicieron que se le erizara todo el vello—. Me está esperando.»

«Agárralo. —La voz de Corien, urgente y cálida, le sonó en el oído—. Apodérate de él. Nadie más puede hacerlo, excepto tú. ¿Sabes lo que eres capaz de conseguir, Rielle? Las respuestas que podrías encontrar, los mundos que podrías construir...»

Entonces vio un destello dorado, seguido por uno de color verde: el pelo de Ludivine y la capa de Audric. Ambos bajaban apresuradamente las escaleras del palco real. De hecho, a Rielle le pareció oír que la llamaban, aunque estuvieran al otro lado de los Llanos y de que la multitud hiciera tanto ruido.

Parpadeó, dio un paso atrás y bajó el brazo. El dragón, que esperaba en el aire, se movió.

«No los escuches —siseó Corien—. En poco tiempo dejarán de ser tus amigos. ¿No lo ves? No lo entienden y nunca lo harán. Mátalo. Oblígalos a entenderlo.»

«Así no —pensó ella al fin. Sintió un pinchazo de arrepentimiento y una oleada de alivio—. Ahora no.»

Bajó del todo el brazo dolorido y apretó el puño. Con una ráfaga de viento frío y un gemido grave y cansado, el dragón se extinguió.

Rielle cayó de rodillas al suelo, al que se agarró con manos temblorosas.

Vio una imagen acuosa y confusa.

Era Corien. Cerca de ella. Estaba enfadado.

Se le acercó con paso airado, tiró de ella bruscamente y se la pegó al cuerpo.

«¿Esto es lo que quieres de verdad?», murmuró. Cuando Rielle parpadeó, él había desaparecido, pero aún podía notar cómo seguía sujetándola con



fuerza. Parpadeó de nuevo. Él regresó y le miró los labios con furia.

«¿Son ellos lo que quieres?» Corien inclinó la cabeza hacia atrás, hacia las dos figuras borrosas que se acercaban a ella corriendo a través de los Llanos.

Corien la obligó a mirarlo. Le enrolló los dedos en el pelo y le tiró la cabeza suavemente hacia atrás para que la garganta le quedara al descubierto. Como un fantasma, le recorrió la piel con los labios.

«Ellos no son nada —le dijo con voz grave y sonora—. Y tú lo eres todo. ¿Qué tengo que hacer para que lo entiendas?»

Por un momento, Rielle cerró los ojos y se entregó a esas manos oníricas que la agarraban. Estaba atrapada en el lugar tenue y movedizo que había entre los Llanos y la parte del mundo en la que se encontrara Corien.

A continuación, volvió la cara hacia el otro lado y cerró los ojos.

«Suéltame», susurró.

Él lo hizo de inmediato. La visión se desvaneció, y lo único que le quedó de él fue el eco de su roce en los brazos y una oscura voz en la mente que le dijo con desprecio:

«No siempre seré tan paciente, Rielle.»

Eso la hizo estremecerse. Abrió los ojos y vio que la multitud se le acercaba. «Harás lo que yo te diga», contestó ella. Entonces intentó no pensar demasiado en el reticente escalofrío que le arañó la piel al no obtener respuesta de Corien.

## 4

### Eliana

«Al pasar por Rinthos desde la costa oriental, mi hija desapareció. Había oído cosas sobre gente que se evaporaba. Se ha extendido incluso hasta las zonas salvajes. Creía con toda certeza que eso no nos pasaría a nosotros. ¿No habíamos sufrido ya suficiente? Pero esos secuestradores de chicas no tienen corazón, no tienen piedad. No tienen alma. He oído rumores acerca de lo que les hacen a esas chicas desaparecidas y espero que mi hija esté muerta y fuera de peligro.»

*Recopilación de historias escritas por los refugiados  
en la Ventera ocupada,  
editado por Hob Cvaserra*

Bien entrada la noche, Eliana aguardó hasta que oyó que Camille llamaba suavemente a la puerta de su habitación. Se apartó discretamente de encima el brazo de Remy, agarró sus dagas del suelo y salió al pasillo.

Camille la esperaba con el rostro ojeroso y tenso.

—¿Estás lista?

—He venido, ¿no? Te sigo.

Se movieron en silencio hacia la puerta principal. Eliana introdujo a *Arabeth* en la funda que tenía en la cadera, a *Silbador*, en la que llevaba en la manga izquierda y a *Nox*, en la de la bota izquierda. A continuación, se metió a *Tuora* y a *Borrasca* en los bolsillos interiores de la chaqueta.

En la puerta que la llevaría de nuevo a Santuario, Camille la detuvo.

—No puedo permitirme perder a más gente. Si te metes en problemas esta noche, tendrás que apañártelas tú sola.

Eliana asintió una vez con la cabeza.

—¿Y si no regreso?

La expresión de Camille se suavizó un poco.

—Le daré tu mensaje a tu hermano. No te preocupes, Terror.

—Nunca me preocupo si puedo evitarlo —contestó Eliana con soltura.

A continuación, salió discretamente por la puerta y oyó a Camille cerrarla tras ella.

Recorrió con sigilo el pasillo alfombrado y llegó a la amplia tercera planta de Santuario. De inmediato, el hedor que había fuera de la vivienda de Camille oprimió a Eliana: la pestilencia caliente de los cuerpos sucios, la cerveza derramada, los platos abandonados de comida estropeada... A las nueve y media, el lugar se llenó de cientos de almas que buscaban distraerse del mundo de arriba. La noche acababa de empezar.

Dos mujeres peleaban en una de las jaulas de lucha. Una estridente partida de cartas había absorbido a la mitad de los que se encontraban en el segundo piso. Los espectadores gritaban sus apuestas mientras los jugadores tiraban los dados envueltos en nubes de humo. En un rincón oscuro, entre un par de columnas, dos figuras medio desnudas se retorcían contra la pared.

Eliana se paseó por la tercera planta, que albergaba docenas de apartamentos además del de Camille. En el cuarto piso, una puerta cubierta por cortinas rojas con flecos de cuentas conducía al burdel, de donde salían flotando sonidos de música estridente y de risas descontroladas. Eliana notó que la bilis le subía por la garganta al ver las miradas tímidas de unos niños que llevaban correas alrededor del cuello y al oír gritos agudos y distantes que se encontraban en la línea que separa el placer del dolor.

Recorrió apresuradamente el quinto piso y luego bajó al segundo y al primero. Ahí, el ruido de la zona de lucha —puñetazos, vítores y gritos soeces — ahogaba cualquier conversación tranquila. Eliana no podía moverse sin

rozar a algún desconocido. Las gotas calientes de sudor que provenían de las jaulas y de los espectadores que vociferaban arriba le caían en los hombros.

«Si Fidelia quiere secuestrar a chicas sin que los vean —pensó Eliana—, este es el lugar perfecto.»

Fue directa al bar y, con un golpe, dejó tres monedas de cobre sobre la barra viscosa.

—La mejor cerveza que tengas.

El camarero frunció los labios.

—No tenemos cerveza buena.

Eliana sonrió y se abrió una parte de la chaqueta para mostrarle la hoja brillante de *Tuora*.

—Búscala. Rápido.

El camarero suspiró y puso los ojos en blanco, pero hizo lo que ella le había pedido. Con un desdeñoso golpecito de muñeca, deslizó una sucia jarra de hojalata llena de cerveza por la barra. Ella la cogió, le tiró otra moneda de plata porque se sentía generosa y se alejó.

Eliana se llevó la bebida a los labios mientras caminaba. Al dar el primer trago, arrugó la boca con asco. El camarero no había mentido: sabía a meados.

Se sentó a una mesa estrecha de madera pegada a una pared, alrededor de la cual había bancos con respaldos altos y privados.

Ya había pasado una hora desde que había salido de la vivienda de Camille, y a pesar de lo que la mujer le había expresado su temor de que Fidelia se estuviera desenfundando en Rinthos, Eliana no había visto nada notable. La mesa sombría era tan buen lugar para sentarse y observar sin que nadie se percatara de su presencia que, al igual que los muebles viejos y mugrientos, acabó formando parte de la decoración.

«A veces —pensó—, el cazador no debe merodear, sino más bien esperar. Y observar.»

Se dejó caer contra el respaldo del asiento y puso los pies sobre la mesa. Era agradable volver a trabajar, instalarse y contemplar cómo los sucios

engranajes de Santuario giraban a su alrededor. Desde el ataque con las granadas, se había sentido distinta, desequilibrada, sin nada a lo que agarrarse. Pero esto... esto le resultaba familiar.

Estaba en un buen sitio: aún veía el bar, la zona de lucha y, al menos, una de las entradas a Santuario, aunque no aquella por la que habían accedido hacía dos días. Se imaginó que debía de haber toda clase de agujeros de ratas para entrar y salir de aquel nido tan vil. A unos seis metros, una chica de piel marrón tenía los brazos alrededor de una jarra. Dos mesas a la izquierda, un grupo de hombres y una mujer pálida con la cabeza llena de trenzas negras y salvajes aullaban de risa.

A la derecha de Eliana, había un hombre de piel de color del ébano y una mujer pecosa terminándose unos cuencos de estofado. Una de las peleas había tocado a su fin. Un grupo de personas empezaron a cantar, levantaron al ganador macilento sobre los hombros e iniciaron un desfile improvisado.

Eliana tomó otro sorbo de bebida mientras, por encima del borde de la jarra, recorría con los ojos la sala oscura y abarrotada... Entonces se quedó de piedra.

Parpadeó unas cuantas veces, como si quisiera apartarse una mota de los ojos. Una presión fuerte y repentina la pegó al banco e hizo que la cabeza le empezara a dar vueltas. Sintió que la maldad llenaba el aire con un olor leve y amargo, como si alguien con oscuras intenciones hubiera chascado un látigo.

Fuertes escalofríos le recorrieron el cuerpo.

Se acordó de esa sensación, de ese olor. Los había percibido en Orline la noche en la que había intentado salvar a la niña secuestrada y en la que su madre había desaparecido. Ahora, era más violenta. Más cercana. Más urgente. Se agarró al borde de la mesa y luchó contra el deseo de reposar la cabeza en ella. El mundo se tambaleaba y se torcía.

Bajo la mesa, Eliana encontró a *Arabeth* y se sintió un poco mejor cuando sus dedos rodearon la empuñadura de la daga.

El escalofrío que le recorría los hombros se convirtió en un dolor agudo de

alerta.

Se obligó a levantar la mirada.

La mujer que antes estaba sentada sola, con el ceño fruncido sobre la bebida, había desaparecido. Su cerveza se había derramado sobre la mesa y caía goteando al suelo. La jarra rodó hasta detenerse bajo la silla en la que había estado sentada.

Quizá solo se hubiera ido.

Eliana, con la boca seca y el corazón desbocado, repasó rápidamente el camino de gente que había estado observando hacía tan solo unos segundos, antes de que el mundo cambiara.

La mujer de trenzas negras había desaparecido. El hombre que había estado sentado con ella palmeó la silla vacía y se secó las lágrimas de los ojos mientras uno de los bebedores vomitaba.

Y la pareja que se estaba terminando el estofado... Ahora el hombre se encontraba solo. Con la cabeza metida en el cuenco, sorbía las últimas gotas de su comida. El plato de la mujer chocó contra el suelo y se hizo añicos. El hombre levantó la mirada y, desconcertado, frunció el ceño y estiró el cuello para buscar entre la multitud.

Tres mujeres, todas desaparecidas en cuestión de segundos.

Tres mujeres desaparecidas como su madre.

Eliana se pasó la lengua por los labios. La sangre le ardía y le vibraba. Desenvainó a *Arabeth* y se puso en pie.

Estaban ahí. Fidelia.

«Vienen por la noche. Cada siete días.»

Eliana se levantó, se deslizó entre la multitud lo más rápido que pudo sin llamar la atención y examinó la estancia. Desenfocó los ojos.

«Ahí.»

A su derecha, una figura negra y encapuchada se movía. A Eliana le pareció ver a otra a su lado. ¿Era la mujer que bebía sola? Pero justo cuando intentó fijarse en esa forma en concreto, la visión se le nubló.

Se apoyó con fuerza en una columna —pegajosa y cubierta de porquería— mientras las náuseas se apoderaban de ella. Apretó los dientes e intentó recomponerse. Había visto que la figura se dirigía a la pared este. Si no se movía deprisa, le perdería la pista.

Una mano la cogió por la muñeca.

—¿Vas a algún lado?

Eliana se volvió y fulminó a Simon con la mirada.

—Suéltame, o los perderé.

—¿A quién? —Detrás de Simon, Navi los observaba desde debajo de una capucha—. ¿Qué está pasando?

—Hace un momento esas mujeres estaban justo delante de mis narices, y de repente... —El malestar invadió de nuevo a Eliana, que se tambaleó hacia Simon. Este la sujetó por la cintura y evitó que cayera—. ¡Dios, qué fastidio! —soltó ella. Los ojos le picaban por culpa de las lágrimas—. No puedo pensar ni dos segundos sin encontrarme mal. ¿Qué me hace esa gente?

Simon la miró de cerca a la cara.

—¿Quién? ¿Quién te ataca?

—Fidelia. —Se apoyó en su sólido torso y enseguida se alegró de que él estuviera ahí. Si Simon no hubiera ido a buscarla, ahora ella sería un bulto en el suelo—. Camille dice que se llevan a mujeres y niñas, al igual que en Online. Al menos creo que son los mismos. Adoradores de ángeles, dice. Cada siete días. Iba a ayudarla a encontrar a una chica que trabajaba para ella. Entonces... han llegado ellos. Están aquí. Han cogido a tres mujeres en cuestión de segundos. No lo entiendo.

Simon la miraba absorto con ojos azules y penetrantes.

—Has dicho que te estaban haciendo algo. Explícamelo.

Ella forcejeó débilmente para liberarse de él.

—Hay demasiado que explicar. Tengo que encontrarlos.

—Error. Vamos a volver a casa de Camille y, después de que la descuartice por haberte mandado aquí, te encerraré en la habitación más segura que

encuentre, a poder ser para siempre.

—Si la tocas —masculló ella—, yo te descuartizaré a ti. —Cada vez empezaba a resultarle más difícil organizar sus pensamientos—. Por cierto, ¿qué estáis haciendo aquí?

Con la mirada clavada en el suelo, dio un paso inestable tras otro.

—Navi y yo nos hemos encontrado en la puerta de tu habitación —dijo Simon—. Hemos descubierto que te habías ido, y ella ha insistido en acompañarme a buscarte.

—¿Por qué ambos estabais en mi cuarto? —Eliana se llevó una mano a la sien, donde sentía pinchazos—. Es bastante raro, ¿no?

—Bueno, yo quería pasar a asegurarme de que habías conseguido dormir —dijo Navi con voz tenue—. ¿Simon? —Ella lo miró con ingenuidad—. ¿Tú por qué estabas en la puerta de Eliana en plena noche?

Simon apretó los labios.

—Este no es momento para...

—Ni en todo el Abismo existe la posibilidad de que me vaya de aquí sin encontrar a Fidelia —murmuró Eliana— y sin rajarles la garganta uno a uno hasta que me digan dónde está mi madre.

—Qué imagen tan bonita. Ahora, camina.

Eliana cavó en su interior y encontró la fuerza necesaria para liberarse de Simon de un tirón. Sin ese apoyo, el mundo se puso patas arriba. Se desplomó al instante, pero él la cogió antes de que tocara el suelo.

—¿Qué le ocurre? —dijo Navi con voz preocupada.

—¿Eliana? —Simon le acarició la mejilla—. ¿Cómo te sientes, qué te pasa? Si no me lo cuentas, no puedo ayudarte.

Ella hizo tres inspiraciones largas y superficiales para reprimir las náuseas que le subían por la garganta y, con ojos acuosos, fulminó a Simon con la mirada.

—Esta es la primera pista real que he descubierto desde que me fui de Online —dijo con los dientes apretados—. No pienso rendirme. No me



obligues a hacerte daño, Simon, porque no me apetece demasiado.

Él arqueó una ceja.

—Ah, ¿no?

—Dios, ¿no te callas nunca?

Ella intentó esquivarlo, pero esta vez fue Navi quien la detuvo.

—Eliana, para —dijo con suavidad—. Volvamos. Aquí no estamos a salvo.

—Pero puedo encontrar a mi madre —insistió la chica— y a todas a las que han secuestrado. —Miró a Simon—. Incluso a la gente de la Corona Roja.

—Eso no tiene importancia —dijo él—. Nuestra prioridad es llevar a Navi a Astavar. Una vez que lo hayamos hecho, te ayudaré a encontrar a tu madre, tal como acordamos.

—O podríamos ir a buscarla ahora mismo. Para cuando llegemos a Astavar, tal vez sea demasiado tarde.

—Es un riesgo que ya conocías cuando aceptaste mi oferta.

—De todos modos, ¿por qué te importa tanto que me quede contigo? Si lo que quieres es un luchador, Camille tiene docenas de mercenarios entre los que escoger.

Al decir esas palabras, la mente de Eliana empezó a despejarse y a abrirse camino a través de sus sentidos embotados. «Exacto, ¿por qué le importa?» Cuando miró a Simon de nuevo, vio la verdad en su rostro cuidadosamente implacable: había dado en el clavo.

—¿Por qué quieres tenerme cerca a toda costa? —dijo en voz baja, acercándose a él paso a paso.

Navi paseaba la mirada del uno a la otra con curiosidad. Simon abrió la boca, dudó.

Entonces, una voz provino de las sombras que había bajo una escalera cercana.

—Porque eres especial, Eliana Ferracora, y te quiere para él. Igual que yo.

Al oír esa voz, a Eliana se le secó la boca. La conocía, aunque ahora tenía un tono más áspero y no tan susurrante.

Una figura delgada emergió a la luz. Llevaba un uniforme negro hecho jirones y una capa de color carmesí deshilachada que resultaba casi irreconocible debido al barro que la cubría y a las manchas de sangre que arruinaban aquella tela que había sido de gran calidad.

—Rahzavel —susurró Eliana horrorizada. Incluso Simon parecía estar sobrecogido—. ¡Estás vivo!

El asesino sonrió. Su pálido rostro estaba marcado por una cicatriz larga y protuberante que le partía de la sien, le bisecaba la cara y le desaparecía bajo el cuello de la ropa. El pelo blanco le colgaba en mechones apelmazados.

—Vivo —confirmó— y con muchas ganas de matarte.

Entonces se arrancó la espada de la vaina que llevaba en la cintura, la levantó emitiendo un grito horrible y ansioso y la blandió impetuosamente contra el cuello de Eliana.

## 5

### Rielle

«Esperaba que las noticias no te llegasen hasta dentro de unos días. Sin embargo, lo del príncipe Audric y la chica de Dardenne es cierto. Siento no haber podido contártelo en persona. Quédate en Belbrion, protege el norte. Ten paciencia, hijo mío. Todo acontecerá como es debido y sin demora.»

Carta de lord Dervin Sauvillier a su hijo, Merovec,  
30 de mayo, año 998 de la Segunda Edad

Las puertas de la sala del consejo del rey Bastien se abrieron de golpe.

Rielle se puso en pie de un salto. Había estado esperando en tensión en una silla dura e incómoda durante una hora entera bajo los ojos igualmente tensos de su guardia. A lo largo de aquel tiempo, había rezado para que el rey llegara enseguida y pudieran acabar con la inevitable explosión de una vez por todas.

Ahora, sin embargo, cuando el monarca se dirigió enfurecido a su asiento —acompañado por el arconte, la reina, su padre, todos los miembros del Consejo Magistral y lord Dervin Sauvillier—, Rielle deseaba ardientemente volver a su solitaria silla y quedarse ahí sentada, sin que la molestaran, durante lo que quedaba de día.

Al menos Audric y Ludivine también estaban ahí, colocados en extremos opuestos de la mesa.

—Lady Rielle —empezó a decir el rey con voz tensa, de pie tras la enorme mesa en la que se encontraban sus asesores—, no sé por dónde empezar.

—Bueno —dijo lord Dervin, escupiendo las palabras con voz cortante—,

quizá podríamos empezar hablando del deliberado abuso de poder de lady Rielle durante su última prueba. O, si no, de su flagrante desconsideración hacia el compromiso sagrado de nuestros hijos...

—Lord Dervin —espetó el rey—, cuando quiera que habléis, os lo pediré.

El hombre asintió bruscamente con la cabeza y se quedó en silencio.

El rey Bastien clavó los ojos en la mesa durante mucho rato y después le dirigió una mirada furiosa a Rielle.

«Es el rey Bastien, nada más.» Ella se obligó a mirarlo a los ojos y pensó una y otra vez que ese hombre no solo era el rey. También era el padre de Audric. Ella había crecido corriendo por los pasillos de su casa, había compartido cama con su hijo y su sobrina cuando los tres eran demasiado jóvenes como para pensar mal sobre ello.

—¿En qué —empezó a decir Bastien con suavidad— estabais pensando?

Ella dudó y se acordó de mantener la voz clara y tranquila.

—¿Queréis la verdad, mi rey?

—Sí, lady Rielle. Por favor, contadme la verdad, por el amor de Dios.

—Le quería enseñar a la gente lo que soy capaz de hacer. Ya habíamos hablado de la importancia que tenía eso, ¿verdad? Lo crucial que es que piensen bien de mí, que vean mi poder y que no hay nada que temer.

El semblante del rey permanecía implacable.

—Proseguid.

—Me pareció que la mejor manera de demostrarle a todo el mundo que no solo triunfó en las pruebas, sino que también me estoy fortaleciendo gracias a ellas, era mostrando mi habilidad para manipular dos elementos a la vez.

Decidió no mirar ni a Sloane, que estaba sentada rígida y pálida en la mesa del consejo, ni a Tal, cuya mirada urgente la arrastraba silenciosamente hacia el pánico.

—Lo que estáis diciendo, lady Rielle —dijo la reina Genoveve, con una expresión que reflejaba diversión y algo más oscuro—, es que queríais alardear.

«Vaya, te han calado, ¿no?»

La suave risa de Corien hizo que a Rielle se le pusiera la piel de gallina.

—Y demostrar que mi poder es lo suficientemente extraordinario para hacer que una amenaza mortal se cierna a escasos centímetros de alguien y, aun así, asegurar que a esa persona no le ocurra nada malo —contestó Rielle, ojeando al arconte.

La reina enarcó las cejas.

—¿Extraordinario?

—Creo que mi poder se merece que usemos esa palabra, ¿vos no?

Reinó un tenso silencio. Rielle miró a Tal, y él asintió con la mirada y le dedicó una pequeña sonrisa.

Su corazón era un tambor, rítmico y triunfante.

—En relación con lo de alardear... Creo que cualquier ser humano que todavía pueda hacer magia en este mundo entiende la urgencia de aceptar este regalo y de dejarlo brillar para que todo el mundo lo vea.

—Yo no entiendo esa urgencia. —Rafiel Duval, gran maestro del Firmamento, de piel morena y trenzas negras, estaba sentado en una implacable postura al lado de Tal. Llevaba la toga de los silbavientos, de color azul celeste y gris tormenta—. El poder no existe para presumir, sino para saber controlarlo.

—No estamos de acuerdo, maestro Duval. Ahora que soy libre de usar mi poder como creo conveniente, siento que se ha vuelto más fuerte y sano que nunca.

—Querréis decir ahora que usáis vuestro poder como el rey cree conveniente. —Ludivine le dirigió una mirada suplicante a Rielle—. ¿Verdad, Rielle?

Esta se sonrojó al darse cuenta de su error.

«No ha sido un error —dijo Corien rápidamente—. Has dicho lo que piensas, querida.»

—Perdonadme, mi reina, mi rey. —Rielle inclinó la cabeza—. Lady

Ludivine tiene razón. Es evidente que me he expresado mal.

El rey se sentó pesadamente en su silla.

—Y la criatura que habéis creado, el dragón, ¿qué me decís de eso?

—Creo que todos estamos de acuerdo —empezó a decir Audric— en que lady Rielle ha demostrado tener un control increíble...

—Muérdete la lengua, Audric —lo reprendió el rey—. Lady Rielle puede defenderse sola.

—¿Acaso se te ha olvidado, mi amor? —La fría mirada de la reina Genoveve no iba acorde con su dulce voz—. A nuestro hijo le cuesta controlar la lengua cuando lady Rielle está cerca.

Un rubor ardiente trepó por el cuerpo de Rielle. El arconte tosió delicadamente en su manga.

Audric fue el primero en hablar con voz grave y furiosa.

—Madre, ¿realmente queréis que tengamos esta conversación ahora?

—Bueno, yo no, desde luego —contestó el rey, mirando a su esposa con intensidad. Luego dirigió la vista tras ella—. Mis disculpas, Ludivine.

Su sobrina le sonrió con calidez.

—No es nada, tío. En tiempos difíciles se cometen errores. —Entonces se aproximó a Rielle y le cogió una mano con suavidad. Después se volvió hacia la mesa del consejo—. No le guardo rencor a lady Rielle. —Le tendió la otra mano a Audric, que se le acercó después de dudar un momento—. Tampoco a mi primo, el príncipe.

Lord Dervin torció la boca al verlos a los tres unidos, de pie frente al rey.

—¿Ibais a matarme?

Rielle se sobresaltó al oír la suave voz del arconte.

—Os... os ruego que me disculpéis, Su Santidad.

La sonrisa que él le dirigió sin pestañear se arrastró por su interior como una pesadilla.

—Podía sentirlo, ¿sabéis? Podía sentir que el empirio se movía dentro de aquel dragón mientras me lamía la cara. Estaba enfadado conmigo. —Ladeó la

cabeza y la observó—. Vos estabais enfadada conmigo. Debido a aquellos niños, lo sé.

¿La estaba desafiando? A Rielle se le erizaron los pelos de la nuca.

—Sí, estaba enfadada. Quería asustaros.

Lord Dervin alzó las manos.

—Mi rey, ¿podemos confiar en alguien que habla así para que esté al lado de nuestros hijos y, aún peor, para que se pavonee de forma temeraria ante miles de personas?

—Conseguisteis asustarme —prosiguió el arconte, haciendo caso omiso del arranque del hombre e inclinándose sobre la mesa. Una nueva luz le destellaba en los ojos—. Sabía que no me mataríais. Aún no. Pero me preguntaba cuán lejos llegaríais.

«Aún no.» Un estremecimiento le descendió por el cuerpo a Rielle. No podía apartar la vista de los ojos entornados y brillantes del arconte, que parecían ver todo lo que había dentro de ella: el poder que incluso ahora le brincaba en la sangre, la presencia del pensativo Corien en su mente, y la verdad.

La verdad era la siguiente: tenía una oscura semilla germinando en su interior y, si pudiera volver atrás y revivir la prueba, ese nudo fuerte y negro bastaría para hacerla cambiar de parecer. No detendría las garras del dragón, sino que lo dejaría alimentarse.

La sonrisa del arconte creció. Parecía que pudiera ver los pensamientos de Rielle claramente en su rostro.

Alguien llamó con fuerza a la puerta del gran salón e interrumpió aquel silencio agitado. Cuando entró un paje, Rielle se relajó ligeramente y se alegró de aquella distracción. Audric estaba de pie cerca de ella, con los brazos tensos a los costados. Quería volverse hacia él y esconder el rostro en la calidez de su pecho. No esconderse ahí para siempre, solo un rato. ¿Estaba muy mal desear eso?

—¿Padre? —La voz de Audric tenía un tono preocupado—. ¿Qué sucede?

Rielle levantó la mirada hacia el rey. Este sujetaba un trocito de papel enrollado —un mensaje de la pajarera real—, y en su semblante había una rigurosa ausencia de expresión. Se había retirado un poco, ya que no quería leer esa nota frente a la audiencia.

—Tres ataques —dijo de manera inexpresiva— a lo largo de la frontera. En el castillo de Avitania, en el castillo de las Tres Torres y en el castillo Barberac. —Se detuvo, y su boca se convirtió en una línea apretada—. Setenta y tres soldados celdarianos asesinados. Sobrevivieron seis, dos de cada puesto militar, que huyeron al sur, a los pueblos más cercanos.

—¡Dios mío! —La reina Genoveve se llevó la mano a la garganta—. ¿Sus informes incluyen qué los atacó? ¿O quién?

—Sucedió durante la noche —leyó el rey—. Sin hacer ruido y sin previo aviso.

Un silencio sobrecogedor se extendió por la habitación.

El rey Bastien dejó de leer. Audric le arrancó la nota de las manos.

—Audric... —le espetó su padre.

—«Cuando me volvía en la oscuridad —continuó leyendo Audric—, otro caía. Blancos como el hueso estaban sus rostros, e inmóviles, como si se hubieran quedado a medio gritar.»

El rey, airado, dio la vuelta a la mesa, le arrancó la nota a Audric de las manos y la arrugó en el puño.

—Esos puestos militares del norte son fríos y amargos. Un rostro pálido no es extraño.

Audric lo miró muy serio.

—Que hayan sobrevivido dos personas por puesto no puede ser pura coincidencia.

—Ah, ¿no? No empieces a desvariar y a hablarme de tus absurdas teorías, Audric.

—Ya hace bastante tiempo que las señales son claras. —Audric ignoró a su padre y se dirigió a toda la gente de la mesa—. Cuanto más tiempo esperemos



para hacerles frente, peores serán las consecuencias.

—¡Señales! —Bastien rio con dureza—. Tormentas y revoluciones en tierras lejanas, soldados asesinados en fronteras que separan naciones hostiles. Sí, claro. —Su voz adquirió un tono sarcástico y desconocido—. Jamás había oído que pasaran cosas así. De veras, estamos al borde de algún tipo de destrucción mágica.

—¿Y qué hay de lady Rielle? Es imposible ver cómo ejecuta las pruebas y no reconocer que se trata de algo, como mínimo, extraordinario.

—No anda equivocado —dijo Tal en voz baja—. He trabajado con Rielle durante años, y la profecía...

—Maestre Belounnon —espetó el rey Bastien—, hasta que no os haya preguntado vuestra opinión, trataréis de manteneros en silencio en mi presencia.

Tal miró al rey a los ojos solo con un pequeño fulgor desafiante en la mirada, pero eso bastó para que el corazón de Rielle creciera de amor por él.

—Sí, mi rey —contestó el maestre.

—La profecía no puede ser interpretada de manera fiable —continuó diciendo el rey Bastien, mirando a cada una de las personas que había a su alrededor—. ¿Cuántas traducciones oficiales existen de las palabras de Aryava? ¿Veinte? ¿Veinticinco?

—Treinta y cuatro —respondió el arconte al instante—, aunque, a veces, son casi idénticas.

—Incluso una sola palabra puede marcar la diferencia entre profecías. —El rey le lanzó una torva mirada a Audric—. Y eso la convierte en una historia entretenida que ningún hombre instruido se tomaría en serio.

El maestre Duval frunció el ceño.

—Su Majestad, es bastante atrevido decir eso enfrente de todo el consejo y del arconte en persona.

—Os recuerdo que todos y cada uno de ellos responden ante mí. —Bastien se alejó ofendido y, de pie ante las ventanas, observó cómo se ponía el sol.

Cuando al fin volvió a la mesa, parecía agotado pero decidido—. Lamento mi arrebató, Su Santidad. No creo que la profecía sea una mera leyenda ni que vuestra inteligencia y la de vuestros maestros no sea, como mínimo, excepcional.

El arconte inclinó la cabeza.

—Sois muy amable, mi rey.

—No hablaré más esta noche. ¿Armand?

El padre de Rielle se levantó de la silla y se unió a su rey. Cuando estaban en la puerta, miró un momento hacia atrás, hacia ella, y la muchacha vio en sus ojos grises un destello de preocupación.

Esa mirada la aterrorizó.

Desde que las pruebas habían empezado y la vida de Rielle corría peligro cada semana, su padre había mantenido las distancias más de lo normal. Solo lo veía durante las mañanas que pasaban en la pista de obstáculos y a veces en los pasillos de Baingarde. Ella, rodeada de guardias, lo saludaba educadamente, y él le devolvía el gesto asintiendo ligeramente con la cabeza.

Así que incluso el más mínimo cambio de expresión en aquel duro rostro no pasaba desapercibido.

Había algo en el mensaje del norte, en la reacción del rey, que había agujoneado al inconquistable lord comandante Dardenne.

Mientras el consejo se levantaba entre susurros y murmullos, Audric se volvió hacia Rielle y, a continuación, miró a Ludivine.

—Tenemos que hablar en privado —dijo en voz baja—. Ahora.

—Audric, cielo. —La reina Genoveve le tendió la mano. Su vestido gris brocado atrapaba la luz roja del sol poniente y le arrojaba unas líneas duras y extrañas en la cara—. Ven conmigo. Tu tío y yo creemos que a todos nos iría bien tomar un poco de té juntos.

—¿Para que podáis regañarme de nuevo y hablar mal de lady Rielle? —Audric lo dijo lo suficientemente alto como para que todos los que aún estaban en la habitación lo oyeran—. Tengo cosas mucho mejores que hacer.

Entonces le lanzó una mirada rápida y airada a su madre y salió del salón.

Rielle casi rompió a reír al ver la expresión ofendida del rostro de la reina Genoveve, pero, antes de que eso pasara, Ludivine la agarró con firmeza por el codo y se apresuró a llevársela afuera.

Al fin, solo cuando ya se encontraban en la familiar tranquilidad de los aposentos de Audric, a Rielle se le escapó la risa nerviosa. Se dejó caer en su diván favorito junto a la ventana, un mueble viejo y desgastado, pero tan cómodo que le había prohibido a Audric que pidiera otro.

Ludivine se hundió en su silla favorita junto al fuego.

—No veo qué te hace tanta gracia, Rielle —dijo la chica.

—¿No te parece gracioso que Audric haya insultado a su madre ante todo el consejo? ¿Ni que pareciera que tu padre intentara matarme solo con la fuerza de su fija mirada?

«¿Ni que incluso mientras el rey me reñía —pensó de una forma un poco salvaje—, yo estuviera hablando con un ángel en mi cabeza?»

—No te tomes a la ligera la ira de mi padre, por favor —dijo Ludivine—. Eso no nos ayudará a ninguno.

—Además —prosiguió Rielle—, también está el hecho de que Audric y yo casi... En fin. —Perdió el valor y se sonrojó—. Sin embargo, aquí estamos, ¡como si nada hubiera pasado!

El príncipe se puso tenso.

—Rielle, ¿podemos no hablar del tema ahora, por favor? Sé que tú y Ludivine lo habéis comentado, pero cada cambio del acuerdo que existe entre nuestras familias comporta ramificaciones políticas.

—No. —Rielle apretó la mandíbula—. Insisto en que lo hablemos esta misma noche. Es injusto para todos que no lo hagamos.

En medio del silencio que siguió, Ludivine habló con suavidad:

—Tiene razón, Audric.

Él se apoyó pesadamente en su escritorio.

—Si pudiera renunciar a mi corona y a mi deber y dejar atrás este lugar,

solo contigo a mi lado... —Miró a Rielle. La angustia silenciosa que se le reflejaba en el rostro se apoderó del corazón de la chica—. Lo haría al instante, con la bendición de Lu.

—¿Abandonar tu derecho natural? ¿Dejar a tu país sin un heredero? —Rielle se burló. Las lágrimas le ardían en los ojos—. Jamás te atreverías.

—¿Te equivocas! —Él se alejó con ímpetu de ellas y se detuvo frente a las ventanas iluminadas por las estrellas. Tenía los hombros tensos—. Lo haría por ti. A veces pienso que traicionaría todo lo que me importa para tener la oportunidad de...

Se le quebró la voz y se quedó en silencio. Rielle se dio la vuelta y cruzó los brazos con fuerza. Los sirvientes de Audric le habían prendido el fuego para caldear la estancia. Durante muchos minutos, el crepitar de las llamas y el chasquido de la madera fueron los únicos sonidos que se oyeron en la habitación.

Entonces Ludivine se aclaró la garganta.

—No hace falta que renunciéis a nada, ¿sabéis? Ni a la corona ni a vuestra relación. Solo tenéis que ser... discretos. —Se alisó la falda—. Yo os ayudaría como fuera necesario.

Rielle la miró fijamente. Ludivine la había llevado a ver a Garver Randell para conseguir un tónico contraceptivo, sí, pero oírla sugerir una cosa así con tanta simplicidad, como si estuvieran hablando del tiempo, la dejó sin palabras.

Audric rio sorprendido.

—Lu, ¿estás sugiriendo lo que yo creo?

—¿Que estéis juntos? —Ludivine enarcó una ceja—. Sí. En secreto, claro, pero pronto. Y lo más a menudo que sea posible, así me ahorro la agonía de vuestro deseo torturado. —Se recostó en el respaldo de su silla y cerró los ojos—. Presenciarlo es agotador. Ya no puedo más.

Con el corazón acelerado y sin poder mirar a Audric, Rielle tomó aire antes de hablar.

—No puedo creer que estés proponiendo esto.

—¿Por qué no? Ya hemos hablado sobre mi opinión respecto a la situación en la que nos encontramos. —Con los ojos aún cerrados, Ludivine sonrió—. ¿O es que dudáis de mi palabra?

—No, no es eso, es que... —Las imágenes que se amontonaban en la mente de Rielle hicieron que un calor placentero le subiera a las mejillas—. ¿No te avergonzarías?

—¿De que mis mejores amigos fueran más felices que nunca? ¿Por qué me tendría que avergonzar?

—Quizá «avergonzarse» no sea la palabra apropiada.

Entonces Rielle sí que miró a Audric. Este, medio oculto en las sombras, clavó la vista en el suelo.

—Si nos descubrieran —dijo él al fin—, incluso si explicáramos que tú lo sabías y que lo aprobabas, seguramente sería humillante para todos, pero en especial para ti.

—¿En serio podría pasar eso? —dijo Ludivine débilmente—. No me había dado cuenta.

A Rielle se le escapó una risa nerviosa.

—Solo tendríamos que... evitar que nos pillasen.

Audric se frotó la cara con una mano.

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es. —Ludivine lo miró con cariño—. Todos tendremos cuidado, y tú... Bueno, Audric, vas a tener que aprender a mentir.

—¿Y tu familia? ¿Qué pasa con ellos? ¿Y si mi madre lo descubre? ¿O tu padre? Ahora nos vigilarán de cerca.

—Yo me encargo de mi familia.

Durante largo rato, Audric estuvo mirando cómo crujían las llamas.

—No podemos —acabó diciendo con voz pesada—. Algo pasa en Borsvall. Los ataques en la frontera, el informe que he leído... La Casa Sauvillier es nuestra defensa más fuerte contra cualquier incursión que venga

hacia el sur. Mientras aclaramos lo que está ocurriendo, necesitamos que tu padre y sus soldados se mantengan leales a la corona. Seguro que no lo harán si descubren que Rielle y yo tenemos una aventura.

Esta, cada vez más desesperada, se esforzó por hablar.

—Pero, Audric...

—¿Qué le dijiste a mi padre hace unas semanas? ¿Ya se han contado demasiadas mentiras, ya se han guardado demasiados secretos? —La miró—. No es así como quiero que empecemos.

—A mí no me importa cómo empecemos —protestó ella, acercándose a él—, mientras lo hagamos.

En el silencio abrasador, la mirada de Audric se posó sobre sus labios y después se alejó.

—Tal vez —dijo Ludivine al cabo de un momento— podríais esperar un poco. Hasta que el peligro en la frontera haya pasado y el temperamento de mi padre se haya enfriado.

Rielle levantó las manos.

—Y entonces ¿qué? ¿Se pondrá contento de repente cuando le digamos lo que pasará a continuación? Lo siento, lord Dervin, pero, después de todo, vuestra hija no será reina.

—No, no se pondrá contento —replicó Ludivine con serenidad—, pero no estará tan enfadado.

—Para entonces, con un poco de suerte, el reino estará estable y a salvo —acabó diciendo Audric—. Cualquier ataque a la frontera será descubierto y eliminado. —Inspiró profundamente y se pasó una mano por los rizos.

Rielle se movió para ponerse frente a él. Aunque el cuerpo le dolía por querer tocarlo, se negó a hacerlo.

—¿Esto es lo que quieres de verdad? —susurró ella.

—¿Lo que quiero? —Él sonrió con tristeza. Hizo el ademán de tocarla, pero luego retrocedió—. Claro que no, pero es lo que debemos hacer, Rielle.

«Tiene ojos de vaca —dijo Corien con desprecio—. Sumisos e

irreflexivos.»

La ira ardiente de Rielle se elevó al instante. «Y tú tienes lengua de serpiente. Cruel y repulsiva.»

La presencia malhumorada de Corien se retiró.

—Lo siento, Rielle —murmuró Ludivine, levantándose de la silla—, pero creo que Audric tiene razón. Es lo más sensato que...

—Lu, agradezco tu altruismo y tu amistad —dijo Rielle con firmeza, ya que un dolor terrible se le alojaba en la garganta—, pero necesito estar sola.

Entonces se apartó de Audric y salió de la habitación.

## 6

### Eliana

«Gracias a vuestra generosidad y a vuestras enseñanzas, mi señor, hará falta algo más que una caída desde una torre para matarme. Un día más, y los tendré.»

Mensaje escrito por el asesino de Invictus Rahzavel a Su Santísima Majestad, el Emperador de lo Eterno

Eliana se tambaleó hacia atrás para esquivar la espada de Rahzavel que volaba en el aire, tropezó con una silla y cayó violentamente en brazos de Navi.

Simon arremetió frente a ellas, con la espada levantada para atacar. Las dos hojas chocaron y se contuvieron.

—¡Navi, salid de aquí! —bramó Simon por encima del hombro.

Justo después, Rahzavel emitió un áspero grito y balanceó la espada para liberarse. Simon se dio contra una columna y, de una patada, arrojó una silla en medio del camino de Rahzavel.

Navi le agarró la muñeca a Eliana, y juntas huyeron entre la multitud. Los espectadores se habían percatado de la pelea y se iban acercando. Navi se abrió paso entre ellos, empujando cuerpos que le doblaban la estatura si estos no se movían lo suficientemente deprisa.

—¡Eliana! —gritó Rahzavel tras ellas. Los gruñidos y las espadas que chocaban interrumpían sus palabras—. ¡No puedes huir de mí! Soy como tú, ¿no lo ves? ¡Nadie puede matarme!

El miedo era un vigorizador increíble. Con cada paso, a Eliana se le



despejaba más la cabeza. Pronto fue ella la que arrastraba a Navi.

—Por aquí —jadeó, y condujo a Navi entre el laberinto de la zona de luchas.

Unos caminos estrechos separaban una jaula de la otra. Giraron por una jaula, después por otra, y se encontraron en medio de las peleas. Un luchador con el pecho descubierto lanzó a su oponente contra la pared de reja que estaba a la derecha de Eliana. El ruido era tremendo, y la multitud, una masa agitada a su alrededor.

—Volvamos a los apartamentos —gritó Navi—. ¡Ahí estaremos a salvo!

—Si una caída no lo mató —contestó Eliana—, entonces nunca estaremos a salvo de él. No hasta que esté muerto.

«¡Soy como tú! ¡Nadie puede matarme!»

Pero se equivocaba, ¿no? A ella podían matarla. No era completamente invencible. Si él le clavara una espada en el corazón, ella perecería como cualquier otro animal que sangra.

Y él... Seguro que había tenido suerte al caer desde la torre de la residencia de las concubinas en Orlin. Había golpeado el agua justo en el ángulo correcto y había esquivado las rocas que se dispersaban por el río. El Emperador lo había alimentado con un régimen de drogas y le había condicionado la mente y el cuerpo durante años para que pudiera resistir abusos de todo tipo.

—¿Podría ser un ángel? —gritó Navi por encima de aquel escándalo.

Eliana hizo una mueca.

—Con la suerte que tenemos...

Salieron de la zona de peleas y llegaron al piso descubierto. Eliana corrió hacia unas escaleras de hierro serpenteantes. Al llegar a la barandilla, un cuerpo salió volando de entre la multitud y le golpeó un costado. Eso hizo que tanto ella como Navi cayeran al suelo.

Eliana, con la cabeza dándole vueltas, se impulsó para levantarse.

—¿Navi?

La chica estaba inconsciente a poco menos de un metro, junto al cuerpo que les había caído encima. Debía de haberse golpeado la cabeza contra el último peldaño. Eliana gateó hacia ella.

Una espada impactó en su espalda una vez y luego otra. Un dolor ardiente se le extendió rápidamente por el cuerpo. Gritó, agarró a *Arabeth* con fuerza, se volvió y detuvo la espada de Rahzavel con su daga.

Él la miró de manera lasciva y presionó con fuerza sus armas hasta que Eliana estuvo casi tumbada en el suelo. Su espalda sangrante era una tortuosa superficie en llamas.

—Hola de nuevo —roncó la voz de Rahzavel.

Su cara destrozada se estiró y mostró la sonrisa de un loco. Le pisó con fuerza el muslo y luego las costillas. Mientras ella gritaba y pestañeaba para alejar los destellos de dolor que le inundaban la visión, él levantó la espada con ojos salvajes. Ella le hundió a *Arabeth* en el empeine y salió rodando de debajo de él justo cuando la hoja de su oponente golpeaba el suelo.

Navi se despertó de golpe y miró horrorizada algo que había tras el hombro de Eliana.

—¡Cuidado!

Ella se dio la vuelta y esquivó justo a tiempo la espada de Rahzavel. La punta de la hoja le tocó la mejilla. La sangre caliente le cayó a chorros por la cara y los brazos. Se lanzó hacia delante con *Arabeth*, pero él se la arrancó de la mano de un golpe. Ella le dio una fuerte patada en el pecho, y él le agarró la pierna, le dio la vuelta y la tiró al suelo.

Antes de su caída, él se había enfrentado a ella en silencio, con movimientos rápidos y calculados.

Ahora reía, aullaba con regocijo cuando una de las dagas de Eliana le tocaba la piel y chascaba la lengua cuando ella fallaba. Una apretada multitud se había congregado a su alrededor y los acorralaba sacudiendo los puños y emitiendo gritos rítmicos y sin palabras, con ansias de violencia.

Eliana agarró un cuchillo de trinchar de una mesa cercana, se volvió y se lo

lanzó. Él lo apartó de un golpe con facilidad. Ella encontró otro y se dio la vuelta.

Soltó el cuchillo. Este repiqueteó en el suelo, inservible. Eliana empezó a balancearse y alargó los brazos para buscar un punto de apoyo. No encontró ninguno y cayó al suelo sobre manos y rodillas.

«Fidelia.»

Una niebla le oscureció la visión. Las náuseas regresaron y se extendieron por su interior con una violencia alarmante.

—¡Miradla! —gritó Rahzavel, bailando alegremente alrededor de su figura postrada—. ¡El famoso Terror de Orlina!

La multitud respondió con un coro de abucheos.

—¡Eliana, levántate! —Navi le tiró frenéticamente de los hombros.

Eliana intentó ponerse en pie, pero sus extremidades cedieron y se estrelló contra el suelo.

—Están aquí.

El estómago se le retorció en un nudo. El mundo daba vueltas y se inclinaba a derecha e izquierda. Quien fuera o lo que fuera que la clavaba al suelo, no era bueno. Era algo que no encajaba, que no pertenecía a ese lugar.

—Corre —jadeó, buscando a tientas la mano de Navi—. Te encontrarán.

—¿Quién? —La voz de Navi estaba llena de lágrimas de pánico.

Un grito furioso tras ellas hizo que Eliana, aletargada, se diera la vuelta.

Simon cayó de pie sobre Rahzavel desde las escaleras que tenían encima. El asesino se desplomó violentamente. A continuación, haciendo repiquetear su risa salvaje, se alejó rodando y volvió a levantarse rápidamente. Simon avanzó despiadadamente hacia él; la rabia hacía que su rostro lleno de cicatrices fuera feroz.

Entonces, se dio la vuelta para bloquear uno de los embistes de Rahzavel, paseó la vista por la sala y vio a Eliana en el suelo. Sus miradas se encontraron.

El mundo pareció detenerse. A ella se le cortó la respiración en el pecho

dolorido.

Ya habían estado ahí antes. No en la zona de lucha de Santuario, sino en un momento similar de peligro y de pelea.

De separación.

Tener la certeza de eso —como si de golpe recordara la letra de una canción olvidada hacía tiempo— le abrió un abismo desconocido en el corazón.

El destello de una tristeza innombrable cruzó el semblante de Simon. ¿Acaso él también lo sentía?

—¡Corre! —le rugió él.

La realidad regresó. El tiempo giraba hacia delante, raudo y cruel.

Eliana se abrió paso a empujones entre la multitud. Oyó que Navi gritaba su nombre, y también un fuerte aullido, y esperó que no fuera de Simon. Buscó alguna escalera que la condujera al tercer piso. Cogería a Remy y huirían. Correrían lo más deprisa que pudieran, llegarían lo más lejos que pudieran. Se afeitarían la cabeza, conseguirían ropa nueva. Así lograrían llegar a Astavar, disfrazados e irreconocibles.

Cuando llegó al segundo piso, Navi la alcanzó. La chica le agarró el brazo y tiró de ella. Eliana se dio la vuelta y presionó a *Silbador* contra la garganta de Navi.

—Voy a recoger a mi hermano y nos iremos —escupió—, y si tratas de detenerme, Navi, te juro que te destriparé.

El mundo empezó a girar sin tregua. Eliana dejó caer a *Silbador* y se desplomó sobre el cuerpo de Navi.

—¿Eliana? —La chica cayó con ella al suelo—. ¡Levántate, por favor!

Eliana boqueaba, la voz se le ahogaba en la garganta. Intentó quitarse los brazos de Navi de encima, alejarse gateando, pero no podía moverse.

Entonces su amiga desapareció.

Una mano enguantada le tapó la boca a Eliana y le presionó un trapo pestilente sobre la cara. Ella forcejeó, pero su grito quedó amortiguado. Otra

mano la sujetó por la parte posterior del cráneo y la obligó a pegarse más al paño.

Mientras se le nublaba la visión, vio que una figura vestida de negro —con capucha y máscara— recogía en brazos a una Navi inconsciente.

La maldad que flotaba en el aire se tragó a Eliana por completo. Ella quería vomitar, pero la presión que le bajaba por la garganta se lo impedía.

Una voz le susurró al oído: «Y cuando el Portal cayó, Él me encontró en medio del caos, señaló mi corazón sediento y dijo: “A ti te entregaré a la gloria del nuevo mundo”. Lloré a sus pies, y Él me rehízo».

Entonces Eliana se deslizó dentro de un pozo estrecho, donde el mundo que se desvanecía a su alrededor se sacudió bruscamente antes de abrazarla y arrastrarla hacia la nada.

## 7

### Rielle

«La montaña cae bajo mis puños.  
El mar se seca si lo toco.  
La llama muere en mi lengua.  
La noche aúlla con mi rabia.  
La luz se oscurece con mi sombra.  
La tierra se desvanece bajo mis pies.  
Ni me rompo ni me doblo.  
Nadie puede silenciarme.  
Estoy por todas partes.»

*Rito del Viento,*  
pronunciado por primera vez por san Ghovan el Valiente,  
santo patrón de Ventera y de los silbavientos

Rielle estaba sentada en un trono situado en el centro de una habitación oscura.

Una luz estrecha la iluminaba desde arriba. En la distancia, había una vastedad de sombras movedizas. Sentía que las piezas de un mundo que estaba fuera de su alcance se estaban reordenando a sí mismas, se susurraban unas a otras cuál era la mejor forma de engañar a aquella reina estúpida e iluminada que se creía alguien importante.

El trono que tenía debajo estaba hecho de protuberancias y rugosidades que se le clavaban en los muslos. Una voz le susurró: «Mira».

—¿El qué? —Rielle observó detenidamente la oscuridad. Al hacer eso, se mareó—. No veo nada.

«Fíjate bien.»

Rielle obedeció. Pasaron los días. No durmió, le ardían los ojos. Las voces

le susurraban desde un reino lejano.

Se levantó de su trono. Unas manos invisibles y desesperadas le agarraron el dobladillo de la capa. En la lengua notó el amargo sabor de una putrefacción antigua.

—Aquí no hay nada —insistió.

El tiempo le había hecho trizas la voz.

«Continúa.»

Anduvo durante siglos. Las voces susurrantes se hicieron más intensas. Se convirtieron en una conversación y, después, en un estruendo. Hablaban una lengua desconocida, pero, aun así, ella entendía el significado de cada palabra, comprendía que todas iban dirigidas a ella:

«Creadora.

»Reina.

»Libertad.

»Rielle.»

Al fin, vio un punto de luz en la distancia y lanzó un grito. ¿Había llegado ya al final? Estaba cansada de andar sola. No quería oír más esas voces que la llamaban, no le apetecía sentirse rodeada de gente sin ser capaz de encontrar a nadie.

Cuando la luz se intensificó, reparó en algo que ya conocía: el trono iluminado.

Ahora entendía por qué le había dolido el cuerpo al estar sentada en él.

Estaba hecho de huesos.

Agotada, exaltada, se hundió en él. Se aferró a los brazos suaves y blancos del trono y supo que los huesos eran de aquellos que habían intentado enjaularla.

—¿Qué es este lugar? —exigió saber Rielle—. Merezco una respuesta.

Las sombras reptaron por la pared sólida y brillante del trono y, a continuación, lo hicieron por sus mejillas, sus pechos y la curva de su cabeza. Ella cerró los ojos y abrió la boca para recibir un beso.

Las sombras se convirtieron en un hombre.

—Aquí es donde hemos vivido durante siglos —susurró él. Le presionó los labios en el lóbulo de la oreja—. Pronto saldremos si tienes el valor suficiente.

—Corien —exhaló ella—. No entiendo lo que quieres decir.

Él aspiró profundamente y movió la boca por su mejilla.

—No me obligues a suplicar.

Rielle le rozó el contorno de la mandíbula con los labios.

—¿Qué pasa si quiero que me supliques? —susurró—. ¿Qué pasa si te quiero tener a mi merced?

—Entonces te obedeceré con mucho gusto.

Su blanca mano bajó por el cuerpo y le recorrió la parte plana de la barriga. Sus nudillos le rozaron la zona superior de los muslos, y ella se inclinó hacia atrás para darle espacio...

Rielle se despertó jadeando, con los dedos ya trabajando entre las piernas. Tres golpecitos rápidos bastaron para que sucumbiera, y unas pulsaciones silenciosas le rodearon la mano. Volvió el rostro sobre la almohada para intentar aliviar sus mejillas ardientes, pero la almohada estaba empapada en sudor.

Con el cuerpo tembloroso, se sentó. Cerró los ojos con fuerza, el pecho le oprimía el corazón. El miedo perseguía el placer, el placer perseguía la vergüenza.

Entonces se dio cuenta de lo extraño que era haberse despertado en tal estado y que Evelyne no le hubiera dicho nada.

—¿Evelyne? —Su voz sonó como si la hubieran rascado con navajas—. Evelyne, ¿estás...?

Algo duro le golpeó la parte posterior de la cabeza.

Cayó al suelo. El dolor le latió en el cráneo y se le extendió en oleadas por todo el cuerpo. Con la mejilla sobre la alfombra afelpada, vio que la figura de Evelyne yacía boca abajo al otro lado de la habitación.



Unas manos la levantaron del suelo. Una tela oscura y pesada le cubrió los ojos. Alguien se la ató tras la cabeza y se la dejó demasiado apretada, luego la agarró por el pelo, la forzó a abrir la boca y le metió un líquido amargo en ella. Rielle se atragantó e intentó escupirlo. Su atacante le sujetó los labios para mantenérselos cerrados. Se vio obligada a tragar, expulsando todo lo que pudo. Le ardía la nariz, y los ojos le lloraban tras la venda.

Había gente hablando encima de ella. Susurraban instrucciones distorsionadas y monstruosas. Era extraño, estaba al revés. Notaba que la cabeza le colgaba y que unos brazos grandes y crueles le rodeaban el cuerpo.

«¡Despierta!»

Era raro que alguien le dijera que se despertara. Estaba despierta, pero la habían envenenado. Intentó hablar y emitió un terrible ruido inarticulado. Una mano enguantada le golpeó la sien con fuerza. Apenas lo notó. Era una chica hecha de niebla.

—No la mates —dijo una voz. Rielle pensó que le sonaba familiar, pero el veneno le obstruía los oídos, el cerebro y todos los poros de la piel—. Quiero que note cómo muere.

\* \* \*

Dondequiera que estuviera, hacía mucho frío. Hacía frío y oía aullidos.

Unas manos le sujetaban firmemente los brazos tras la espalda. Los dientes le castañeteaban. El camisón no la protegía del viento. Bajo los pies desnudos notaba un suelo rocoso y helado.

«¡Por el amor de Dios, Rielle, despiértate!»

—Estoy despierta —consiguió mascullar.

—No por mucho tiempo —susurró una voz fina y cercana—. Siento decirte que esta vez no conseguirás salvarte.

Le arrancaron la venda de los ojos, y el miedo le estalló en la mente. Parpadeó ante el blanco puro y brillante de unas montañas cubiertas de nieve.

Vio el cielo y la fina neblina de las nubes. Era el borde de un precipicio.

«¡Dios mío!»

—Alabad a la Reina Solar —susurró esa voz burlona, y entonces las manos que le sujetaban los brazos la arrojaron hacia la muerte.

\* \* \*

El viento le golpeaba el cuerpo inerte mientras caía.

No tuvo oportunidad de gritar, tampoco tenía aliento para hacerlo. El viento helado le entraba con violencia por la nariz y por la boca.

«¡Sálvate!» La voz de Corien era frenética.

Ella estaba en el mundo, cayendo entre montañas, pero también estaba en el suelo, ante su trono, en aquel reino vacío y onírico. Corien cogió su cuerpo débil en brazos e intentó insuflarle de nuevo la vida.

«¡Lucha! ¡Lucha!»

Ella sabía que tenía razón. Podía combatirlo.

Se obligó a abrir los ojos. El frío hizo que abundantes ríos de lágrimas le rodaran por la cara.

«Ni me rompo ni me doblo —rezó—. Nadie puede silenciarme.»

Pero el veneno había formado un muro invisible entre ella y el emperio. Intentó llegar a su poder, pero no encontró nada.

Entonces supo que iba a morir.

«¡No, no lo harás! —gritó Corien—. Dios mío, Rielle. ¡No, por favor!»

Junto al trono, él, con el rostro lleno de dolor, sostenía el cuerpo de la chica contra su pecho. En el mundo oscuro e interminable que había a su alrededor, se elevaban lamentos y gritos aterrorizados.

Un torbellino de frío sopló desde debajo de Rielle y la roció de nieve. Un océano de picos grises giraba velozmente hacia ella.

Cuando cerró los ojos, vio a Audric y a Ludivine. El corazón, desesperado, se le contrajo dolorosamente, y ella deseó y deseó...

Se detuvo de una forma tan repentina que se quedó sin aliento.

Pero no sintió dolor.

Se estaba elevando.

Debajo de ella, una criatura emitió un chillido desgarrador, mitad halcón, mitad caballo, mitad... algo tan sobrenatural y solitario que Rielle sintió un pinchazo de nostalgia en el corazón.

Al fin se permitió entender la verdad.

Una chavaile —un animal divino— la había atrapado en el aire y ahora subía por el cielo con Rielle a su espalda, a salvo entre dos alas enormes y negras.

Ella, estupefacta y aún respirando con dificultad, terminó su plegaria bajo la brillante luz del sol de la mañana:

*Ni me rompo ni me doblo.*

*Nadie puede silenciarme.*

*Estoy por todas partes.*

## 8

### Eliana

«Por la noche a nosotros nos llama.  
Recipientes somos de su poder.  
Anunciamos la palabra que por él fue orada.  
Sobre sus alas, nuestras almas vemos rehacer.»

Juramento de iniciación al culto de Fidelia

El mundo era una caja llana y gris, y Eliana vivía en su interior.

Un suelo, una pared y un techo. Sin ventanas. Una puerta metálica con una ranura estrecha en la parte de abajo dejaba entrar una fina línea de luz, que era la única fuente de iluminación.

Unos gritos débiles y lejanos llenaban el aire.

Poco a poco, Eliana se sentó y se dio cuenta de que llevaba unos pantalones blancos y lisos y una túnica a juego. Tenía los pies descalzos; el suelo era frío y duro. Sus cuchillos... habían desaparecido. Igual que su collar.

Una celda. Estaba en una celda.

Se llevó las rodillas al pecho y se sujetó la cabeza dolorida con las manos.

Los recuerdos volvieron a ella: la sonrisa de Rahzavel y las vigas sombreadas de Santuario arqueadas sobre sus cabezas. Simon abalanzándose desde las escaleras. Ella corriendo junto a Navi mientras el mundo daba tumbos a su alrededor con cada paso. Tenía que llegar hasta Remy.

Se le debilitó y aceleró la respiración. Recordaba, recordaba...

Una mano cubriéndole la boca y unos vapores venenosos subiéndole por la nariz.

Dos mujeres desaparecidas en tres segundos.

«Fidelia.»

Con un grito salvaje, se levantó de repente y se abalanzó contra la puerta. Una y otra vez la golpeó con el costado izquierdo hasta que la cabeza le empezó a dar vueltas y le dolieron los dientes. Le saldrían moratones, pero solo durante un momento. Así que quizá sería mejor seguir, ¿no?

—¿Quién sois? —Dio tantos golpes y patadas que acabó con los puños en carne viva y los pies ensangrentados—. ¡Liberadme! ¡Mostradme vuestra maldita cara!

Entonces se acordó de otra cosa: su madre. Quizá estuviera ahí.

Se abalanzó contra la puerta con un fervor renovado.

—¿Madre? ¡Madre, estoy aquí! ¡Que alguien me conteste! ¡Contestadme!

Pero incluso ella tenía límites. Gritó hasta quedarse sin voz. Se desplomó y, exhausta, dio palmadas en la puerta hasta que ya no pudo mantener los brazos en alto. Entonces se arrastró hasta un rincón de la celda, dobló su cuerpo con fuerza y se hizo un ovillo.

Con los ojos clavados en la línea blanca y brillante de debajo de la puerta, esperó.

\* \* \*

Se despertó al oír gritar a Navi.

Se puso de pie con dificultad y gritó con voz ronca:

—¡Estoy aquí! ¡Navi, estoy aquí!

Se agachó junto a la puerta y presionó la oreja sobre el metal. Tenía los dedos flexionados y preparados.

Silencio.

Contuvo la respiración. ¿Había sido un sueño?

Los gritos empezaron de nuevo. Eran unos sonidos desgarradores, los de algo que se desmenuzaba y que se deshacía por la fuerza. Primero no tenían

palabras, pero unos minutos o unas horas después, Navi empezó a implorar el final.

—¡Matadme! —Los gritos se convirtieron en alaridos desesperados—.  
¡Matadme!

Rugidos inhumanos se unieron al coro, cortados en pedazos como si salieran de muchas bocas.

¿Mujeres?

¿Niñas?

¿Bestias?

Eliana retrocedió hasta su rincón. Estaba aturdida y se tapó los oídos con las manos. En ese lugar, ya no era el Terror. Se olvidó de todo, excepto de la terrible realidad de los gritos de Navi y de su propio cuerpo vulnerable y tembloroso. En esa celda, ella era una rata, y el cazador iría pronto a buscarla. La estúpida parte animal de su cerebro le decía eso. Esta se elevó más deprisa de lo que Eliana jamás hubiera creído posible, pisoteó todo el entrenamiento que tenía a sus espaldas y la dejó tiritando de miedo en la oscuridad.

\* \* \*

¿La torturarían para obtener información y luego la tirarían a un foso de animales como comida?

¿Qué información querían?

¿Sobre la Corona Roja?

¿Sobre Navi?

Dios mío, cuántas cosas sabrían ya por ella...

Eliana caminó de un lado a otro. El movimiento hacía que el miedo disminuyera. Entrenó cortando el aire con la bandeja en la que le habían traído una comida que no se había atrevido a tocar.

—Te llamaré *Arabeth Segunda* —le dijo a la bandeja.

A continuación, rio y se dijo a sí misma que dejara de hablar a las bandejas

de inmediato. Si perdía la cabeza tan pronto, sería un insulto al entrenamiento de su madre.

—*Arabeth* —dijo una voz tras ella. Era una voz sonora, pero deformada y ligeramente risueña—. Es un buen nombre para un arma.

Eliana se dio la vuelta y le lanzó la bandeja a la sombra que estaba de pie contra la pared. Era una mujer, pensó ella, alta, delgada y... transparente.

La bandeja atravesó el cuerpo de la sombra, chocó contra la pared y cayó estrepitosamente al suelo.

Con una maldición, Eliana trastabilló hacia atrás y se alejó lo máximo que la celda le permitía.

—¿Qué eres? ¡Muéstrate!

La mujer obedeció y se inclinó hacia delante hasta arrodillarse a los pies de Eliana. Era una distorsión incolora en el aire. Hilos de luz delgados y brillantes le delineaban la ropa, la boca carnosa y la mata de pelo que le caía hasta las caderas.

—Así que es cierto —murmuró la mujer, y alargó el brazo para tocarle la mano.

La visión de Eliana se sacudió y se oscureció. Ella osciló sobre sus pies, apoyó las manos en las rodillas y peleó para no quedarse inconsciente.

—Este no es tu sitio —consiguió decir—. Haces que me encuentre mal.

—Lo sé —dijo la mujer con una gran tristeza en los ojos—. Lo siento. Si os sirve de consuelo, os acostumbraréis.

—Eres de Fidelia. ¡Aléjate de mí, joder!

—Puedo aseguraros que no soy de Fidelia.

Eliana se presionó la sien con los dedos.

—Noté este malestar en Santuario, justo antes de que me capturarais. También la noche en la que os llevasteis a mi madre y cuando secuestrasteis a las niñas de los suburbios...

—Yo no he hecho nada de eso, mi reina. El profeta no se lleva a las niñas de sus camas, y yo tampoco.

Eliana miró de reojo a la mujer. Apenas podía respirar debido al malestar que se le revolvía en la tripa.

—¿Qué me has llamado?

—Corrían rumores de que Simon os había encontrado al fin —prosiguió la mujer, con la voz vibrando de emoción—, pero no quise creerlo hasta este momento. Ahora, os veo el rostro, os oigo hablar, os siento respirar... y lo sé.

La mujer se aproximó flotando a Eliana y le sujetó la cara con una mano. En cuanto la tocó, lo único que sintió Eliana fue una nueva oleada de náuseas. Cerró los ojos con fuerza y cayó al suelo.

—Voy a vomitar —gimió.

—Perdonadme, mi reina. —La mujer se alejó rápidamente—. No debería haberos tocado. A los humanos les cuesta adaptarse.

—¿Quién eres, qué eres y por qué me llamas así?

La mujer inclinó la cabeza.

—Me olvido de mí misma. Si supierais lo mucho que hemos esperado este día... Pero pronto lo sabréis.

Eliana levantó la mirada y vio que la mujer se erguía hasta alcanzar su estatura completa y traslúcida: medía unos dos metros y medio, como mínimo. A Eliana, sus extremidades alargadas le recordaron incómodamente a una araña.

—Soy Zahra —dijo la mujer— y soy un espectro. Vos sois Eliana Ferracora, el Terror de Orline, la última de la Casa Courverie, hija del Alumbrador, heredera del trono de santa Katell, la auténtica reina de Celdaria, y... —Zahra abrió del todo sus largos brazos. Su sonrisa oscura estaba llena de alegría—. Sois la que se alza. Sois Furyborn, nacida de la ira. Sois la Reina Solar, Eliana, y he venido a llevaros a casa.



## 9

### Rielle

«Los escritos de Katell muestran que, de entre todos los animales divinos, su favorito era el chavaile. Tal vez se debiese a su semejanza con la yegua blanca que la había llevado en la batalla contra los ángeles. Tal vez fuera porque sus alas le recordaban a su amado Aryava y le proporcionaban consuelo después de su muerte.»

*Crónica de los animales divinos,*  
de Raliquand d'Orseau,  
miembro de la primera Cofradía de Eruditos

La chavaile no se detuvo hasta que Rielle no empezó a pesarle en la espalda.

Aterrizaron en un pequeño precipicio rocoso salpicado de matas achaparradas de hierba y abrigado por unos peñascos tan grandes como el carruaje del rey Bastien. Rielle se deslizó hasta llegar al suelo y consiguió alejarse unos pasos antes de vaciar violentamente el estómago.

Después, sin que le quedara nada dentro, se arrastró hacia las rocas para buscar un lugar donde refugiarse del viento. Con cada movimiento, el dolor le sacudía todo el cuerpo. El veneno había hecho un trabajo excelente, se sentía como si la hubieran golpeado de arriba abajo con un martillo, en cada músculo y en cada hueso. Esperaba haberlo expulsado todo y que no fuera demasiado tarde.

Entonces oyó el pesado sonido de unos cascos.

Levantó la mirada. La chavaile se había aproximado lentamente a ella. Era

más grande incluso que los mayores caballos de guerra de su padre; tenía un cuello elegante y arqueado, una larga crin negra y despeinada y unos ojos brillantes e inteligentes. Se comportaba como un caballo, pero no lo era. Las fosas nasales se le dilataban cuando aspiraba el aire a su alrededor, y las orejas puntiagudas se inclinaban hacia delante con curiosidad.

Pero entonces ladeó la cabeza, como lo hubiera hecho un humano intentando entender algo nuevo. Su presencia tenía un peso antiguo que Rielle no había sentido en ninguna otra criatura viviente.

—Hola. —Con debilidad, Rielle alargó un brazo tembloroso—. Siempre has sido mi favorito.

Una ráfaga de aire montañoso la golpeó. Ella se derrumbó, tiritando.

Tras sus ojos cerrados, la luz cambió. Entonces, al oír un movimiento, abrió los ojos y vio de forma borrosa que la chavaile descendía hasta el suelo y se ponía entre ella y el cielo abierto. El animal extendió una de sus enormes alas emplumadas —al menos tendría unos seis metros de largo—, rodeó con ella a Rielle y se la arrimó cuidadosamente al cuerpo.

Ella, acurrucada entre un caparazón de plumas grises con puntas negras y el cálido oleaje del vientre de la chavaile, respiró. El pelaje del animal era extremadamente suave, de un gris moteado como un cielo en tormenta.

—¿Eres real? —susurró ella, y le apoyó la cabeza en la barriga—. ¿De dónde has salido?

Como respuesta, la chavaile colocó el ala de una forma más segura alrededor del cuerpo de Rielle y metió la cabeza debajo. La chica sintió tras la espalda la cálida presión de su hocico, seguida por un soplo de aire caliente, como si el animal emitiera un gruñido de satisfacción.

Era un nido extraño, pero demasiado acogedor para resistirse. Rielle cayó en un duermevela. Sus sueños informes ardieron de negro.

\* \* \*

Cuando se despertó, tenía la mente despejada, y la chavaile la estaba observando.

Así que no habían sido alucinaciones suyas.

Se quedó quieta, cómoda y caliente bajo el toldo de sus alas. Levantó la vista hacia ella.

—Creía que todos los animales divinos habían muerto —dijo al fin. Puso una mano vacilante sobre el hocico de la chavaile—. ¿Por qué me has salvado?

Los orificios nasales se dilataron calientes bajo sus dedos. Le acarició la superficie larga y lisa de la cara y los mechones revueltos de pelo que le caían entre los ojos, grandes y negros.

—¿Cuál será tu nombre?

La chavaile resopló con suavidad y presionó el hocico contra la palma de Rielle.

—Bueno —dijo ella sonriendo—, entonces tendré que ponerte uno.

Entonces fue cuando se acordó.

Aquella voz fina, justo antes de caer. No, de caer no. ¡Justo antes de que la empujaran!

Ahora recordaba y sabía a quién pertenecía.

—¿Puedes llevarme a casa? —preguntó—. Tengo que matar a un hombre.

La chavaile la miró sin moverse.

—No pasa nada —añadió ella enseguida—. Se lo merece. Intentó asesinarme.

La chavaile gruñó y se puso de pie. El frío golpeó a Rielle con fuerza, pero ella lo ignoró. Castañeteando los dientes, subió a una roca y montó sobre la grupa del animal.

Esta, con las orejas en punta, volvió la cabeza para mirarla.

—¿Y bien? —Rielle enrolló los dedos en su crin salvaje y negra—. ¿Qué hay que hacer para que te pongas en marcha?

Inmediatamente, el animal empezó a galopar, abrió de golpe las alas y saltó

de la montaña hacia el cielo.

\* \* \*

Se acercaron con rapidez a Baingarde por el norte, planeando sobre las copas de los árboles que cubrían el monte Cibelline, dieron una vuelta al castillo y se dirigieron al amplio patio de piedra que había enfrente. Este estaba lleno de gente: el padre de Rielle y la guardia de la ciudad, sus propios custodios, pajes y trabajadores del establo que se apresuraban a llevar los caballos a sus jinetes. Su padre gritaba órdenes. Un equipo de cuatro soldados montados salió por las puertas del patio que se encontraban más al sur.

Cuando Rielle se dio cuenta de que su padre estaba organizando batidas de búsqueda, la satisfacción la invadió.

Ahí estaba Audric, saltando sobre su semental, y Ludivine, levantando la mano para tocarle el brazo, y ahí...

«¡Ajá!» Ahí estaba ese mierdecilla llorón.

La rabia que había estado hirviendo en el corazón de Rielle entró en erupción.

Tiró suavemente de la crin de la chavaile y cambió su punto de apoyo para que el animal girara a la izquierda y descendiera. Mientras bajaban en picado, la chavaile plegó las alas a los costados. Rielle inclinó el cuerpo sobre su cuello y cerró los ojos. El viento pasaba corriendo a su lado, y ella atraía su poder como si estuviera arrancando las cuerdas de un violín. Cuando la chavaile estaba tomando tierra y la multitud se dispersaba con gritos de horror, Rielle no esperó a que el animal se detuviera y saltó al suelo.

Cruzó con furia el jardín y extendió la palma hacia delante. El viento se tensó con rigidez en la mano como si fuera la soga de un verdugo. Su presa la vio acercarse y la miró con incredulidad, cobardía y el rostro pálido. Ella sacudió la muñeca. La soga de viento atrapó al hombre y le rodeó el cuello. Rielle, que aún estaba a unos seis metros de distancia, cerró de golpe los dos

batientes de la maciza entrada a Baingarde, pegó a lord Dervin Sauvillier contra la puerta cerrada... y apretó.

Él boqueó y arañó la mano invisible que se le cerraba sobre la garganta. Rielle lo observaba con una dura sonrisa. Levantó aún más la mano. El cuerpo de lord Dervin se deslizó puerta arriba hasta que quedó colgando a unos tres metros del suelo, pateando salvajemente.

—Lady Rielle —dijo con voz ronca y la cara cada vez más roja—, ¿qué... por qué...?

—Cerrad el pico, sucio cobarde —espetó Rielle—. Ya sabéis por qué. Audric corrió hacia ella.

—¡Rielle! ¿Qué estás haciendo?

—¡Para! —Ludivine se abalanzó frente a la puerta e intentó alcanzar en vano los pies de su padre—. ¡Lo matarás, Rielle!

—Él intentó matarme a mí. —Rielle juntó los dedos y los apretó. Lord Dervin se retorció, se ahogaba—. Me drogó, me subió a las montañas y me arrojó por un precipicio. Simplemente le estoy devolviendo el gesto.

A lo lejos, oía débiles gritos de asombro entre la multitud allí reunida.

Ludivine se dio la vuelta, con la boca abierta de incredulidad.

—Mientes.

—Decídselo, lord Dervin.

Al ver que el hombre no contestaba, Rielle dio dos pasos furiosos hacia delante y casi cerró del todo el puño.

—Contadle la verdad a vuestra hija —gritó—, ¡u os ejecutaré por vuestro crimen aquí y ahora!

Lord Dervin, con los ojos desorbitados y con el rostro de un color púrpura muy vívido e intenso, acabó confesando con voz entrecortada:

—Es cierto. Intenté matarla.

Las manos de Ludivine volaron hasta su boca. Entre la multitud ondearon exclamaciones de consternación.

Sin embargo, Rielle no se movió. Tenía los pulmones en llamas y la mano

con la que sujetaba la soga radiaba un calor abrasador. Dentro de su campo visual, giraba un fleco de oro brillante.

«Mátalo», gritó su corazón.

«Mátalo», rugió su sangre enfurecida.

«Mátalo», susurró Corien.

Audric se colocó entre ella y la puerta. Le cogió la mano vacía.

—Rielle, mírame. —Su mano era suave, pero firme—. Necesito que me mires, por favor.

Ella negó con la cabeza y gruñó:

—Intentó matarme.

—Lo sé, y será castigado por ello, créeme. Yo mismo me aseguraré de que así sea.

Al oír eso, ella parpadeó. La visión se le aclaró y la sangre se le enfrió. De mala gana, apartó sus salvajes ojos de su potencial asesino y miró a Audric en su lugar.

—Por favor, cariño. —Audric le dirigió una tensa sonrisa—. Escucha mi voz y suéltalo. Si lo matas aquí, delante de todo el mundo...

Rielle sabía que tenía razón. Abruptamente, se dio la vuelta y dejó caer el brazo. Lord Dervin se deslizó hasta el suelo con un grito ahogado.

—¡Llamad a los sanadores! —gritó Ludivine mientras recogía a su padre en brazos lo mejor que podía.

—Por... ti —dijo lord Dervin con voz áspera y sibilante. Le tocó la cara—. Lo hice... por ti. Ludivine.

Rielle, con la piel vibrante y llena de una energía furiosa, se volvió para echar un vistazo a la multitud boquiabierta. Cuando vio a quien buscaba, mirándola con asombro desde el centro del patio, se acercó a él inmediatamente.

—Su Santidad. —Hizo una reverencia. A continuación, habló lo suficientemente alto para que todos los allí reunidos la oyeran—. ¿Seríais tan

amable de acompañarme al Firmamento? Me gustaría rezarle a san Ghovan y al viento que me salvó la vida, y no se me ocurre mejor compañía que vos.

La chavaile se acercó a ella moviendo la cabeza.

El arconte, con el rostro tan pálido como el de un cadáver, no podía dejar de mirar fijamente a esa criatura.

—No lo entiendo —murmuró—. Todos los animales divinos están muertos. Lady Rielle, ¿cómo lo habéis hecho?

Era una pregunta que ella misma se había formulado.

—Estaba a punto de morir —contestó con honestidad— y le pedí al empirio que me salvara. Me habían drogado y no podía usar mi poder, así que...

—Así que el empirio... ¿os mandó esto? —El arconte señaló con impotencia la chavaile.

Ella resopló y le sacudió el hombro a Rielle con el hocico.

El arconte, por primera vez desde que Rielle lo conocía, parecía bastante perdido.

—¿Vamos? —Ella le ofreció su brazo—. Al Firmamento.

Sin mediar palabra, el arconte la agarró del brazo y, mientras avanzaban por el patio abarrotado, le dijo en voz baja:

—Tened cuidado, lady Rielle. Esto ya no se trata de una cuestión de pruebas y de vestidos. —Echó una ojeada hacia atrás para mirar a la chavaile, que los seguía a lo lejos. La estupefacta multitud se acercaba a ellos lo máximo que se atrevía. Algunos huían atemorizados y gritando advertencias—. Hoy el empirio os ha ayudado, pero quizá no lo haga siempre. Es mi deber ponerlos a prueba. No deseo ver que os consumís.

—Ah, ¿no?

El arconte no respondió al tono provocativo de su voz. Cuando Rielle lo miró, le vio una nueva expresión en el rostro macilento y pensativo que la hizo estremecerse. No supo descifrar esa sensación.

¿Era miedo?

La voz de Corien emergió como un canturreo: «¿O es apetito?».



## 10

### Eliana

«No todos los ángeles son iguales y no todos se postran a los pies del Emperador. Hay algunos que se apiadan de nosotros y que creen que las acciones del Emperador son crueles e injustas. Se quedan sin cuerpo y se los considera unos traidores a su especie. Todo por aliarse con los humanos, los descendientes de aquellos santos tan antiguos que una vez llevaron a los ángeles al Abismo.»

Palabras del profeta

Emitiendo una risita burlona, Eliana se hundió en el suelo y se frotó los ojos con los talones de las manos.

—No tengo tiempo para sentarme a escuchar... lo que quiera que sea esto. Ni a lo que quiera que seas tú. —Se levantó con dificultad y se dirigió hacia la puerta. Estaba alucinando. Estaba hablando con una alucinación.

—Me llamo Zahra —dijo el espectro.

—Claro.

—Rozen no está aquí.

Eliana se volvió. Poco a poco, una sensación de pánico se le abrió en el pecho. Puso cara inexpresiva.

—¿Quién es Rozen?

—La mujer que creéis que es vuestra madre pero que en realidad no lo es.

—¿Sabes cómo escapar de aquí?

Fuera o no una alucinación, si podía usarla para escapar, lo haría.

—Sí.

—Entonces, si eres tan amable, enséñame cómo hacerlo o vete a la mierda.  
Zahra levantó una ceja flotante.

—No es así como os había imaginado.

—Siento decepcionarte.

Eliana se puso a golpear de nuevo la puerta con puños furiosos.

El espectro apareció ante ella. Los puños de Eliana traspasaron su torso. Perdió el equilibrio, y la visión se le enfocó y desenfocó de manera intermitente. Se retiró enseguida.

—Pero ¿qué es esto? Cada vez que te tengo cerca...

—Os encontraréis mal. —Zahra asintió tristemente con la cabeza—. Es una aflicción común en los humanos cuando están en compañía de espectros. Con el tiempo os acostumbraréis. Otros lo han hecho. Aunque parece que a vos os afecta mucho más que a la mayoría. No me sorprende, debido a vuestro linaje. Es evidente que vuestra sensibilidad frente a los cambios del empirio es tremenda.

Eliana clavó los ojos en el suelo.

—Sácame de aquí.

—Esperad un momento.

—Sácame de aquí de una...

El espectro se elevó hasta alcanzar su plena estatura una vez más. Sus ojos negros centelleaban.

—Aún no podemos irnos. Debemos esperar, primero, a que los guardias acaben su turno y, segundo, a que os calméis. Así podré estar segura de que no haréis algo imprudente que os ponga en peligro. —Zahra la observó y exhaló bruscamente—. La descripción de Simon era exacta. Cuando os enfadáis, os parecéis muchísimo a vuestra madre. ¡Qué inquietante!

Eliana negó con la cabeza.

—Este delirio está bastante bien elaborado.

Zahra enarcó una ceja, divertida.

—Os aseguro que estáis en vuestros cabales.

—Así que conoces a Simon, ¿no?

—Sí. Aunque solo a través de mensajes enviados de forma clandestina. Sirvo al profeta, y él también.

—El profeta esto, el profeta aquello... —masculló Eliana, frotándose las sienes—. ¿Quién es ese hombre y por qué todo el mundo lo adula tanto? Y, además, ¿qué es lo que quiere? No puede motivarlo solamente el deseo noble y altruista de salvar el mundo de la tiranía. ¿Cuánto hace que ronda por ahí? ¿Hay un solo profeta o varios?

—Sin duda tenéis un montón de preguntas. No os culpo. —Zahra flotó hacia la puerta y ladeó la cabeza. ¿Estaba escuchando?—. Pero quizá será mejor esperar a impartir la clase de historia sobre la Corona Roja más tarde.

—¿Eres de la Corona Roja?

—Obviamente. Como os he dicho, sirvo al profeta.

Eliana deseaba golpear algo.

—¿A qué estamos esperando? Prometo no actuar de forma imprudente. ¿Es eso lo que quieres escuchar, mi amiguita imaginaria? Toda mi imprudencia se ha desvanecido, lo prometo.

La boca negra de Zahra se tensó.

—No importa cuánto tiempo pase entre humanos, a veces olvido que debo poner voz a mis pensamientos para que me entendáis.

—Al contrario que...

—Cuando hablo con los de mi propia especie —explicó Zahra—. No me hacen falta palabras.

—Espera, tú... —¿Acaso Remy estaba en lo cierto? ¿Eran reales las historias antiguas?—. Te refieres a hablar con la mente.

Zahra inclinó la cabeza.

A Eliana se le heló la sangre. De repente, la idea de conversar con su propia alucinación dejó de hacerle gracia.

—Eres un ángel.

—Lo fui, pero ya no.

—Bueno —dijo Eliana, y recogió la bandeja del suelo—, si aún no había decidido desconfiar de ti, ahora lo tengo clarísimo.

—Entiendo esa compulsión. Nuestras dos razas no siempre han estado en el mismo bando.

—¿Qué quieres de mí?

—Llevaros a casa —dijo Zahra pacientemente—, como ya os he dicho antes.

—¿A Orline? ¿Por qué?

—A Orline no, a Celdaria. No podemos ir ahí de inmediato, claro, pero...

—Jamás he estado en Celdaria —espetó Eliana, aunque el estómago se le contrajo de forma desagradable al oír el nombre de aquel lejano reino oriental.

La visión del Emperador regresó a ella, como si se le hubiera grabado en la mente, se hubiera cubierto de polvo y, ahora, un fuerte viento la descubriera.

—Sí, sí que habéis estado en Celdaria —la contradijo Zahra—. Nacisteis ahí, mi reina.

—Ah, ya veo. Claro que nací ahí.

Zahra frunció el ceño.

—Os burláis de mí.

—Dime lo que quieras que sepa, y yo te diré que sí a todo y creeré todo lo que te apetezca, siempre y cuando me saques de aquí y me ayudes a encontrar a Navi.

—Me temo que no puedo hacerlo.

—Pero acabas de decir que...

—La princesa Navana no es nuestra prioridad. Ni, debo añadir, Rozen Ferracora. Vos, Eliana, sois todo lo que importa... a la Corona Roja, al profeta y a todos los enemigos del Imperio.

—Si no me ayudas a rescatar a Navi y después a buscar a mi madre, haré que cada segundo de tu vida sea horrible y agonizante.

—Lo dudo —dijo Zahra—, ya que vos moriréis mucho antes que yo.

Eliana se quedó paralizada.

—¿Es eso una amenaza?

—Es un hecho. Vos sois humana. Yo fui ángel, y ahora estoy atrapada para siempre bajo esta forma. —Alargó las manos de dedos largos hacia abajo y se cogió la ropa con tristeza—. Viviré hasta mucho después de la época en la que el último humano camine sobre la tierra. Y aun así, si tuviera la oportunidad de retroceder en el tiempo, tomaría la misma decisión.

Eliana entornó los ojos.

—¿De qué decisión hablas?

—Escogería permanecer bajo esta forma, privada de toda cualidad física, antes que ser resucitada. Lo que han hecho muchos de los de mi especie es aberrante.

Al ver la cara inexpresiva de Eliana, Zahra suspiró.

—Por cómo me miráis, debo asumir que vos, la Reina Solar, no estáis familiarizada con el mundo antiguo.

—Conozco las historias —soltó Eliana con impaciencia—. Mi hermano no deja de relatármelas.

La expresión de Zahra se suavizó y pasó a reflejar algo parecido a la lástima.

—Simon también me habló de él. Remy, ¿verdad?

De repente, a Eliana le subieron unas lágrimas calientes a los ojos.

—No te atrevas a pronunciar su nombre.

Zahra alargó el brazo hacia ella, entonces cerró la mano y flotó hacia atrás.

—Desearía poder tocaros y consolaros, mi reina. Eso es lo que más extraño de tener un cuerpo.

Eliana miró al techo con la intención de que se le secaran los ojos.

—Puedes llamarme Eliana. Nada más.

—Como deseéis, Eliana. Pero no importa el nombre que use, la realidad seguirá siendo la misma. Eres mi reina, y te sirvo con gran alegría.

—Entonces —replicó esta entre dientes—, sácame de aquí.

—Esa ha sido mi intención desde el principio —dijo Zahra pacientemente, y señaló la puerta—. El cambio de guardia está en marcha. Dentro de cinco minutos, cuando estén en sus puestos, será seguro moverse. Créeme, mi reina, no te tendré aquí más tiempo del necesario.

—Empezaré a golpear la puerta y arruinaré nuestra supuesta huida si no la abres de inmediato.

—¡Y yo que pensaba que tu imprudencia se había desvanecido!

—No estoy de broma, quienquiera que seas.

—Soy Zahra.

—Sí, claro.

—De todos modos, puedes golpear la puerta todo lo que desees —dijo Zahra, que cruzó sus vaporosos brazos sobre el pecho de forma engreída—. Nadie te oirá.

Eliana entornó los ojos.

—¿Por qué no?

—Aunque ya no tenga la apariencia de un ángel y aunque mi mente ya no sea lo que era, aún puedo usarla. En estos momentos la estoy utilizando para hacer que los canallas de Fidelia se olviden de que estás aquí.

Eliana sintió que el corazón empezaba a latirle con fuerza en los oídos.

—Quieres decir... que me estás escondiendo.

—Lo mejor que puedo, sí. —Zahra dudó—. Aunque eso cambiará cuando Semyaza nos encuentre. Los espectros no somos lo bastante fuertes para engañar a los de nuestra propia especie.

—¿Semyaza?

—Sirve a esta facción de Fidelia. Los ayuda a cazar, los oculta y distrae a sus presas. Es a él a quien sentiste en Santuario. —Zahra puso mala cara—. Ya verás, Eliana, que no todos los espectros son tan tolerantes como yo.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué los ayuda?

—Semyaza cree que, si sirve con lealtad al Imperio, resucitará cuando el

Emperador haya encontrado a la Reina Solar y la haya sometido. Al fin se habrá ganado tener un cuerpo.

Eliana negó con la cabeza y se alejó de Zahra.

—No entiendo lo que me estás diciendo. ¿Resucitar?

—Sería más sencillo mostrártelo, Eliana. ¿Me permitirías asentarme en tu mente? —Inclinó la cabeza hacia la puerta—. Tenemos tiempo suficiente.

—¿Asentarte en mi mente? ¿Lo mismo que hizo el Emperador?

—¿Qué? —Los rizos flotantes del cabello de Zahra y su ropa se pusieron rígidos—. ¿Has hablado con el Emperador?

—Hace unos días, en un puesto de avanzada. Yo estaba... con lord Morbrae. Me miró, y algo cambió. Vi al Emperador. De algún modo acabé en Celdaria. No veía nada con nitidez, pero sí lo suficiente. El Emperador me descubrió y me... ¡me conocía! No sé si estaba contento o furioso de verme. Y no tengo claro cuál de las dos cosas es peor.

Zahra cerró los ojos.

—Simon no mandó ningún mensaje sobre eso. ¡Ay, te ha visto! Entonces sabe que estás viva.

—¿Qué le importa al Emperador quién soy o si estoy viva?

Los ojos grandes y oscuros del espectro reflejaban una extrema tristeza.

—¿Puedo mostrártelo, Eliana? —susurró Zahra—. Perdóname, pero así me resultará más fácil que con palabras. —Negó con la cabeza y se hundió hasta el suelo—. ¡Qué conmoción! ¡Esto es un golpe terrible!

Eliana se agachó frente a ella.

—¿Juras que mi madre no está aquí?

Zahra se asomó tras su pelo.

—Sí. Las instrucciones de Simon eran que mandáramos un mensaje si la encontrábamos, pero no lo hemos hecho.

—Espera. —El cuerpo de Eliana se tensó como la cuerda de un arco—. ¿Él sabía que Fidelia la había secuestrado?

Zahra asintió tristemente con la cabeza.

—A todos se nos ordenó que la buscáramos.

Así que Simon estaba al tanto. Sabía quién había secuestrado a su madre y, por lo tanto, Eliana sospechaba que también sabía que Fidelia estaba tras las otras desapariciones.

Y no había hecho nada al respecto. La había llevado a través del país en aquella búsqueda salvaje sin tan siquiera insinuarle la verdad.

Se agarró las rodillas con fuerza y clavó los ojos en el sucio suelo de piedra de la celda.

«Lo mataré por esto.»

—Enséñame lo que quieras enseñarme —dijo, con la voz temblorosa por la rabia que apenas podía contener—, siempre y cuando me ayudes a buscar a Navi en cuanto salgamos de aquí. ¿Trato hecho?

Zahra asintió con la cabeza.

—Sí, Eliana. Te lo prometo.

Eliana consintió seriamente:

—Entonces hazlo. Deprisa.

Sin previo aviso, Zahra se colapsó y se convirtió en una nube giratoria de luces y sombras. Su nueva forma parecía unas grandes alas negras y puntiagudas.

Entonces se precipitó sobre Eliana y desapareció.

Eliana abrió los ojos... y vio.

\* \* \*

A diferencia de cuando había visitado al Emperador, esta visión era muy clara.

No había ninguna niebla bloqueándole la vista. Notaba el suelo duro y humeante bajo los pies. Hacía bochorno, el calor ondulaba en el ambiente, y los orificios nasales le ardían debido a las cenizas que oscurecían el aire.

Con el rabillo del ojo, percibió que algo se movía y se volvió. Una mujer, de pie, la observaba. Era alta, tenía la piel de ébano y vestía una armadura de



platino deslustrada. Las trenzas del cabello, grueso y blanco, le caían hasta la cadera, y una pintura dorada le contorneaba los ojos oscuros. Unas alas enormes de luces y sombras movedizas le sobresalían de la espalda.

—¿Zahra? —susurró Eliana.

Incluso la pequeña inclinación de cabeza de esta fue magnífica.

—Así era yo durante las guerras angelicales. Antes del Portal. Antes de ser condenada al Abismo durante tanto tiempo y de perder el cuerpo. —Después señaló algo—. Mira, Eliana.

La muchacha entornó los ojos para ver a través de aquella llanura cubierta de fuego. Las imágenes se abalanzaron sobre ella como si fueran los horrores de una pesadilla.

Una mujer, de pie en un pedestal plano y alejado, levantaba los brazos y moldeaba una puerta deslumbrante en el cielo.

Un castillo emitía un destello blanco y se derrumbaba. Una ola de ruinas caía por el abismo que lo rodeaba. Sonaba un aullido de dolor y de miedo, el coro de miles —de millones— de personas y, después, el silencio.

Los gritos de una mujer sobre una cama ensangrentada.

Un bebé, firmemente arropado en brazos de un niño. Eliana miró por encima del hombro de este y, al clavar los ojos en el rostro del bebé que le devolvía la mirada, supo que era ella misma. Entonces se volvió para ver al niño y...

Un espacio vasto y negro, inundado de unos gritos demasiado extraños como para que pertenecieran a humanos o a animales. Había una luz en el horizonte y una figura de pie junto a ella. Eliana gritó, abrumada por el peso solitario de aquel lugar, y corrió hacia la luz...

Volvía a estar en la llanura en llamas, mirando a una mujer arrodillada al lado de un cadáver descuartizado y empapado de sangre. Esta le daba la espalda. Vestía una armadura negra y una capa carmesí. La mujer movía sus pálidas manos sobre el cadáver y le soldaba el cráneo y las clavículas, el pecho y las caderas cortadas. El aire alrededor del cadáver resplandeció, se

movió, y entonces la mujer se sentó, tranquila. El cadáver se sacudió, jadeó y, tambaleándose, se puso de pie. Ya no era un cadáver. Su piel estaba entera, renovada, y sus extremidades, intactas. Dio unos pasos inseguros y cayó de rodillas. Bajó la mirada y la paseó por su cuerpo, luego alzó los brazos y gritó a los cielos con alegría, con alivio y con furia.

La mujer se levantó de forma suave y silenciosa.

—Ahora trabajas más deprisa —dijo el hombre que había a su lado, a quien Eliana no había visto antes—. Bien hecho.

Atrajo a la mujer hacia él y la abrazó. Cuando sus rostros quedaron a la vista, el horror paralizó a Eliana.

La mujer tenía el pelo oscuro y era indescriptiblemente bella. Su rostro era tan pálido e impecable que podría haber sido de porcelana, salvo por las sombras que se le extendían bajo los ojos verdes y por la sonrisita ansiosa que le torcía la boca.

Eliana se llevó los dedos temblorosos a los labios.

«Mi boca», pensó. Luego se tocó las puntas frágiles del cabello, oscuro y enmarañado. «Mi pelo.»

Y el hombre que estaba junto a la mujer... tenía los ojos azules en lugar de negros, pero tenía el mismo rostro pálido y hermoso y la misma elegancia tranquila que adornaba los retratos del palacio de lord Arkelion. Su cabello era negro, llevaba una capa cubierta de barro y una espada manchada de sangre en el cinturón. Guio la boca de la mujer hacia la suya, y ella se aferró a él como si su beso fuera la única razón que la mantuviera en pie.

«El Emperador.»

Eliana retrocedió frenéticamente, tropezó con otro cadáver y cayó con violencia al suelo.

El mundo se movió y se oscureció.

Ella parpadeó.

De nuevo estaba en su celda. Zahra flotaba en silencio ante ella; volvía a ser una simple distorsión en el aire, efímera y sin alas.

—Por favor, Eliana, respira —la urgió Zahra con suavidad—. Sé que hay mucho por entender.

Eliana respiraba agitadamente, las lágrimas le resbalaban por la cara. El cráneo le pesaba demasiado. Sentía que aún tenía la piel enrojecida por las llamas del campo de batalla.

—Era él —dijo con voz ronca—. Era el Emperador, pero...

—Ese era el Emperador antes de autoproclamarse Emperador, cuando simplemente se llamaba Corien. Fue el primero de los nuestros en escapar, y lamento que así fuera.

«Remy tenía razón. —El pensamiento seguía rondando la mente de Eliana—. Son ángeles. El Emperador, sus generales, lord Arkelion, lord Morbrae. Remy tenía razón.»

—Y la mujer —susurró—. Conozco su cara.

—Me lo imagino. —Zahra le tocó las manos a Eliana, y esta no sintió nada—. Es la tuya, ¿verdad?

—En parte, sí, pero más hermosa, más...

—Más cruel. —Zahra le ofreció una pequeña sonrisa—. Tienes una cara amable, Eliana, aunque intentes que no lo sea.

Eliana se cruzó de brazos y cerró los ojos.

—Por eso me reconoció. El Emperador. Corien.

Zahra permaneció en silencio.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntó Eliana—. Ese cuerpo...

—Hacían lo que él no acabó de lograr con tu madre, cuya caída arruinó todo su trabajo —dijo Zahra—. Hacían lo que él espera poder terminar contigo. La resurrección. Nuestro regreso... y nuestra venganza.

—¿Vuestra? ¿La de los ángeles?

—Sí, Eliana.

Cuando la muchacha volvió a abrir los ojos, sintió que su cuerpo estaba atrapado en un viento fuerte y cálido. Flotaba sin estar sujeta a nada.

—Espero que me estés mintiendo —dijo al fin—. Por favor, dime que eres

una alucinación. No me enfadaré, te lo prometo.

Zahra inclinó la cabeza.

—Desearía poder hacerlo.

—Soy la hija de la Reina Sangrienta. —Su voz sonó hueca y pesada—.

Hija de la Hunderreyes.

—Así es.

—No te creo.

—Es comprensible. Sin embargo, eso no cambia la verdad.

Eliana miró fijamente al suelo con los ojos empañados de lágrimas furiosas.

—¿Cómo he llegado aquí, entonces? Sí nací de ella, en el pasado, y ahora estoy aquí... ¿Cómo?

—Me temo que no me corresponde a mí contarte esa historia.

Eliana rio con poca energía.

—Claro.

—Eliana, no pretendo evitar la...

Eliana le hizo un gesto a Zahra para que callara. Esperó hasta que se le secaron las lágrimas, hasta que sintió que podía ponerse en pie, hasta que casi pudo creerse la historia que se había contado a sí misma. Todo eso era, sin lugar a dudas, una alucinación, un horrible sueño producido por lo que fuera que Fidelia hubiera utilizado para dejarla inconsciente.

Zahra dijo en voz baja junto a la puerta:

—Es hora de irnos.

Eliana se levantó, se secó la cara con la manga y le dijo a Zahra:

—Pues sácame de aquí. Tengo cosas que hacer.

## Rielle

«Estoy preocupada por Tal. Siempre me he preocupado por él por razones que no sabía nombrar, y ahora lo entiendo: porque ha vivido una mentira durante años por el bien de esa chica y ahora está sufriendo por ello. Jamás se lo diría, pero, si no lo escribo aquí, reviento: la odio por ese motivo. Sí, era tan solo una niña cuando empezó. Pero, después, a medida que crecía y aprendía, ¿qué hizo? ¿Por qué se mordió la lengua? ¿Fue por miedo o por maldad?»

Diario de Miren Ballastier, gran maestra de la Fragua,  
8 de junio, año 998 de la Segunda Edad

Cuando las puertas del Salón del Consejo se abrieron, Rielle se levantó de la silla y se armó de valor.

No esperaba que su padre entrara y se dirigiese apresuradamente hacia ella con el rostro pálido.

Los guardias de Rielle la rodearon en un estrecho círculo.

—Lo siento, lord comandante —dijo Evelyne, con las manos cerca de su espada—. No puedo dejaros pasar.

—Apartaos —ordenó el rey Bastien, que tenía al arconte y al Consejo Magistral tras él.

Tan pronto como los guardias se hicieron a un lado, el padre de Rielle corrió hacia ella y la abrazó.

—¡Ay, mi niña! —le susurró en la coronilla.

Rielle estaba tan sorprendida que las lágrimas le brotaron de los ojos antes de que pudiera respirar.

—¿Papá?

—Lo siento. Lo siento mucho.

Cuando las manos de su padre la tocaron, los pensamientos de Rielle se dispersaron. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que la había abrazado así por última vez? Varios años.

Ella se aferró a su chaqueta y enterró la cara en aquella tela áspera y rígida.

De repente, volvía a tener cuatro años, su madre aún estaba viva y no había pasado nada, salvo algunos incidentes extraños e inexplicables: velas que se apagaban solas, agua que se desbordaba de un fregadero, una grieta que aparecía en el suelo de la cocina bajo el cuerpo pequeño y rabioso de la niña.

En ese instante, volvía a tener cuatro años, y su padre aún la quería.

—Papá —susurró—, he pasado muchísimo miedo.

—Lo sé. —Con dedos callosos, le secó las lágrimas. El implacable lord comandante de la armada celdariana había desaparecido y, en su lugar, había un simple padre envejecido—. No volverá a hacerte daño.

El rey Bastien, de pie tras la mesa del consejo, se aclaró la garganta.

—Lady Rielle.

Ella se volvió para enfrentarse al rey, pero su padre permaneció a su lado y, a pesar de todo, una parte del corazón de la muchacha que ella creía muerta hacía tiempo se hinchó de alegría.

—Sí, mi rey. —Hizo una reverencia—. Debo disculparme por haber tratado así a lord Dervin.

—No, por supuesto que no. —El rey tenía un semblante grave—. A lord Dervin se lo considera culpable de intento de asesinato y está siendo trasladado a Belbrion, donde estará bajo arresto domiciliario hasta el fin de sus días. Él y sus cómplices jamás volverán a poner un pie en este castillo.

Rielle apartó la mirada del rey de inmediato y la dirigió a la reina Genoveve, que estaba rígida en su silla, y luego a Ludivine, sentada en una

esquina con las manos fuertemente apretadas sobre el regazo. Audric, de pie tras ella, le posaba la mano sobre el hombro.

Cuando los ojos bordeados de rojo de Ludivine se encontraron con los suyos, Rielle tuvo que apartar la vista.

—No... no sé qué decir, mi rey —susurró—. No puedo alegrarme, pero, aun así, debo daros las gracias.

«Pero sí que te alegras —murmuró Corien—. De hecho, desearías haber continuado, ¿verdad? Desearías haber apretado el puño y haberle arrancado la cabeza.»

«No.»

La voz de Corien era grave y furiosa.

«No me mientas, Rielle.»

Ese sonido la sobresaltó, ya que había sido como una fuerte bofetada.

La sonrisa del rey Bastien era tensa, pero real.

—Me alegro de que estéis a salvo, lady Rielle —dijo, y se colocó en su silla—. El arconte tiene noticias para vos.

Este se levantó de su asiento. Rielle miró de inmediato a Tal, que intentaba sin éxito esconder su sonrisa.

A su lado, Sloane, con el ceño fruncido, le dio un codazo en las costillas.

—Lady Rielle —empezó a decir el arconte—, el Consejo Magistral, incluido yo, ha decidido de forma unánime que, debido a los recientes acontecimientos, nos abstendremos de hacer las dos pruebas restantes y que, desde este momento, empezaremos el proceso de canonización.

Rielle lo miró fijamente mientras a su alrededor se fueron formando grandes ovillos de silencio, hasta que al fin pudo decir:

—Pero... ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir, lady Rielle, que hasta ahora habéis demostrado un control y un poder extraordinarios en todas las pruebas...

—Además —interrumpió el gran maestro Duval con una amplia sonrisa—, al sobrevivir a la caída de una montaña y volver a casa, no solo con vida, sino

volando en un animal divino, habéis cumplido con los requisitos de la prueba del viento.

El arconte resolló.

—En resumen, lady Rielle, a los ojos de la Iglesia, vos sois sin duda alguna, y de forma indiscutible, la Reina Solar que presagió el ángel Aryava. Por lo tanto, se os concederán todas las protecciones y los privilegios que os corresponden como símbolo de la Iglesia y como protectora de Celdaria.

A medida que Rielle lo escuchaba hablar, el corazón le latía cada vez con más fuerza y rapidez hasta que sintió que se le iba a salir del pecho.

Se habían acabado las pruebas.

Se habían acabado los entrenamientos.

Se habían acabado las habitaciones oscuras y el tener que esconderse.

Todo eso y un reino —todo un mundo— lleno de personas que la aclamarían.

Pero ¿sería suficiente? ¿Bastarían cinco pruebas —cuatro si contaba la de las sombras y la del sol como una sola— y una caída desde una montaña para reclamar su corona?

Habría gente satisfecha con eso, pero no todos.

Algunos insistirían en que luchara contra el único elemento al que aún no se había enfrentado.

«El fuego.»

Miró a Tal y vio que este la observaba atentamente. Un estremecimiento causado por su pánico más antiguo y profundo le recorrió la piel.

Tal asintió con la cabeza. Su boca dibujaba una adusta línea, pero su mirada era serena.

—... evidentemente —estaba diciendo el arconte—, todavía tengo que comentar el asunto con las demás iglesias del mundo. Pero las historias de vuestras pruebas han llegado tan lejos y se han extendido tan deprisa que dudo que tenga problemas para convencerlos de lo que sois y de quién sois. Si es



preciso, los visitaréis para demostrárselo vos misma. O, si no, vendrán ellos aquí para que les enseñemos que las dudas que puedan tener son infundadas.

Detrás de Rielle, su padre se enfureció.

—¿Es necesario exhibirla por ahí como si fuera un caballo de competición?

Pero Rielle apenas podía oírlos.

Solo oía a su madre:

«Rielle, por favor, ayuda a tu padre a apagar el fuego.

»Rielle, es hora de ir a la cama.

»Rielle, ¡no te lo voy repetir!»

Abrió los ojos. Al inspirar, olía el humo de la casa familiar, que se desmoronaba y se convertía en cenizas, oía los horribles sonidos ahogados de su padre llorando sobre el cuerpo de su esposa.

Las palabras de Corien fueron dulces.

«Tú no eres tu madre. Las llamas, si te enfrentas a ellas, no te harán daño.»

Las lágrimas le obstruían la respiración a Rielle, pero ella no pensaba dejarlas caer. «Hacerme daño no es lo que me da miedo.»

El arconte se estaba dirigiendo al padre de Rielle.

—Yo no puedo deciros qué le exigirán las otras iglesias. Pero tenga por seguro, lord comandante, que cualquier petición pasará por mí antes de que llegue a tocar el dobladillo del vestido de vuestra hija.

—Eso también significa, lady Rielle —dijo el rey Bastien—, que una vez seáis consagrada como Reina Solar, no solo asumiréis los privilegios de la posición, sino también las responsabilidades. Ya entendéis lo que eso significa.

Rielle negó con la cabeza.

—No. No estoy de acuerdo.

—Os ruego que me disculpéis, pero no os entiendo —dijo el rey.

—Acepto vuestro generoso ofrecimiento en relación con la prueba del viento, mi rey —dijo ella—. Sobreviví a la caída y he sufrido la ira del

viento. De acuerdo. Pero... —miró a Tal suplicante— debo completar la prueba del fuego.

El arconte frunció el ceño.

—Pero, lady Rielle, hemos decidido que no es necesario.

—Disculpadme, Su Santidad —interrumpió Tal—, pero lady Rielle tiene razón. —Le dedicó una sonrisita a la chica y se dirigió al rey—. Habrá gente en el mundo que esté satisfecha con las cuatro pruebas y con la caída de la montaña, pero no toda. Algunos insistirán en que Rielle luche contra el único elemento al que aún no se ha enfrentado. Es decir: el fuego.

Rielle, sorprendida, parpadeó. «¿Le has indicado tú lo que tenía que decir?»

«Le he dado un empujoncito —contestó Corien—. Tu maestro tiene una mente extraordinariamente abierta. Es más fácil colarse en ella que en la de la mayoría de la gente.»

«No lo hagas, por favor. —Un miedo repentino hizo que Rielle tragara saliva con fuerza—. Con él no. Con ninguno de mis amigos.»

Corien calló. A continuación, su voz sonó coqueta y cantarina: «¿Quieres que te cuente los secretos que he percibido en su bonita cabeza rubia?».

—¿Es lo que quieres, Rielle?

Toda la sala tenía los ojos fijos en ella, que tardó un momento en darse cuenta de que Audric era quien había hablado. Juntó sus dispersos pensamientos.

—Lo es —contestó—. No solo para demostrarle al mundo que controlo todos los elementos, sino... porque mi madre murió en un incendio que yo misma había creado.

A su izquierda, su padre se puso tenso. Ella, con el corazón en la garganta, le tendió la mano.

Al cabo de un momento, él cubrió con la suya la mano de su hija.

La parte de Rielle que había revivido cuando su padre la había abrazado ahora hizo que le crecieran alas y que tocara el cielo.

—Me gustaría demostrarme a mí misma, y demostrarle a mi padre, que ya no soy aquella niña de cenizas y ruinas —dijo—. Soy más fuerte que ella. Soy más fuerte que cualquier llama.

\* \* \*

Aquella noche, Rielle se saltó la cena y, en su lugar, se paseó por sus aposentos.

—¿Estáis segura de que no queréis comer algo, mi lady? —le preguntó Evelyne desde su puesto junto a la puerta.

—Estoy segurísima, Evelyne, gracias.

La guardia miró a la terraza.

—¿Creéis que vuestra amiga animal se quedará mucho tiempo con nosotras, mi lady?

Rielle sonrió al ver a la chavaile durmiendo apoltronada en la terraza de piedra iluminada por el crepúsculo, feliz como un gato. Un gato muy grande y muy parecido a un caballo.

—No sé cómo se comportan los animales divinos —le confesó a Evelyne—, pero espero que se quede, desde luego.

La mujer, inquieta, tiró del cuello de su camisa.

—¿Creéis que, si se lo pidiese, me dejaría acariciarla?

—¡Vaya, Evelyne, nunca te había visto tan vergonzosa!

Unos golpes en la puerta las interrumpieron.

—Lady Ludivine ha venido a ver a lady Rielle —anunció Dashiell desde el pasillo.

Toda alegría se desvaneció del corazón de Rielle.

—Por favor, Evelyne, déjala pasar.

Evelyne pareció dudar, pero, con la mano en la espada, obedeció.

Ludivine entró con un aspecto completamente acongojado: llevaba el pelo hecho un desastre y tenía la cara roja e hinchada.

—Hola. —No pudo mirar a Rielle a los ojos—. Quería ver si estabas bien.

—Bueno, estoy viva —dijo ella con brusquedad, pero entonces se avergonzó—. Lo siento. Estoy bien. Descansando.

Ludivine asintió lentamente con la cabeza y se sentó en una de las sillas que había junto a la chimenea.

—Ya veo.

Un terrible silencio llenó la habitación.

Al fin, Rielle soltó aire y se sentó frente a Ludivine.

—Lu, no sé qué quieres que diga o que haga, pero no pienso disculparme por...

—No quiero que te disculpes —espetó Ludivine. A continuación se restregó la cara con una mano y suspiró—. ¿Desearía que no hubieras intentado matar a mi padre? Sí. ¿Desearía que no lo hubieran mandado a casa? —Hizo una pausa—. No. Me alegro. Estoy tan furiosa con él que apenas puedo pensar.

Sin dejar de mirar el fuego, negó con la cabeza. Entonces se movió, se arrodilló ante Rielle y le cogió las manos.

—¿Me alegro de que estés viva? —susurró Ludivine—. ¡Ay, cielo! —Tiró de Rielle hacia abajo y la abrazó con torpeza—. Te quiero tanto que siento que podría romperme. ¡Me alegro muchísimo de que estés bien!

Rielle ayudó a Ludivine a levantarse y la llevó hasta su cama. Apartó las sábanas y la ayudó a tumbarse. A continuación, se acurrucó a su lado. Con la mejilla apoyada en el hombro de su amiga, dejó que esta llorara a lágrima viva. Cuando al fin se recompuso, Rielle levantó la mirada con una sonrisa.

—Más vale que no te seques la nariz en mi pelo.

Ludivine emitió una risa temblorosa.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche?

—Insisto en que lo hagas.

De nuevo llamaron a la puerta.

—El príncipe Audric quiere ver a lady Rielle.

—Déjalo pasar —dijeron ambas a la vez.

Audric entró, pero entonces dudó al ver a Rielle y a Ludivine en la cama.

—Puedo volver más tarde.

—Ni se te ocurra. —Ludivine dio unas palmaditas en las almohadas—.

Ven. Estamos celebrando una fiesta.

Audric se acercó con cautela.

—¿Estás llorando, Lu?

—Sí, está llorando —contestó Rielle—. Y si no te das prisa en venir, empezará de nuevo y te sentirás fatal.

Audric se pasó una mano por el pelo.

—¿En serio creéis que esto es lo más inteligente? Teniendo en cuenta...

—Audric, tranquilízate, no tiene nada de malo. Creí que no volvería a veros nunca más, así que esta noche me gustaría tener a mis amigos cerca. Ven a tumbarte a nuestro lado. —Rielle se sentó y le tendió una mano—. Como cuando éramos pequeños.

Audric le cogió la mano con una expresión extremadamente cariñosa.

—Ya no somos pequeños.

—Haz como que lo somos, hazlo por mí. Jugábamos a simular cosas todo el tiempo, ¿no te acuerdas?

Ludivine rio.

—Recuerdo a cierto príncipe obsesionado en imitar a un caballo día y noche. Corría por los pasillos a cuatro patas y se hacía puré las rodillas.

Audric se instaló en la cama junto a Rielle, por encima de las mantas. Ella se sintió decepcionada, pero se mordió la lengua para evitar pincharlo. Se conformaría con tenerlo cerca y con el sólido calor de su cuerpo.

—Creo que era muy buen caballo —dijo Audric—. Relinchaba y todo.

—Hubo un día en concreto —añadió Rielle— que te metiste uno de los pañuelos de tu madre en los pantalones y simulaste que era la cola.

Evyline tosió de una manera que parecía querer ocultar la risa.

—Adelante —dijo Audric, y se estiró con un suspiro de felicidad sobre la

cama—. Seguid avergonzándome. No me importa.

Al lado de Rielle, bajo las sábanas y al abrigo de las miradas, Audric le tocó la mano. Ella cerró los dedos alrededor de los suyos. El calor le recorrió suavemente el cuerpo, y sintió que estaba peligrosamente tentada de moverse hacia donde no debería.

\* \* \*

—Tendríais que haber venido a verme antes.

Rielle intentó no poner mala cara. Garver Randell ya había hecho mucho por ellos.

—Ayer estuve bastante ocupado —dijo secamente—, con el intento de asesinato y tal. Además, fui a ver inmediatamente al sanador del rey.

—Ese hombre es idiota. ¿Por qué creéis que Audric recurre a mí? —Garver enroscó el tapón del frasco y con un empujoncito se lo pasó por encima de la mesa—. Tomad cuatro cucharadas al día hasta que lo hayáis eliminado. La niebla de avispa es un veneno muy desagradable. Tendréis náuseas durante un tiempo, no puedo evitarlo, pero esto os ayudará.

—¿Cuánto os debo?

—Solo esto: la próxima vez que os envenenen o que casi os maten o que os apuñalen o que os estrangulen...

—Me ha quedado claro.

—Sí, bueno, pues la próxima vez, no tardéis ni una noche en venir a verme. —Garver se levantó de la silla con un gruñido cansado—. Un tratamiento oportuno y rápido llevado a cabo por un sanador que no sea idiota puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Incluso para las reinas solares.

De espaldas, Rielle puso los ojos en blanco.

—Lo he oído —dijo él con suavidad.

Rielle sonrió y, a continuación, miró al patio a través de la puerta abierta. Audric le enseñaba a Simon cómo acariciar a la chavaile. Fuera, la gente se

amontonaba en la puerta principal de Garver y miraba boquiabierto al príncipe y al animal divino. Seguramente todos se preguntaban por qué aquel niño era tan especial como para tener una audiencia con la criatura.

—Qué raro —murmuró ella.

En tensión, observó como Simon, con los ojos cerrados, alargaba el brazo hacia el cuello del animal. Pero la chavaile simplemente cerró los ojos y se entregó a la caricia.

Garver había empezado a barrer.

—¿Mmm? ¿Qué es raro?

—A *Atheria* no suele gustarle que la toquen.

—¿Quién diantres es *Atheria*?

—La chavaile. ¿Os gusta el nombre?

—Se llame como se llame, más vale que no me pise las flores.

—Hasta ahora, *Atheria* solo dejaba que la tocásemos dos personas: Audric y yo, pero... —Sonrió al ver que el animal le mordisqueaba el pelo a Simon. El niño se quedó completamente quieto y abrió unos ojos como platos. Mientras tanto, una risa silenciosa sacudía el cuerpo de Audric—. Parece que vuestro hijo es el tercero.

## Eliana

«Los corderos tiernos y perdidos errarán por nuestro redil, mudos y ciegos, atraídos por Su llamada. Reunidos. Enseñadles Su palabra. Rehacedlos, tal y como Él ordena. Castigad a aquellos que lo desafíen, ya que están del todo perdidos.»

Primer libro de Fidelia

Cuando la puerta se abrió, Eliana se apresuró a salir al pasillo, que estaba intensamente iluminado.

Afuera, había un guardia de pie, con la mirada perdida y fija en la pared. De la mano le colgaba un aro lleno de llaves.

Eliana encontró las dos que Zahra le había descrito —una sencilla de latón sucio y otra delgada y plateada— y las sacó del aro. Fue tal como el espectro le había dicho: el hombre no se movió, ni siquiera pestañeó.

Ella retrocedió sin dejar de mirarlo a la cara.

El hombre torció la comisura de los labios.

Según Zahra, un verdadero ángel sería capaz de influir en la mente de un hombre durante el tiempo que fuera necesario. Pero Zahra era un espectro incorpóreo y solo podía afectarlo durante unos segundos. Incluso así, le había dicho a Eliana con amargura, su habilidad era impredecible y se agotaba con facilidad.

El hombre movió la mano como si estuviera durmiendo. Parpadeó. Meneó el cuerpo.



—Vete. —La boca se le movió, pero era la voz de Zahra la que emergió de ella—. Date prisa.

El hombre se despertaría... pronto.

Eliana, con las llaves en la mano, corrió descalza por el pasillo desierto. Varias puertas metálicas se alineaban a lo largo de las grises paredes de piedra.

Encontró el rincón que Zahra le había descrito —la entrada a un armario de provisiones— y pegó el cuerpo a la pared. Después de haber pasado tanto tiempo en la oscuridad, tenía los ojos llorosos, así que los entornó y aguardó bajo el zumbido de las luces amarillas que cubrían el techo.

Pasó un minuto. Entonces Zahra llegó flotando al rincón.

—Por aquí, de prisa —susurró, señalando la puerta del armario—. Lo siento, Eliana. Desearía que mi protección fuera tan fuerte como te mereces, pero la Caída dañó muchas cosas, incluidas las mentes de los espectros.

—No te disculpes. Lo estás haciendo bien.

Eliana usó la llave de latón para abrir la puerta del armario y se apresuró a entrar. El cuarto era largo y estrecho y estaba bordeado por unas estanterías llenas de fardos, paquetes de comida y cajas marcadas con caracteres desconocidos.

Se agachó para buscar en los estantes inferiores.

—No reconozco estas letras.

—Es una de las antiguas lenguas angelicales —le explicó Zahra—. Para que te admitan en Fidelia, tienes que aprender las cinco.

—Y las luces del pasillo... Nunca había visto algo parecido.

—Se trata de energía galvanizada. Es uno de los muchos experimentos del Emperador. ¿Las has encontrado?

—Aún no. Espera. —Eliana abrió una caja de madera con cierres metálicos. Dentro había un surtido de armas y herramientas, incluidas las suyas. *Silbador*, *Nox*, *Tuora* y *Borrasca*. Solo faltaba su querida *Arabeth*, que supuso que se habría perdido para siempre en los sucios suelos de Santuario.

Se ató las fundas a las piernas, los brazos y la cintura. Envainó los cuchillos y se estiró con un suspiro.

Zahra la miró con una sonrisa ondeándole en la cara.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

—Antes de que nos vayamos. —Zahra señaló otro estante—. Creo que eso es tuyo.

Su collar. A Eliana le dio un vuelco el corazón al ver aquel rostro de latón tan maltrecho. Ahora, esas líneas familiares le recordaban las palabras de Zahra: «Hija del Alumbrador». ¿Se creía esa historia tan descabellada? Y, si era cierta, ¿cuánto sabía Rozen, si es que sabía algo?

¿Podía seguir llamándola madre? ¿Y hermano a Remy? ¿Y padre a Ioseph?

Un puño de tristeza le oprimió el corazón, pero se sacudió las preguntas. Nada de eso importaba si no salía de aquel lugar.

Se puso la cadena alrededor del cuello y le dijo a Zahra:

—Tú primero.

Siempre al abrigo de las sombras, volvieron al pasillo.

—Aquí —dijo finalmente Zahra, y se detuvo frente a una de las puertas de metal. En su superficie había estampados en relieve unos números negros en los que se leía: «36».

A Eliana se le aceleró el pulso mientras cogía con torpeza la llave plateada y entraba.

—¿Navi? —susurró una vez hubo cerrado la puerta—. No tengas miedo.

El aire en la celda de Navi estaba cargado, sucio. Olía a desechos, a sudor y a algo acre y medicinal que hizo que a Eliana le hormigueara la lengua. Vio un pequeño bulto junto a la pared más alejada, corrió hacia él, dudó y, a continuación, cogió con suavidad a Navi por los hombros y le dio la vuelta.

Zahra, planeando sobre ella, emitió un suave sonido de pena.

—¡Ay, Navi! —exhaló Eliana, incapaz de ocultar su conmoción.

La chica tenía la cabeza rapada, y su piel era un mosaico de dolor. Estaba

llena de horribles quemaduras oscuras, heridas rojas e inflamadas y marcas finas y negras numeradas a un lado, como si la hubieran señalado siguiendo las instrucciones de algún costurero malvado. Cuando Eliana la tocó, Navi gimió y arrugó de dolor su rostro hinchado.

Eliana susurró:

—¿Qué le han hecho?

—Su trabajo es abominable —dijo Zahra con voz grave y furiosa—. He tratado de detenerlos siempre que me ha sido posible, pero he tenido que hacerlo sin revelarles mi presencia a Semyaza, así que mis intentos no han sido muy fructíferos.

Las preguntas se acumulaban con rabia en la lengua de Eliana, pero las formularía más adelante. Levantó el cuerpo de Navi del suelo y se colgó el brazo inerte de la chica de los hombros.

—Muéstrame cómo salir de aquí.

—Ya no puedo ocultarte —susurró Zahra, apretándose las manos humeantes—. He usado las últimas fuerzas que me quedaban con el soldado del pasillo.

Navi emitió un lamento sobre el hombro de Eliana.

—¿Cuánto tardarás en recobrar las fuerzas? —le preguntó ella al espectro.

Zahra apartó la mirada como si se sintiera avergonzada.

—No sabría decirlo. Mi reina, te prometo que no siempre he sido tan débil.

—Tendremos que escaparnos como la gente normal. Vamos.

Salieron de la celda de Navi y corrieron por un laberinto de pasillos en el que la extraña luz galvanizada zumbaba sobre sus cabezas. Zahra, que iba delante, volvió apresuradamente junto a Eliana y la avisó a tiempo de que unos soldados de Fidelia se aproximaban.

Eliana se agachó con Navi en las sombras de un pequeño rincón y, con una mano, le tapó delicadamente la boca. Los soldados pasaron de largo, transportando a una mujer de mirada vacía en una camilla de lona. Unos tumores bulbosos y oscuros le habían estropeado el cuerpo.

A Eliana se le revolvió el estómago.

—Vía libre —susurró Zahra, y volvió a encabezar la marcha.

Eliana, con los dientes apretados a causa de las náuseas persistentes que le provocaba la presencia de Zahra, fue tras ella. Al salir del recinto, se encontraron en un patio de tierra llano bordeado por altos muros de piedra. Se refugiaron tras un alto montón de cajas y de fardos apestosos que Eliana sospechó que eran cuerpos. La vastedad de la noche se extendía sobre el recinto, y un azul tenue teñía el horizonte.

—¿Estamos en una montaña? —susurró Eliana.

—Sí —contestó Zahra—, y no muy lejos de la frontera más septentrional de Ventera.

Eso explicaba el frío y el viento.

—¿A cuánto queda Rinthos?

—A cuatro días a caballo.

Eliana volvió la cabeza de golpe y clavó los ojos en el espectro.

—¿Qué? ¿Cuatro días? ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Una semana.

Eliana cerró los ojos y luchó contra una oleada de pánico. Habían pasado once días desde que las habían capturado. Once días lejos de Remy y sin tener la más mínima idea de dónde podría estar ahora.

Navi gimió bajito, con la cabeza recostada en el hombro de su amiga.

—¿Eliana?

—Pronto tendremos que correr —dijo esta en voz baja—. ¿Puedes despertarte, Navi?

Zahra masculló una maldición.

Eliana se puso tensa.

—¿Qué pasa?

—Semyaza está aquí. —Zahra señaló el muro perimetral con la cabeza—. Esta noche tenía planes de salir de cacería. Debe de haberse dado cuenta de que os habéis ido, o habrá notado mi presencia.

Eliana entrecerró los ojos, miró al otro lado del patio y no vio nada... Pero,

entonces, una perturbación ondeó en el aire. Hubo un movimiento, el parpadeo de una sombra oscura. Era la silueta de un hombre, pero más alto y con las extremidades más largas que un humano.

El miedo le secó la boca.

—¿Qué hacemos ahora?

—Yo me ocuparé de Semyaza —dijo Zahra con voz dura y, según le pareció a Eliana, un poco complacida—. Cuando lo golpee, oiréis una fuerte colisión y veréis un rayo. Id hacia la puerta del muro oriental. Corred hasta que ya no podáis más y, entonces, escondeos en el bosque. Os encontraré, a no ser que Semyaza me atrape antes.

—¿Te atrape?

—Ya te lo explicaré luego.

—Pero los guardias... —Eliana señaló a los soldados de Fidelia que patrullaban por el patio—. No puedo luchar contra todos, menos aún con Navi.

—Lo que necesitamos —musitó Zahra— es distraerlos.

El muro occidental explotó.

Eliana se inclinó sobre Navi mientras volaban por el patio cascotes de piedra y de madera. A continuación, miró a través de las nubes de polvo y vio que un tramo de muro de casi diez metros había desaparecido.

Zahra se irguió hasta alcanzar su estatura completa.

—Bueno —dijo animada—, eso bastará.

Entonces se sumergió rápidamente en el caos y desapareció.

Eliana esperó y se secó el sudor de la frente.

Un estallido sordo hizo vibrar el patio como si dos vientos hubieran colisionado. A unos cuarenta y cinco metros de distancia y a tres metros de altura, un fragmento de luz se movió, se torció y giró como la boca de un remolino.

Zahra había encontrado a Semyaza.

Eliana levantó otra vez a Navi y le dio una bofetada en la cara. Los ojos de la chica, nublados por culpa de las drogas, se abrieron de golpe. A Eliana le

alegró ver en ellos una chispa de ira.

—Ahora tenemos que correr —le dijo Eliana— o, si no, moriremos.

Navi asintió con la cabeza y apretó los dientes.

—Sujétate a mí.

Eliana se volvió y, con el brazo de Navi colgándole de nuevo de los hombros, se dirigió hacia el patio. Junto a ella, la respiración de Navi se hizo pesada y débil. En medio de aquel alboroto de polvo y de soldados que gritaban, nadie las vio hasta que casi habían llegado al abandonado muro oriental.

Un soldado de Fidelia saltó de la torre de vigilancia de la puerta. Llevaba un revólver rudimentario en una mano y un cinturón con municiones atado al torso.

Eliana se detuvo con un derrape.

El soldado de Fidelia sonrió con amabilidad.

—Tranquilas, corderitas —dijo, gesticulando con el revólver—. Os habéis perdido en medio de este alboroto.

Eliana lo observó acercarse y vio que le echaba una ojeada a los cuchillos que llevaba atados al cuerpo. El hombre endureció la mirada, pero siguió sonriendo.

—Pobres corderitas. —Sin dejar de apuntar a Eliana en el pecho con el arma, le apartó un mechón de pelo apelmazado de los ojos y chascó la lengua—. Tan jóvenes y tan perdidas.

Un cambio en la oscuridad que había tras él le dio la oportunidad a Eliana. Esta bajó los ojos hacia el suelo y asintió tristemente con la cabeza.

—No queríamos hacer nada malo —susurró.

Entonces oyó el familiar sonido de *Arabeth* buscando un hogar en el corazón de alguien.

Levantó la vista y vio que el soldado de Fidelia gruñía, miraba boquiabierto la hoja dentada de *Arabeth* que le sobresalía del pecho y tosía un charco de sangre oscura.

Tras él estaba el Lobo, con la máscara puesta.

Eliana se sintió tan aliviada que su cuerpo agotado casi le falló. A pesar de todo, dijo:

—Gracias.

Simon limpió a *Arabeth* con su capa y se la tendió.

—Te la cambio.

Eliana obedeció y dejó a Navi en brazos de Simon. Salieron corriendo del patio y emergieron en la noche. Bajaron por una cuesta rocosa repleta de piedras planas y pálidas que se derrumbaban bajo sus pies.

—¿Y Remy? —preguntó ella.

—Escondido y a salvo. —La máscara de Simon centelleó, coloreada por la luna—. Ahora vamos junto a él.

«Y cuando llegemos —pensó Eliana, apretando la mano alrededor de *Arabeth* mientras corría—, hablaremos a solas, con mi daga en tu garganta.»

## Rielle

«Nadie puede estar seguro de cuáles fueron las últimas palabras de Audric el Alumbrador, pero, en los días que precedieron a la Caída, los murmullos viajaban con rapidez alrededor del mundo. Su última frase, según decían esos murmullos, se la dedicó a su asesina: “Te quiero, Rielle”.»

*Los últimos días del Rey Dorado,*  
autor desconocido

«Tres días. —Rielle se arrastró hasta sus aposentos mucho después de que el sol se pusiera—. Quedan tres días para la prueba del fuego.»

Y después... ¿qué?

—Mi lady —la reprendió Evyline desde la puerta—, es imprescindible que intentéis dormir más, al menos hasta que hayáis acabado la última prueba.

—Tienes razón, Evyline —contestó Rielle—. Pero, cuando estás a punto de ser arrojada a un pozo mortífero en llamas, descubres que quieres estudiar tus plegarias lo máximo posible.

—Las plegarias están muy bien, mi lady, pero dormir está mejor. Agotada no seréis capaz de rezar ni de luchar contra el fuego.

Rielle, bostezando, se soltó la trenza y sacudió la cabeza para liberar el pelo.

—Me inclino a pensar lo mismo. Mi padre, sin embargo, no es de la misma opinión.

Después de asegurarse de que *Atheria* ya estaba en el lugar de la terraza



donde pasaba la noche, Rielle se dirigió a trompicones a la sala de baño.

Y entonces se quedó helada, completamente despierta de repente.

Audric estaba sentado en un sofá que había junto a la ventana más alejada. Su pelo era un revoltijo de rizos, como si llevase horas pasándose los dedos por él.

Se levantó en cuanto la vio y se acercó a ella. Le dirigió una sonrisa tensa.

—Hola —le dijo en voz baja.

Rielle retrocedió hasta su habitación.

—Evyline —la llamó por encima del hombro—, si no te importa, ¿podrías concederme un tiempo a solas?

—Mi lady, no es seguro que...

—Ya estoy a salvo con *Atheria* en mi terraza.

Como si supiese que era el momento justo, la chavaile resopló tras las cortinas.

—¿Me concedes este deseo, por favor?

—Solo esta noche —dijo Evyline con severidad al cabo de un momento—. Después de todo lo que habéis pasado, es lo menos que puedo hacer.

—Exacto. —Rielle la acompañó hasta la puerta de la forma más amable que pudo—. Buenas noches, Evyline, y gracias por tu vigilancia.

—Por supuesto, mi lady.

Rielle cerró la puerta, giró la llave e inspiró para prepararse. Cuando se dio la vuelta, Audric estaba de pie en medio de la habitación. Parecía bastante avergonzado.

—Siento haberme colado —dijo—, pero quería verte. No será lo habitual a partir de ahora, lo prometo.

—Quizá debería —coqueteó Rielle, aunque la voz le sonó temblorosa.

La oscura mirada de Audric buscó la suya y luego cayó al suelo.

Rielle sentía que los nervios le bailaban en el esternón.

—¿Querías hablarme de algo?

—Sí, es que... —Ahora era su voz la que sonaba vacilante. Se aclaró la

garganta—. Me temo, sin embargo, que no debería. Ha sido una estupidez haber venido esta noche.

—Sabes que puedes contarme lo que sea.

—Lo sé.

—Pues habla conmigo. —Alargó el brazo hacia él—. ¿De qué se trata?

Él se llevó la mano de Rielle a los labios.

—Rielle —le susurró contra la piel—. Rielle, Rielle...

—Me estás asustando. Di otra cosa que no sea mi nombre. Di algo que sea real.

—Algo real. —Él rio un poco y se alejó de ella—. Es que...

Cuando volvió a quedarse callado, Rielle creyó que no podría reprimir las ganas de gritar.

—Audric, si no empiezas a hablar en este preciso momento...

—Entiendes todo lo que esto significa, ¿verdad? —Gesticuló en dirección al castillo que los rodeaba—. Algún día seré rey, y tú serás la Reina Solar.

—Bueno, no si la prueba del fuego...

—Vamos, Rielle. Superarás esta prueba igual que las otras. Serás gloriosa, y entonces... —Se pasó una mano por el pelo, se dio la vuelta y luego se volvió de nuevo hacia ella—. Entonces me servirás a mí. Si tengo que mandarte a la guerra para salvar el reino, lo haré. Ese es el propósito previsto para la Reina Solar: defender y proteger. No puedo ignorarlo solo porque te quiera.

Al decir esas últimas palabras, se le quebró la voz.

Rielle se le acercó lentamente con el corazón desbocado. Le tocó el brazo y, cuando él bajó la mirada hacia ella, con ojos cálidos y preocupados, le acarició la mejilla.

Él se inclinó bajo su caricia, le cogió la mano y le besó la palma.

—Sé que no debería tocarte —dijo con voz ronca—. Es lo que decidimos. Tenemos buenas razones. Pero, que Dios me ayude, casi no he podido pensar en nada más desde aquel día en los jardines.

Rielle se acercó más a él y le condujo la mano hasta su cintura.

—Recuerda que a Lu no le importa. Quiere que lo hagamos.

—No se trata de Lu ni de su familia. Ya no. Ahora me pregunto... —Audric apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos—. Si tan solo pudiera dejar de quererte...

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Como Reina Solar, serás sagrada para nuestro pueblo, Rielle. Serás un símbolo anhelado y alabado desde el amanecer de nuestra era.

—No me llames así hasta que no lo sea de verdad. Ya estoy lo suficientemente nerviosa.

—El arconte te bendecirá ante toda la ciudad. No puedo interferir en eso. No puedo mancillarlo.

Ella se apartó de su lado.

—¿Me estás diciendo que, de algún modo, llevarme a la cama me mancillaría?

Él la miró con impotencia.

—No sé cómo amarte y, a la vez, tener que enviarte a la guerra.

Rielle se cruzó de brazos.

—¿Justo ahora te das cuenta de que podría pasar eso? ¿Para qué creías que eran las pruebas?

Él, con los ojos brillantes, se volvió.

Ella lo siguió.

—Audric, quiero que me escuches, porque solo lo diré una vez.

Él levantó la mirada al oír aquel cambio en su voz.

—Si alguna vez me enviaras a una batalla —dijo ella—, iría de buena gana y quemaría a nuestros enemigos hasta reducirlos a cenizas. Pero no lo haría por ti... y tampoco por la profecía. Lo haría porque este es mi hogar. Y si intentaras retenerme en palacio porque me quieres, fracasarías.

Audric la miró fijamente; el aire que había entre ellos crujía tenso y furioso. Ella levantó la barbilla y lo retó en silencio a que la desafiara.

Pero no lo hizo. En cambio, fue directo hacia ella a grandes zancadas y apresó ávidamente la boca de Rielle con la suya.

Ese beso la dejó sin aliento, y su fuerza la hizo trastabillar hacia atrás. Él la cogió de la cintura para sujetarla y se movió con ella hasta que Rielle quedó presa entre la pared y su cuerpo. Ella abrió la boca y le enrolló los dedos en el pelo.

Las manos de Audric estaban por todos lados: primero le sostenían el rostro, después le envolvían las caderas para atraerla más hacia su cuerpo. Cuando él le recorrió el cuello con los labios y siguió bajando, besándola a lo largo del escote del vestido, Rielle arqueó el cuerpo hacia él.

El fuego estallaba y siseaba.

—Sí —susurró ella, y le subió la camisa para encontrar su piel desnuda—. ¡Sí!

La voz de Audric era un murmullo grave.

—¿Sí qué, cariño? Dime dónde tocarte.

—Donde la otra vez. Por favor, Audric.

Él volvió a ascender hasta su boca mientras le subía la falda y, a continuación, le pasó la palma por los muslos. En el momento en que su mano le acarició la barriga, Rielle jadeó y se estremeció.

—Abre las piernas, Rielle —le murmuró él al oído con voz temblorosa—. Te tengo.

Ella obedeció. Cuando su mano la encontró y la acarició suavemente entre las piernas, Rielle gritó y se le agarró a la camisa apretando los puños.

La pared que tenía a su espalda tembló.

Audric le introdujo un dedo en el interior sin dejar de acariciarla con el pulgar.

—Desde aquel día —le susurró él contra la boca—, he soñado cada noche con esto. Me despierto con tu nombre en los labios.

No importaba cómo se moviera, a Rielle le resultaba imposible saciarse de él. Le hundió las uñas en la piel y lo atrajo hacia sí.

—Más rápido, Audric. ¡Más fuerte, por favor!

Él obedeció.

—¿Así?

—Sí. ¡Sí! —Ella sentía que su cuerpo se abría alrededor de los dedos de Audric, que había introducido otro y empujaba con más fuerza—. Así, ah, Dios... —emitió un sonido que jamás había hecho, un gruñido grave y gutural que la estremeció de pies a cabeza.

—Eso es. —Audric le besó la sien, el pelo. Su voz estaba llena de admiración—. Eso es, Rielle.

Ella se aferró a él y pegó la cadera a su mano hasta que esa ola hormigueante que crecía en su interior llegó a lo más alto, se extendió a lo largo de su piel y le bajó por la columna vertebral. Rielle se estremeció, emitió un grito agudo y se hizo añicos.

La habitación tembló a su alrededor.

Las velas encendidas chisporrotearon e hicieron brotar altas llamas. El fuego de la chimenea chascó, y las brasas se dispersaron por la alfombra. Las paredes se agitaron durante unos segundos, como si hubiera un pequeño terremoto, y a continuación se quedaron en silencio.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Audric.

—He sido yo. —Rielle, con las mejillas encendidas, cerró los ojos—. Lo siento.

—¿Tú?

—No tendríamos que haber hecho esto. Déjame pasar, por favor.

Él la soltó, y ella se alejó con paso vacilante y se enderezó el vestido. Solo podía pensar en la voz de su padre de hacía tantos años:

«Algún día podrías perder el control y herirlo.

»Lo último que Audric necesita es a alguien como tú.»

—Deberías irte —dijo ella cruzándose de brazos.

Él se quedó callado durante un momento.

—Lo haré, por supuesto, si es lo que quieres. Pero, primero, ¿puedes

decirme qué ha pasado?

—Me he sometido a cuatro pruebas sin ningún problema. Las he superado, me he sentido más fuerte que nunca. Pero ahora... Paso un momento contigo y ya hago que la habitación se derrumbe.

—No se ha derrumbado nada. Solo ha sido un pequeño temblor, Rielle.

Ella se volvió hacia él.

—¿Solo un pequeño temblor? ¿Qué pasa si hubiéramos seguido? ¿Qué pasa si hubiera perdido el control? ¿Qué pasa si el suelo se hubiera abierto bajo nuestros pies? Mi padre tenía razón. Él pudo verlo antes que yo.

—¿Qué es lo que vio?

—¡Que te quiero! —soltó ella, con la voz quebrada por las lágrimas—. Que todos mis años de trabajo, cada noche que he pasado sola, cada oración... Todo desaparece cuando estoy contigo. ¡Cuando me tocas, ardo... y puedo hacer que el mundo entero arda conmigo!

—Rielle, mírame. —Audric le cogió las manos con tanta suavidad que ella empezó a llorar desconsolada.

—Te haré daño —susurró.

Él la miraba a la cara con tranquilidad y calidez.

—No.

—Si te pasara algo por mi culpa, no lo soportaría, Audric. No puedo. Si es necesario, estaré sola para siempre.

—No, no, ni hablar. —Con ternura, le hizo volver la cara y le llenó las mejillas de unos besos suaves como plumas—. Tú mereces ser feliz, no una cama helada y una habitación vacía.

Ella cerró los ojos bajo sus caricias.

—Soy demasiado peligrosa.

—Eres mi persona peligrosa preferida.

—No es una broma, Audric. Lo que está en riesgo es tu vida... y la mía.

—Mi vida no tiene color sin ti. —Le sujetó el rostro con las manos—. No te tengo miedo, Rielle. Confío en ti y te deseo.

Ella se le apoyó en el pecho e inspiró su olor: su piel caldeada por el sol, el algodón de su túnica.

—¿Qué harías —dijo al fin— si te pidiera que me besaras de nuevo?

—Te besaría durante toda la noche y jamás me cansaría de hacerlo.

Ella se echó hacia atrás para mirarlo.

—¿Y si te pidiera que me llevaras a la cama?

—Entonces allí iríamos —aseguró él— y no descansaría hasta que te saciaras de mí.

—Eso es justo lo que quiero. —Lo besó en el triángulo de piel que asomaba por el cuello de su camisa—. Quiero que me sacies.

Se puso de puntillas para besarlo antes de que él pudiera contestar. Cuando los brazos de Audric la rodearon con fervor, ella sonrió contra su boca y rio complacida.

—A la cama —susurró, y tiró de él para llevarlo a ciegas hacia allí.

Audric, sin dejar de besarla un instante, la apoyó contra una de las columnas de la cama. La besó como si el aire que había dentro de ella fuera lo que necesitase para sobrevivir. Rielle echó los brazos hacia atrás para agarrarse a la madera y arquearse hacia él.

—Sí —dijo Audric sin aliento mientras le desabrochaba con torpeza la hilera de botones que había en la parte delantera de su vestido.

Le bajó el corpiño por el torso y se lo dejó recogido alrededor de la cintura. Los pechos de Rielle quedaron libres, y él descendió de inmediato la boca hacia ellos y le gruñó contra la piel.

Rielle se retorció bajo él hasta que ya no pudo soportar el dolor que sentía entre las piernas.

—Te necesito —jadeó, aferrándose a sus hombros—. Por favor, Audric.

Él se quitó la túnica por la cabeza, se desabrochó el cinturón y se descalzó las botas con los pies. La condujo hacia la cama mientras le succionaba con suavidad el labio inferior. Juntos tiraron del vestido de Rielle hasta que este cayó al suelo.

—Dios mío, Rielle, eres preciosa —murmuró Audric, y la ayudó a recostarse sobre el montón de mantas que había desparramadas sobre la cama.

Con las manos le trazó las curvas de los pechos, de la cintura y de las caderas. La besó en cada una de las quemaduras que había sufrido en la prueba de las sombras y murmuró su nombre contra su piel con más ternura que cualquier oración.

Cuando al fin él colocó las caderas sobre las suyas, Rielle apenas pudo reprimir un grito. Él entrelazó los dedos con los suyos y le presionó suavemente las manos contra las almohadas. Con cada movimiento de sus caderas, una nueva ola de placer se elevaba dentro de ella.

Rielle, temblando bajo las líneas duras y calientes del cuerpo del chico, dijo desesperada:

—¡Por favor, Audric!

—Espera. —La besó en la curva de la barbilla y se apartó un poco—. Espera un momento.

—No, ¡ahora!

—Antes de que lo hagamos...

Ella se percató del tono cauteloso de su voz y lo entendió.

—Tomo un tónico para eso. —Le tocó el rostro con ternura—. No te preocupes, por favor.

Él asintió con la cabeza, bajó la boca hacia la suya y murmuró:

—Te quiero, Rielle. —Y entró en ella con un suave movimiento.

Ella gritó y se apretó contra él. Se sentía imposible y deliciosamente llena. Con una risa entrecortada, le tocó la cara a Audric.

—¿Estás bien? —susurró él.

—Estoy bien. —Se le agarró a los hombros y le sonrió—. No te vayas.

—Nunca. Lo siento si...

—No, no lo sientas. Estoy bien. —Le tocó los labios con dos dedos y soltó una risa temblorosa—. Estoy más que bien.

Él sonrió, le besó la piel suave de debajo de los ojos y empezó a moverse



en su interior. Rielle jadeó y se arqueó contra él.

—Mírame —le pidió él en voz baja. Sus ojos se encontraron, y a Rielle se le hinchó el corazón al ver que él estaba devotamente concentrado en su rostro —. Estoy aquí y te quiero. Te quiero, te quiero.

—Bésame —susurró ella, temblando.

Él obedeció y posó los labios, cálida y lentamente, sobre los de ella, al ritmo de los movimientos de su cadera.

—¿Quieres que pare?

Audric la besó a lo largo del contorno de la mandíbula. Cuando sus dientes le rascaron suavemente la piel, Rielle se estremeció. Cerró los ojos y se movió debajo de él. El placer aumentaba lentamente por su cuerpo, cálido y pausado.

—No pares —murmuró—. Nunca.

—Rielle. ¡Rielle! —Se movió un poco más fuerte contra ella y la voz se le oscureció—. Dime lo que quieres, y lo haré.

Ella se retorció mientras él la agarraba con suavidad y suspiró.

—Quiero oír qué es lo que tú quieres. Ese es mi deseo.

—Quiero que te deshagas en mis brazos. Quiero que olvides tus miedos, tus preocupaciones, cualquier oscuridad que ronde tus pensamientos.

Le deslizó una mano por el cuerpo, bajó hasta sus caderas unidas y la acarició entre las piernas.

Rielle soltó una maldición y golpeó la palma contra la cama para buscar a tientas algo donde agarrarse. La mano de Audric encontró la suya y se la sujetó.

—¿Qué más quieres? —murmuró ella, y levantó la mirada hacia él. Movié las caderas contra las suyas.

—Quiero... —Se le quebró la voz.

Negó con la cabeza y se estremeció cuando Rielle le recorrió el brazo con la mano. Ella se llevó la mano de Audric a la boca y le besó la palma.

—Quieres hacerme gritar.

Él emitió un sonido leve y ahogado. Sacudió las caderas con fuerza.

—Dios mío, sí —gruñó.

—Más deprisa, entonces. —Rielle le tocó los labios con el pulgar. Cuando él lo acogió en su boca y cerró los ojos, ella se estremeció, sonrió y enrolló la pierna alrededor de la suya. Podría quedarse observándolo así para siempre: ver cómo se perdía dentro de ella, cómo se desarmaba en sus brazos—. Por favor, Audric.

Él obedeció, pero su dulzura asombró a Rielle. Audric le soltó la mano y, con la suya, le envolvió el rostro. A continuación, la bajó hasta sus pechos y se los acarició. El dulce dolor que Rielle sentía al tener a Audric en su interior le recorría la piel en olas trémulas. Se arqueó hacia sus caricias y cerró los puños para agarrarse a las mantas.

Dejó escapar un pequeño gemido agitado.

—Audric, ¡por favor...!

Él, con las manos temblorosas a su alrededor, le murmuró en el hueco de la garganta:

—Sí, Rielle. ¡Sí! Así.

El ronco deseo que Rielle oyó en su voz la hizo arder. Cuando ella le pasó las manos por el pelo y le tiró con fuerza de los rizos, él gritó contra su cuello. Aquel sonido desesperado y completamente masculino fue su perdición. La hizo girar en espiral hacia arriba, más y más alto, hasta que cayó sobre la cama, palpitando de un placer dorado. Se aferró a Audric, inerte y sin fuerzas, con la visión borrosa y vibrante, y le acarició el pelo mientras él ralentizaba el ritmo de sus caderas.

Entonces, con el peso sólido de Audric sobre ella —con sus labios en el pelo, su voz ronca de amor y con su propio cuerpo sintiéndose dichosamente débil—, Rielle observó las llamas brillantes y chispeantes de su habitación sin ningún miedo en el corazón y no pensó en Corien en absoluto.

## Eliana

«¿Habéis visto al Lobo? ¿Habéis hablado con él? Tiene una luz funesta en los ojos. Basta con mirarlo a la cara durante medio minuto para ver que ha sido despedazado y recosido más veces de las que nadie debería serlo jamás.»

Interrogatorio a un desertor anónimo  
de la Corona Roja en los momentos  
previos a su ejecución

Simon las llevó al refugio de la Corona Roja, en lo más profundo de un pinar situado en la base de un precipicio. Se trataba de una pequeña cabaña de troncos, cubierta de musgo y oculta por un enmarañado matorral de árboles.

Tan pronto como Eliana entró, oyó un grito suave y miró a su alrededor justo a tiempo para ver que Remy saltaba de una silla que había junto a un pequeño fogón. Cuando se arrodilló para cogerlo, él la abrazó con tanta fuerza que casi la tiró al suelo.

—Deja de irte sin mí —le susurró Remy en el pelo—. El, me desperté, ¡y tú ya no estabas!

Ella cerró los ojos y le presionó las palmas de las manos contra los delicados huesos de la espalda. Había adelgazado desde que se habían ido de Orlin.

Entonces, mientras él se secaba las lágrimas con la manga, Eliana recordó las palabras de Zahra: «La mujer que creéis que es vuestra madre pero que en realidad no lo es».

El chico que ella creía que era su hermano pero que...

Remy se apartó de ella, con el rostro sucio y surcado de lágrimas, y le dedicó una valiente sonrisa.

—Hob me ha enseñado a usar el fogón. Te prepararé algo para cenar.

Entonces Eliana decidió que Zahra, aunque dijera la verdad, estaba equivocada. Aunque Ioseph, Rozen y Remy Ferracora no compartiesen su sangre, sí que pertenecían a su corazón, y así sería siempre. Si alguien intentaba decirle lo contrario, lo postraría de rodillas a sus pies.

Le secó las mejillas a Remy con los pulgares.

—Solo si también te preparas algo para ti.

Mientras él corría hacia el fogón, Eliana vio que Hob, al otro lado de la habitación, acomodaba a Navi en una pequeña cama.

—¿Camille está bien? —le preguntó Eliana.

—Cuando nos fuimos, ella y su gente estaban sanos y salvos —contestó Hob—. Simon dejó a aquel asesino de Invictus cojeando por las calles en la noche.

A Eliana se le cayó el alma a los pies.

—Rahzavel. ¿Simon no lo mató?

—Por desgracia, no.

Ella cerró los ojos.

—No descansará hasta encontrarme.

—Bueno, al menos ahora no está aquí. Puedes agradecersele a Simon.

Eliana se negó a reconocerle el mérito.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué hay de Patrick?

—Simon se llevó unos cuantos golpes en la lucha, así que quise ayudarlo a poner al chico a buen recaudo. —Hob le sonrió a Remy—. Tu hermano es muy agradable.

En el catre, Navi se movió y gimió. Hob escurrió un paño en un cubo de agua y lo puso sobre la frente de la chica.

—¿Habías visto algo parecido antes? —le preguntó Eliana.

Hob tenía el rostro tenso y furioso.

—No. No sé lo que es y no estoy seguro de querer saberlo. —Tapó a Navi con un edredón hasta la barbilla y se lo remitió alrededor del cuerpo—. Camille me pidió que te preguntara por Laenys. Su ayudante desaparecida. ¿También se la había llevado Fidelia?

«Laenys.» Se había olvidado por completo de buscar a la chica.

Eliana negó con la cabeza y esperó que Hob no le pudiera ver la verdad en la cara.

—No hubo tiempo para buscarla. Lo siento.

—¿Sabes lo que hace Fidelia ahí? ¿Has descubierto por qué secuestran a las chicas?

—No, pero lo que oía desde mi celda...

—Tranquila. No hace falta que me lo cuentes, Terror. —No dijo la palabra con ningún tipo de malicia, solo con una profunda tristeza—. Deberías descansar. Cuando Simon regrese, os iréis enseguida.

«Simon.»

Eliana se volvió y lo buscó por la habitación, pero ya no estaba.

Tuvo que contenerse para no arrojar a *Arabeth* contra la pared.

—¿Adónde ha ido?

—A reunirse con un contacto en la frontera que os ayudará a cruzar el mar Angosto hasta Astavar —dijo Hob.

Eliana empezó a desprenderse de los cuchillos.

—¿Tienes ropa para mí? Que no sea un traje de prisionera, a ser posible.

—No te irás otra vez, ¿verdad? —preguntó Remy enseguida.

Ella le dirigió una pequeña sonrisa.

—No me voy. Llevo una semana encerrada en una celda, solo quiero salir y tomar un poco el aire.

Así también vería a Simon antes que los demás. No lo dejaría pasar hasta que no consiguiera las respuestas que se merecía.

\* \* \*

Zahra llegó dos horas más tarde y, sin previo aviso, se materializó junto a Eliana. Esta soltó una maldición y dio un brinco sobre el tocón en el que estaba sentada. Bajo los árboles sombríos, la sonrisa negra del espectro apenas era visible.

—Hola, mi reina. Quiero decir... Eliana.

—La próxima vez —siseó la chica, acomodándose de nuevo—, avísame de algún modo antes de aparecer así en el aire.

—Me llena de alegría ver que estás bien, sobre todo teniendo en cuenta que nos hemos separado en un momento tan extremo.

Eliana suspiró con fuerza.

—Sí. Gracias.

—¿Gracias por qué?

A pesar de que estaba irritada, Eliana dibujó una sonrisita.

—Me harás decirlo, ¿no?

—Me he arriesgado mucho al combatir con Semyaza —señaló Zahra—. Aunque lo haría de nuevo con mucho gusto para servirte.

—Gracias, Zahra —dijo Eliana con un movimiento de mano—, por luchar contra Semyaza para que Navi y yo hayamos podido escapar. Tu lealtad y tu valentía son dignas de elogio.

La figura espectral brilló de satisfacción.

—Acabas de hablar como una reina, Eliana. Con razón dicen que la sangre no miente.

—No quiero hablar de mi sangre —espetó Eliana.

—Como desees... —Zahra hizo una pausa—. Sin embargo, en algún momento tendrás que hacerlo.

Eliana miró hacia los árboles.

—¿Y qué pasa si no me creo lo que afirmas?

—Te olvidas de que en la celda estuve dentro de tu mente —dijo Zahra con

suavidad—. Creo que desde hace tiempo sabías que había algo en tu pasado que no cuadraba. Que no eras como los que te rodeaban. En primer lugar, tu cuerpo tiene la habilidad de curarse a sí mismo.

Eliana se volvió hacia ella.

—Escúchame bien, espectro. Quizá tengas el poder de entrar en mi mente, pero no volverás a hacerlo, a no ser que en algún momento futuro yo te lo pida. Hasta entonces, no mencionarás ni una sola vez a la Reina Sangrienta, al Alumbrador ni a la persona que crees que soy. ¿Queda claro?

Zahra inclinó la cabeza.

—Por supuesto, Eliana. Respetaré tus deseos.

—Gracias.

Estuvieron sentadas sin hablar durante mucho rato, con el bosque silencioso y oscuro a su alrededor.

—¿Sabes lo que le hicieron a Navi? —preguntó Eliana al fin.

—Desearía no saberlo —contestó Zahra—. A lo largo de los años, desde la Caída de la Reina Sangrienta, el Emperador ha llevado a cabo varios experimentos con la intención de conseguir la resurrección sin su ayuda. Medicamentos, drogas, procedimientos quirúrgicos, manipulación de lo que él llama genética...

—¿Qué es eso?

—Para decirlo de forma sencilla, es la estructura básica de todo ser viviente. No se trata del empirio, ya que ni siquiera el Emperador puede tocarlo, por mucho que eso lo desespere, pero aun así es efectivo.

Eliana negó con la cabeza.

—Y ¿para qué lo usa?

—Está creando cosas —murmuró Zahra— con la ayuda de sanadores que le ofrecen sus conocimientos a cambio de la seguridad de sus familias. Se trata de criaturas que no son ni humanas ni animales. Se llaman reptadoras. Son monstruos, Eliana. «Mutaciones» es la palabra que he oído usar a los médicos del Imperio. Un ejército de ellas se dirige a Astavar.

Eliana, con la boca seca, miró fijamente a Zahra.

—No lo entiendo. Tiene todo un regimiento de adatrox, una marabunta que ha devorado el mundo. ¿Por qué hace eso?

—Existen muchas maneras de infundir miedo en el corazón de aquellos a los que conquistas —respondió Zahra muy seria—. La constante existencia de la Corona Roja carcome al Emperador, al igual que la resistencia de Astavar. Es una persona creativa. Mientras haya humanos libres, él inventará nuevos horrores hasta que nadie tenga fuerzas para luchar.

—¿Y solo quiere a mujeres y chicas? —A Eliana le dio un vuelco el estómago—. ¿Por qué? Si lo que busca es un ejército, ¿no sería más lógico secuestrar a hombres corpulentos?

—Eso no lo sé.

—Y ¿qué le ha pasado a Navi? ¿La estaban convirtiendo en...? —No pudo acabar la pregunta.

—Por el estado en el que se encuentra, me parece que solo pasó por las primeras fases. No por la de transformación, pero tampoco le faltaba demasiado... —Zahra se quedó en silencio y, a continuación, susurró—: Simon se acerca.

Eliana se puso tensa.

—¿Viene solo?

—Sí. —De repente, el aire que rodeaba a Zahra se encontraba cargado—. Ha estado en conflicto con los ángeles.

Eliana cogió a *Arabeth* y se puso en pie de inmediato.

—Has dicho que estaba solo.

—Lo está, pero... —Zahra cerró los ojos, se estremeció y emitió un grave sonido de dolor—. ¿Cómo puede soportarlo? Jamás hubiera imaginado que...

—¿Cómo puede soportar el qué? —Eliana echó un vistazo a los árboles.

—Su mente tiene muchas cicatrices —susurró el espectro, con los ojos aún cerrados—. Son muy profundas. ¡Cuánto deben de dolerle!

—¿Qué tipo de cicatrices? Explícamelo con palabras reales y corrientes.



—Alguien le ha hecho daño. Mucho. Una y otra vez. Lo noto a medida que se acerca. No intento invadir sus pensamientos, Eliana. Pero, cuando la mente de alguien ha sido tan absolutamente maltratada, los espectros no podemos evitar sentirlo.

Zahra se situó con rapidez tras Eliana.

—Ten cuidado con él —susurró—. Ya casi ha llegado. Si lo deseas, puedo esconderte. He recuperado la fuerza suficiente para unos segundos.

—¿Que tenga cuidado con él? ¿Por qué?

—No se puede confiar por completo en un hombre con tales cicatrices, ya que las heridas ocultan parte de su verdad, incluso para una criatura como yo.

Eliana entornó los ojos.

—¿Quieres decir que no puedes leerle los pensamientos?

Zahra negó con la cabeza.

—Sé que está cerca y que vive con un dolor que no comparte con nadie, pero no puedo ver más que eso. Eliana, no sabía que Simon era así. Jamás habría confiado en su palabra... ¡Ay, deja que te esconda de él, por favor!

—No. —Eliana divisó un leve movimiento entre los árboles. El corazón le latía con fuerza—. Hablaré con él.

—No me verá —susurró Zahra—. Tú eres la única humana que puede.

Eso la sorprendió.

—¿Por qué?

—Nadie más tiene el poder suficiente. Desde la Caída, todos tenéis los ojos cerrados al empirio...

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? —Simon emergió de entre los árboles, se apartó la capucha y se quitó la máscara—. Deberías estar descansando.

Eliana se sacudió de encima los nervios producidos por el miedo de Zahra y se dirigió a él con paso airado.

—Te estaba esperando.

Él se detuvo y la miró acercarse.

—¡Vaya! ¿A qué debo el placer de disfrutar de un encuentro privado con el

Terror de Orlin?

Eliana pasó junto a él y se dirigió hacia los árboles. Cuando su hombro rozó el brazo de Simon, aquel contacto la atravesó, de hombro a barriga, como una flecha caliente.

—Ven.

—Un encuentro ilícito en el oscuro bosque —murmuró él, yendo tras ella—. Mis sueños más secretos se han hecho realidad.

Ella permaneció callada hasta que se habían alejado unos cuantos cientos de metros del refugio. Entonces se detuvo, sin mirarlo y con los brazos rígidos a los costados.

—¿Qué era el edificio donde me tuvo presa Fidelia? —preguntó con voz tensa.

—Unos laboratorios —contestó él enseguida.

Ella se volvió y se armó de valor.

—Para hacer experimentos con las mujeres capturadas.

—Sí.

—Donde las convierten en reptadoras, gracias a los estudios genéticos del Emperador.

Un destello de sorpresa le cruzó el rostro a Simon.

—¿Con quién has hablado?

Detrás de Eliana, Zahra masculló con voz grave:

—Con alguien que la protegerá a toda costa.

Simon desenvainó la espada que llevaba en el cinturón.

—¿Quién hay ahí? Muéstrate o te destripo.

Así que Zahra tenía razón. Él no podía ver al espectro, pero sí oírlo.

—Sí que he hablado con alguien —contestó Eliana—. Con alguien que me ha dicho que sabías lo de Fidelia desde el principio. Sabías quiénes eran y lo que hacían. Sabías que se habían llevado a mi madre y dónde buscarla. No se encontraba en los laboratorios en los que yo estuve presa, sino en algún otro sitio..., y no me cabe duda de que, ya que eres el poderoso Lobo, sabes

exactamente dónde encontrar a Fidelia a lo largo de todo el país. En lugar de contarme todo eso, me hiciste dar vueltas como una tonta y me mantuviste desinformada, cuando tú estabas al corriente de lo que le estaba pasando.

Simon se había quedado helado, con la espada aún en el aire.

—Tu silencio —dijo Eliana mientras la ira se le elevaba rápidamente en el pecho— es la única confirmación que necesito.

—Hice lo que se me había ordenado —se defendió él, con la voz hecha de piedra.

Ella soltó un sonido desdeñoso.

—Supongo que fueron órdenes del poderoso profeta.

—El profeta ve muchas cosas y guía todos mis pasos.

Ella le dio la espalda. Estaba tan furiosa que no podía hablar.

—Si le das una estocada —dijo Zahra en voz baja—, yo no intentaré impedirte. Me aseguraré de que los demás no oigan el ruido.

—No quiero hacerle daño —dijo Eliana—. Aún no.

Simon tenía la voz tensa de frustración.

—¿Con quién estás hablando?

Zahra dio vueltas a su alrededor. Era el eco de más de dos metros de alto de la mujer que había sido.

—Si sigues disgustando a mi reina —estalló, vibrando de ira—, te fulminaré aquí mismo.

—¿Quién eres? —espetó Simon—. ¡Muéstrate!

—Tus ojos no son dignos de mí, Lobo.

Simon se calmó y se le aclaró el semblante.

—Zahra. El espectro que nos hace de espía.

Esta emitió una risa aguda.

—No trabajo para vosotros, sino para mi reina.

—No sé por qué me llama eso —susurró Eliana—. Dice que... —Soltó una carcajada temblorosa.

Tras ella, Simon envainó la espada. Eliana oyó que, lentamente, se le

acercaba.

—Dice que eres la Reina Solar —continuó él muy bajito.

Ella se dio la vuelta para mirarlo. Las sombras le dibujaban nuevas cicatrices en la cara, pero sus ojos eran claros y agudos, incluso bajo aquella luz tan tenue. En ellos, Eliana vio una chispa de algo... De pena, le pareció, y una convicción ardiente.

—Dice que eres la que se alza —continuó—, que eres Furyborn, nacida de la ira. Que eres la hija del Alumbrador y que hará cualquier cosa para protegerte. —Dudó mientras movía los músculos de la mandíbula—. No es la única.

—Entonces, si tanto te preocupas por mí, dime la verdad. —La voz de Eliana fue un duro susurro—. Deja de mentirme.

—Hace unos meses —dijo él, moviéndose entre los árboles—, oí hablar acerca de una cazarrecompensas llamada el Terror de Orlin. Los rumores decían que acumulaba un impresionante número de asesinatos. De hecho, uno de los más elevados del Imperio. —Se detuvo y se volvió hacia Eliana—. Una chica invencible.

Eliana lo miró y esperó. Tenía el cuerpo tan tenso que temía romperse.

—Al principio, solo fueron habladurías estúpidas que descarté —continuó—, pero seguí oyendo lo mismo una y otra vez. Cuando se lo dije al profeta, se me ordenó que investigara. Iría a Orlin, encontraría a esa tal Terror y la observaría. Si no veía nada extraordinario, llevaría a la princesa Navana al norte, tal como indicaba mi misión original. Pero los rumores eran ciertos. En cuanto vi tu cara, te reconocí, Eliana.

Su voz adquirió un tono tan áspero que el miedo invadió lentamente a Eliana. Tanto si lo que le estaba contando era una locura como si no, él se lo creía.

—¿Cómo es posible que me reconocieras? —preguntó ella—. Antes de aquella noche en Orlin, jamás nos habíamos visto, y...

—Conocí a tus padres —la interrumpió Simon con suavidad—. Los vi en tu

rostro con tanta claridad como veo el sol alzarse al alba.

La muchacha se alejó de él. La verdad se le iba instalando lentamente en la cabeza.

—No pretendías que te ayudase a llevar a Navi a Astavar. No me necesitabas para eso.

—No. Cuando te encontré, mi misión de llevar a Navi a casa pasó a un segundo plano para poder mantenerte a salvo. Lo primordial —dijo acercándose a ella con urgencia— es mantenerte a salvo. La vida de Navi. Mi vida. La Corona Roja. Nada importa.

Ella lo miró fijamente, horrorizada. Zahra le murmuró al oído:

—Tiene razón, Eliana. No debemos confiar plenamente en él, pero al menos esto es verdad.

Simon lanzó una mirada irritada hacia donde estaba Zahra.

—No es culpa mía que tus ojos humanos no sean lo suficientemente fuertes para verme —dijo el espectro con superioridad—. De nada sirve que frunzas el ceño.

—No lo entiendo —susurró Eliana—. Esto es absurdo.

Simon se detuvo justo antes de tocarla.

—¿Por qué crees que tu cuerpo tiene esas capacidades? Llevas años mintiéndote, y entiendo por qué, pero es hora de afrontar la verdad.

Ella levantó la barbilla y titubeó.

—He tenido suerte, eso es todo.

—No te lo crees. —Entonces sí la tocó. Le acarició la mejilla con tanta suavidad que ella solo sintió un cálido susurro—. Es tu poder, Eliana. El poder que heredaste de tu madre. Al fin está despertando, y cuando lo haga...

Un grito atravesó la noche, seguido por la voz de Remy.

—¡Está aquí, El!

Se oyó una piedra estrellarse contra un cristal.

Una luz naranja y brillante se encendió entre los árboles e iluminó la terrible verdad.

El refugio estaba en llamas.

Una silueta familiar se encontraba de pie ante él, mirando hacia los árboles y con una antorcha ardiente en la mano.

Simon soltó una maldición.

—¡Tictac, tictac! —gorjeó Rahzavel—. ¡Todos te estamos esperando, Terror! ¡Ven a jugar!

## Rielle

«Marzana vagó por la glacial tundra kirvayana en busca de consuelo. No se atrevió a tocar a nadie por miedo a quemarlo y deambuló sola durante meses hasta que encontró un bosque fresco y verde dentro de un cañón de hielo. El fuego ardió en su corazón y, mientras se calentaba los pies, un pájaro de fuego con los ojos rojos emergió centelleante de las llamas. Entonces Marzana no tuvo miedo.»

Libro de los santos

Después de que los acólitos de Tal le quitaran la venda de los ojos, Rielle salió de su tienda y subió a una plataforma de piedra. Una capa de plumas le cubría los hombros.

Un muro de sonido se estrelló contra ella: vítores, voces que gritaban su nombre, campanillas que repiqueteaban... Para confeccionar el traje final de Rielle, Ludivine se había inspirado en el pájaro de fuego de santa Marzana. Un mono escarlata con bordados de llamas doradas se le ceñía a las curvas del cuerpo. De los hombros le caía una espectacular capa de tres metros diseñada para que pareciera que tenía unas alas que se arrastraban. Las plumas, que eran de color violeta, bermellón y ámbar brillante, cubrían la capa desde el broche hasta el dobladillo. Ludivine le había recogido el pelo en un alto moño emplumado, se lo había empolvado de dorado y le había pintado las mejillas con unas espirales carmesíes.

Rielle inspiró profundamente y echó un vistazo a su alrededor.

La habían llevado a un estrecho valle entre las herbosas estribaciones septentrionales del monte Sorene, situado al este de la ciudad. Las gradas de los espectadores se habían erigido a lo largo de las crestas rocosas que coronaban las laderas, pero la mayoría de la gente estaba de pie, tras las barandillas de seguridad para ver mejor. Desde todas partes, centelleaban sobre ella destellos dorados: banderas de la Reina Solar, colgantes y forjaduras de juguete en forma de sol que los niños agitaban al compás de sus aclamaciones.

Al final de la plataforma, una escalera conducía a un enorme laberinto circular hecho de piedra y madera. El arconte la esperaba al final de la escalera, donde también se encontraba Sloane, con los ojos rojos y temblando.

Sujetaba el escudo de bronce de Tal.

El terror, como si de una fuerza física se tratara, invadió a Rielle.

—Sloane, ¿por qué tienes la forjadura de Tal?

—Él está en el laberinto —contestó ella con voz ronca—. Atado... y esperándote.

—Antes de que me acuséis de nada —dijo el arconte—, fue idea del maestro Belounnon, no mía.

De repente, Rielle se sintió tremendamente pequeña bajo su pesada capa.

—No lo entiendo.

—Creyó que te ayudaría verte forzada a enfrentarte a la muerte por fuego una vez más, al igual que hiciste el día que murió tu madre —explicó Sloane—. Ya que no pudiste salvarla a ella, ahora tienes la oportunidad de salvarlo a él. —Las lágrimas se le desbordaron—. Dijo: «Dile que tener miedo está bien, pero que esta vez el temor no debe vencer. Dile que ella es más fuerte que cualquier llama».

La puerta que había al final de las escaleras se abrió y mostró un estrecho camino de tierra situado entre unas paredes de madera de unos tres metros y medio de alto.

Rielle, consternada, fijó los ojos en el sendero. Los gritos de la multitud le



retumbaban en los oídos.

—Encontraréis al maestro Belounnon en el corazón del laberinto —le explicó el arconte, y señaló una estructura que había en el lejano centro de aquella construcción—. Cada vez que llegéis a un callejón sin salida, sus acólitos prenderán fuego a una de las secciones del laberinto que lo rodean.

El mundo desapareció, y Rielle quedó a la deriva. Fulminó al arconte con la mirada.

—¿Cómo lo habéis permitido?

El arconte tenía el semblante muy serio.

—El maestro Belounnon insistió.

—¡Tendríais que haberlo detenido!

Un cuerno sonó desde las gradas que se encontraban sobre sus cabezas.

Rielle estuvo a punto de abalanzarse sobre el arconte.

—¡Al menos dejad que le lleve su forjadura!

—Nos pidió que la guardase su hermana —contestó él.

El cuerno sonó por segunda vez. En el laberinto, unas sibilantes serpientes de fuego cobraron vida a lo largo de tramos aleatorios en la pared.

Rielle se arrancó la capa y la arrojó al suelo. Algunas plumas volaron en el aire. Con las palmas de las manos ardiendo, avanzó hacia el arconte.

—Si muere —dijo ella entre dientes—, os arrancaré del cuerpo cada centímetro de piel.

Él ni se inmutó.

—Si muere, lady Rielle, solo podréis culparos a vos misma. El laberinto arderá enseguida. Os recomiendo que corráis.

El cuerno sonó por tercera vez. La muchacha le lanzó una mirada desesperada a Sloane y, a continuación, se apresuró a bajar la escalera y entró en el laberinto.

## Eliana

«La llamaban el Terror sin saber que, tras esa máscara, esa capa y esa sonrisa pintada, era simplemente una chica. Una chica con un corazón que ardía por las ansias de sangre.»

*La terrible historia del mortífero y oscuro Terror,*  
de Remy Ferracora

Eliana agarró a *Arabeth* y a *Silbador* y se abalanzó hacia delante, pero justo entonces algo le tiró del brazo izquierdo hacia atrás.

Se dio la vuelta y vio a Simon.

—¡Suéltame!

—No. —Él la sujetaba con fuerza—. Déjalos.

—¿Estás loco? ¡Es mi hermano!

—Su vida no es nada comparada con la tuya. —Simon echó un solo vistazo al refugio. A Eliana le pareció ver en sus ojos el fantasma del arrepentimiento—. Vamos.

La chica se retorció salvajemente en sus manos.

—¡Te mataré!

—No lo creo. —Tiró de ella para acercarla más a él—. Te intriga lo que he dicho. Quieres saber más.

Ella le escupió en la cara. Simon se rio entre dientes.

—Te pareces tanto a ella... —masculló de forma sombría.

—Me parezco a mí misma —siseó Eliana— y a nadie más.

Le dio una patada en la rodilla y le lanzó a *Silbador* al estómago, pero él lo

esquivó lo bastante rápido para evitar lo peor. Ella quedó libre y empezó a correr, pero Simon la atrapó de nuevo. El pánico la volvía torpe. Oyó unos alaridos aterrizados que provenían del refugio y gritó una furiosa maldición.

—Eso es. —Simon se esforzaba por sujetarla y reía sin aliento—. Enfurécete conmigo, Eliana. Lucha contra mí. Te estoy impidiendo que vayas con tu hermano. Estoy permitiendo que sufra.

—¡Suéltame!

—No puedes ignorar tu destino para siempre. Deja que se eleve, deja que la ira te invada. ¡Despierta!

Ella gruñó:

—Te lo he advertido. —Entonces le dio un rodillazo en la ingle.

Él se tambaleó y la soltó.

Eliana se dio la vuelta y echó a correr.

—¡Zahra! —gritó.

—Aquí estoy —contestó el espectro, que salió de inmediato de entre los árboles y se puso a su lado. Su figura vacilante parpadeaba.

—Te esconderé de él todo el tiempo que pueda.

Juntas salieron corriendo de los árboles y pasaron junto a Rahzavel, que estaba de pie mirando al bosque con ojos de loco. Eliana se quedó paralizada frente a la puerta del refugio. Las llamas trepaban hacia el techo. A ambos lados, los árboles crepitaban por el fuego. Ella se arrancó la chaqueta, se la enrolló en una mano y la alargó hacia la puerta, pero justo entonces se derrumbaron unas vigas sobre su cabeza. Saltó hacia atrás y empezó a toser.

—¡Aquí!

Zahra, a pocos metros de distancia, le hizo señas. En el suelo había enterrada una puerta de madera, cubierta de musgo y tapada con montones de piedras. Se trataba de un sótano tan bien bloqueado que era imposible que Remy y los otros pudieran escapar por allí.

Eliana corrió y empezó a apartar frenéticamente las rocas.

—¡Dime qué está pasando!

Zahra miró al otro lado de la casa.

—Simon está luchando con el atacante. ¿Quién es ese hombre?

—Rahzavel. —Eliana arrancó un pedazo de musgo de las bisagras de la puerta.

Zahra murmuró con desaprobación:

—Es de Invictus.

—Sí. —La puerta estaba atrancada. Eliana apoyó el pie contra el marco y tiró de ella con fuerza—. ¡No puedo abrirla!

—¿El? —sonó una voz tras la madera—. ¿Eres tú?

—¡Estoy aquí! ¡La puerta está atascada! —Eliana tiraba con fuerza, con cada músculo del cuerpo en tensión—. Cuando os diga, empujad desde dentro tú y Hob. ¿Preparados?

La voz de Hob emergió débil.

—¡Preparados!

—Uno... dos... ¡tres!

Ella tiró con todas sus fuerzas, y al fin la puerta cedió. La lanzó a un lado y alargó los brazos hacia abajo para coger a Remy. Hob lo impulsó hacia arriba y después hizo lo mismo con Navi. Todos tosían y tenían la cara manchada de negro a causa del humo. Remy se aferró a un costado de Eliana. Hob, con semblante serio, se colocó a Navi sobre el hombro.

Miró a Eliana.

—¿Qué hacemos ahora?

—Debemos irnos de inmediato —los alertó Zahra, con la figura trémula—. Simon está casi acabado y, cuando lo remate, Rahzavel nos encontrará. Mis fuerzas fallarán en cualquier momento.

Hob abrió unos ojos como platos.

—¿Quién ha dicho eso?

Eliana se volvió y trató de ver a través del humo. Zahra tenía razón: Simon estaba gravemente herido y tenía una mano en el costado. Rahzavel le arrebató de un golpe la espada y le dio una patada en la herida. Simon aulló de forma

agónica, le fallaron las rodillas y cayó al suelo. Su oponente estaba de pie sobre él, con una sonrisa demencial que se le hendía en las mejillas.

Eliana apretó la mandíbula para reprimir la ardiente ola de vergüenza que sentía en el corazón y apartó la mirada.

—Entonces iremos hacia el norte, hacia el mar Angosto.

—Pero ¿no podemos! —Remy le tiró del brazo—. ¡Matará a Simon!

—Y a nosotros no. —Eliana miró a Hob, que asintió una vez con la cabeza—. Vamos.

Agarró con fuerza a Remy de la mano y corrió hacia el bosque. Lo vio mirar hacia atrás una sola vez, con los ojos brillantes de lágrimas, pero no se permitió hacer lo mismo.

## Rielle

«Estudiantes míos, por favor, sabed que escojo renunciar a mi forjadura y atarme a mi propio laberinto. Lo hago por dos simples razones: confío en Rielle Dardenne y la quiero.»

Carta escrita por el gran maestro Taliesin Belounnon  
a los acólitos de la Pira,  
19 de junio, año 998 de la Segunda Edad

Cuando Rielle entró en el laberinto, los vítores de la multitud se atenuaron. Y las puertas se cerraron de golpe tras ella.

Siguió corriendo por el camino; la hierba seca crujía bajo sus pies.

«El laberinto arderá enseguida.»

Rielle sabía que ya ardía porque olía el humo. Pero ¿de dónde provenía?

Trepó por la pared más cercana y, cuando ya casi había llegado a lo más alto, un potente nudo de fuego cayó desde las gradas. Este golpeó la madera y la hizo caer de espaldas al suelo. Rielle, con la cabeza dándole vueltas, vio que las llamas se extendían a lo largo del muro.

Trepar quedaba descartado.

Se puso en pie y empezó a correr.

La estructura que contenía a Tal estaba justo en el centro del laberinto. Llegó a una trifurcación del camino: había tres ramales. Uno a la izquierda, uno a la derecha y uno que seguía hacia el centro. Pensó con rapidez. Si había trazado el mapa correctamente, el camino de la derecha la conduciría a la pared exterior... y a un callejón sin salida. El del centro bordearía el laberinto.

Giró a la izquierda y oyó un débil estallido de aclamaciones proveniente de arriba, de la lejana multitud.

Sonrió aliviada.

Había elegido la opción correcta.

Corrió por un pasillo cuyas paredes estaban cubiertas de llamas. La madera crepitaba y llovían brasas a lo largo del camino. La bilis le subió por la garganta, junto con un sabor ahumado y negro que hizo que se le revolciera el estómago. El gusto de la ceniza le había permanecido en la lengua durante semanas tras la muerte de su madre.

Más adelante, vio una puerta en la pared de la izquierda que tal vez la llevara al centro del laberinto.

Agachó la cabeza para pasar por ella, giró a la derecha, corrió, dobló a la izquierda... y patinó hasta detenerse.

Una pared de piedra le bloqueaba el paso.

Fuera del laberinto, el cuerno sonó una vez más.

Rielle miró hacia arriba justo en el momento en el que tres nudos de llamas trazaban un arco en el cielo. Se estrellaron contra el laberinto con un impacto parecido al de unos puños golpeando un cristal.

La multitud gritó sobrecogida.

«Tal.»

Rielle se dio la vuelta y volvió corriendo por donde había venido. Las lágrimas le ejercían cada vez más presión tras los ojos. Al doblar la esquina, el camino que tenía delante entró en erupción.

Gritó, levantó un brazo para protegerse la cara y tropezó contra la pared que había detrás.

«¿Dónde está tu madre, Rielle?

»¿Qué has hecho, Rielle?»

Con las manos en las rodillas, se dobló sobre sí misma y se obligó a respirar hasta que el recuerdo de la voz agitada de su padre se desvaneció.

«¿Corien?» Con cautela, intentó contactar con él mentalmente. No le había

dicho nada desde que se había llevado a Audric a la cama, y ella no se había atrevido a hablarle. Pero las furiosas llamas que devoraban el camino que se extendía ante ella hacían que se sintiera minúscula y frágil. Se desmoronaría a causa del calor.

Cerró los ojos con fuerza. Había trabajado con Tal durante años. Había manipulado antorchas, velas y fuegos de chimeneas. Pero estas llamas eran distintas: eran salvajes y vengativas. Apenas podía respirar, el calor le robaba el aire.

«¿Estás ahí? Por favor, Corien, ayúdame.»

Sonó otro cuerno.

Levantó la mirada y vio que otros tres arcos de fuego cruzaban el cielo.

—¡No! —gritó.

Los chillidos de la multitud le hicieron eco.

Se volvió para enfrentarse a las llamas que le bloqueaban el paso. Un gemido de miedo le golpeaba la garganta. Extendió las manos sin pensar.

El fuego se abrió, y un camino carbonizado de unos seis metros quedó despejado ante ella. Pero, a continuación, este se derrumbó y las llamaradas se reconstituyeron.

Las manos le temblaban. Se secó el sudor de los ojos. No podía pensar, no podía buscar el empirio entre esas llamas que la agobiaban; no era capaz de razonar sabiendo que Tal estaba atrapado.

Pero tenía que hacerlo como fuera. Como fuera...

Cayó de rodillas, mirando con ojos empañados las llamas que se alzaban. Los olores del humo y de la magia de los empuñafuegos, ambos penetrantes, le tallaban surcos acres en la garganta.

«¡Detenlo, Rielle!

»¡Tu madre aún está dentro, Rielle!»

Cerró los ojos y se agachó, lista para correr. ¿Qué era lo que Tal siempre le había enseñado? La plegaria estabiliza la mente.

«Ágil fuego —rezó—, no ardas con furia ni abandono.»



A través de las pestañas, miró rabiosa las llamas. Desenfocó los ojos y, con cada palabra conocida, inspiró y expiró.

El mundo titilaba en oro.

«A no ser —remató— que yo te lo ordene.»

Se levantó del suelo y echó a correr, empujando toda su ira y su dolor hacia delante como una ola. Cuando se acercó al fuego, este se rompió, y las llamas se retiraron paredes arriba para dejarla pasar. Rielle las oyó derrumbarse de nuevo mientras se alejaba a toda prisa y sintió el chasquido del fuego en los talones. Dobló una esquina, luego otra, pasó agachada bajo una puerta y desembocó en un espacio abierto y circular.

Siete puertas idénticas la rodeaban, incluida aquella por la que había entrado. La desesperación la invadió. ¿Por dónde tenía que ir?

El cielo estaba cubierto de humo. Cuando Rielle se arrodilló y cerró los ojos, oyó que tras ella más fuego entraba en erupción: a la izquierda y, luego, a la derecha. Las chispas se esparcían por el suelo.

Hundió los dedos en la tierra e imaginó que todas las gotitas de sudor que le resbalaban por el cuerpo se filtraban en ella y corrían a través de las venas de las rocas como si fueran almenaras vibrantes.

Imaginó que unos nudos dorados recorrían a la velocidad de la luz aquella oscuridad profunda y densa, buscando el fuego. Buscando a Tal.

El calor la inundó, pero no provenía de las llamas.

Provenía del empirio.

Rielle lo sintió elevarse del suelo, atraído por su desesperación. El calor le subió por las piernas y los brazos, se le desplegó en la barriga, le recorrió la columna vertebral y se le aferró a la base del cráneo.

Cuando abrió los ojos, el mundo resplandecía dorado. Una puerta —la segunda a su derecha— brillaba más que el resto. Una voz masculina que gritaba su nombre provenía del final de ese camino dorado.

Rielle parpadeó. El oro se desvaneció y el mundo volvió a ser el mismo de siempre.

Se levantó enseguida del suelo y, corriendo, cruzó la puerta y siguió el camino a la derecha, otra vez a la derecha y, después, a la izquierda. Las llamas trepadoras la rodeaban por todos lados. Por encima del rugido del fuego y de los estallidos del laberinto que se derrumbaba, oía a la multitud animándola. Se obligó a ir más deprisa. Las llamas pasaron por encima de una pared que había cedido y la alcanzaron. Rielle cayó y rodó por el suelo, se puso en pie de un salto y siguió corriendo.

Llegó a otra trifurcación. Tomó el camino de la izquierda. A menos de cincuenta metros, se topó contra una pared de piedra.

El cuerno sonó, y el fuego trazó un arco sobre su cabeza.

Entonces se oyeron tres estallidos. Muy cerca. La pared que Rielle tenía al lado retumbó y crujió.

Se volvió para seguir el sonido, corrió hacia el cruce y, en esta ocasión, tomó el camino de la derecha. Estuvo corriendo durante un minuto a máxima velocidad, con un calambre en un costado. Esquivó una pared que se desplomaba y se protegió la cara de una cascada de chispas. Ahora oía un fuego mayor que rugía más adelante, justo detrás de un montón de escombros que habían sido una pared.

Trepó por allí, apartando a patadas tablones de madera chamuscados, y emergió en un patio circular acribillado de cráteres ennegrecidos. Estos escupían regueros de fuego y, en el centro del patio, rodeado de escombros y de paredes en llamas, se alzaba un edificio que le resultaba familiar.

Era una casa estrecha de tres plantas, no tan grande como cabría esperar para el comandante del ejército real. Estaba pintada de gris, en honor a sus antepasados dominametales, y de verde bosque, en honor a la familia a la que servía.

Eso había dicho él. Pero la madre de Rielle le había contado la verdad: el sensato de Armand Dardenne había ordenado que pintaran la casa de verde porque era el color de los ojos de su hija.

Al verlo todo tan claro, el terror inundó a Rielle.

Se trataba de la casa de sus padres. La habían recreado en el centro del laberinto, y estaba ardiendo.

«¿Qué has hecho, Rielle?

»¡Está muerta! ¡Dios mío! ¡Ayuda! ¡Que alguien nos ayude!»

Pero entonces, Armand Dardenne había vuelto en sí. Había mirado fijamente a Rielle sobre los restos rojos y destrozados del cuerpo de su mujer. Con una expresión de desprecio abyecto, la había observado sollozar hasta que todo lo que la niña había conocido de su padre había desaparecido. Su rostro se había cerrado para ella, y nunca más volvería a abrirse. El hombre había dejado el cuerpo de Marise Dardenne en el suelo, había cogido a su temblorosa hija y había recorrido apresuradamente los túneles subterráneos del castillo para dirigirse a la Pira, a la habitación de Tal.

Este, con cara de sueño y con tan solo diecinueve años, había abierto la puerta, había mirado un momento a Rielle a la cara y le había tendido los brazos.

«Ayúdanos —había dicho su padre con voz hueca—. Ayúdala. No dejes que me la arrebaten.»

—¡Rielle!

El grito distante de Tal la sacudió. Levantó la mirada hacia la casa en llamas y dio dos pasos vacilantes al frente.

—No puedo —susurró. Un calor agudo y desagradable se le extendía por todo el cuerpo—. No, no, no.

Entonces, con un crujido, la pared frontal de la casa empezó a derrumbarse.

Un gruñido ahogado pronunció su nombre, y se apagó.

La chica corrió alrededor de la casa para buscar la entrada trasera a través del humo. Ahí estaba, tal como lo recordaba. Dio una patada a la puerta carbonizada, y esta cedió con facilidad. Cruzó el marco y entró en un mundo de humo negro y de llamas naranjas que brincaban. ¡Qué raro era ver las habitaciones como debían de haber sido! Salvo que ahora estaban vacías: no

había muebles ni decoraciones en las paredes. Solo había llamas y un olor nocivo que le impregnaba la respiración de oscuridad.

Se tapó la cara.

—¿Tal? ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —Su voz era débil—. ¡En la alcoba!

Rielle, trastabillando, recorrió el pasillo principal y llegó a la puerta de la alcoba de su madre. La pared empezaba a ceder y, sobre su cabeza, las vigas chirriaban y crujían.

Empujó la puerta con todo su peso, pero esta no se movió. La golpeó una y otra vez, con la garganta oprimida y los ojos brillantes de lágrimas.

Afuera, tres estallidos monstruosos golpearon el suelo. La vivienda se agitó y las ventanas se hicieron añicos. ¿Acaso los acólitos habían lanzado más fuego?

Frustrada, gritó. En ese instante oyó un fuerte chasquido y se apartó a toda prisa, justo antes de que el techo se derrumbara.

La puerta se desencajó del marco.

—¿Tal?

Rielle gateó hacia la puerta; el fuego le abrasaba las palmas. Se pasó una mano por la cara para quitarse el polvo de los ojos y miró hacia el interior del salón a través del calor que ondulaba el aire.

«Tal.»

Ahí estaba, con las muñecas y los tobillos atados. Atrapado en la esquina más alejada, junto a una ventana rota, cuyo cristal centelleaba en el suelo. Las vigas y los pedazos de yeso del techo caído los separaban, así como una lengua rugiente de fuego.

—¡Tal! —Ella se aferró al marco de la puerta—. ¡Contéstame! ¡Vamos, levántate! ¡Tenemos que irnos!

—No puedo moverme —exclamó él. Tenía la voz destrozada y sibilante—. ¡El techo se ha derrumbado sobre mis piernas!

Ella cayó al suelo.

—¡Apaga las llamas, Rielle! —El maestre tosió con violencia—. ¡Tal como lo practicamos!

Como si fuera tan fácil. Solo una plegaria, solo una lección.

El sonido de las llamas que rugían entre ellos le revolvía el estómago a Rielle. Solo podía pensar en ellas, era incapaz de recordar sus oraciones y, mucho menos, de encontrar el empirio.

«¡Sálvala, Rielle!

»¡Por favor, Rielle! ¡Hazlo! ¡Ahora! Dios mío...»

Cayó de rodillas, con las manos en el suelo y con náuseas en el estómago.

«¡Lo siento, papá! ¡No puedo detenerlo! ¡Mamá! ¡Corre, mamá!»

—No puedo —jadeó—. No puedo detenerlo.

—Claro que sí, Rielle —le gritó Tal—. ¡Escucha mi voz! ¡Confío en ti!

Desde algún lugar de la casa provino un enorme rugido. El suelo tembló. Rielle miró hacia atrás, hacia el pasillo lleno de humo, y vio que el segundo piso se derrumbaba. Su habitación, el estudio de su padre, la sala de música de su madre. Nuevas llamas treparon rugiendo por las paredes. Un gran agujero en el techo mostraba un cielo teñido de humo.

—Rielle, escucha... —La voz de Tal desapareció en un ataque de tos.

—¿Tal?

Él no contestó.

—¡Tal!

Rielle se levantó con piernas temblorosas. Buscó un camino para atravesar el fuego y encontró una brecha que cada vez se hacía más pequeña.

Se dirigió corriendo hacia allí, se sumergió en las llamas y se estrelló en el suelo que había al otro lado. Tal yacía a unos pocos metros, bajo una viga, con el rostro amarillento y empapado en sudor.

Ella gateó hacia su mentor. La cabeza le retumbaba a causa del violento salto que había dado. El calor del fuego le presionaba la espalda hacia abajo como si se tratara de una mano dispuesta a abrasarla.

—Tal, estoy aquí. ¿Tal? —Lo ayudó a sentarse y le abofeteó las mejillas

hasta que sus ojos irritados pestañearon y se abrieron.

Él dibujó una sonrisa.

—Estás aquí. —Le buscó la mano a tientas—. Sabía que me encontrarías.

—Estamos atrapados. No puedo... no puedo llevarte a hombros. Levántate, por favor.

Él jadeó y negó con la cabeza.

—Puedes apagar el fuego.

—Tal, no... —Sus lágrimas cayeron sobre el cuello de Tal. «¡No puedo detenerlo, papá!»—. Si lo intento, será peor, ya lo sabes.

—Lo que sé es que entonces eras solo una niña. Pero ahora... —Le tocó la mejilla—. Ahora eres una reina.

Se le empezaron a cerrar los ojos.

—¿Tal? ¡No! ¡Tal! —Rielle miró con impotencia las llamas que invadían la sala. Intentó llegar al empirio con un débil movimiento de mano—. ¡Apartad! ¡Dejadnos en paz, por favor!

Otra viga cayó a menos de dos metros de ellos. Rielle, sin aliento, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de Tal.

Entonces, su débil voz llegó a su oído.

—Arde firme y sincero, arde limpio y brillante.

El *Rito del Fuego*. Rielle cerró los ojos.

—Arde firme y sincero —repitió con voz quebrada—, arde limpio...

Él le agarró la mano con más fuerza.

—... y brillante. Otra vez, Rielle.

—Arde firme y sincero.

—Piensa —susurró él— en la gente a la que quieres.

—Arde limpio y brillante.

«La gente a la que quiero.

»Ludivine. Tal.

»Audric.»

Sintió que algo cálido le tocaba los dedos de las manos y de los pies.

Desde arriba provino el grito penetrante de *Atheria*: mitad caballo, mitad halcón. Una parte distraída de la mente de Rielle recordó la capa de pájaro de fuego que se había quitado. La visión se le inundó de mil sombras de verano.

—Arde firme —susurró.

—Y sincero —continuó Tal con apenas un hilo de voz.

—Arde limpio. —Ella abrió los ojos y vio que un dorado tenue llenaba la alcoba. El fuego era dorado, las cenizas eran doradas, Tal era de un dorado resplandeciente—. Y brillante.

Rielle parpadeó e inspiró.

Las motas doradas se juntaron, se enrollaron formando nudos y aguardaron.

Rielle exhaló. Unos ardientes puntos de energía le salieron de golpe de las puntas de los dedos, como si fueran agujas que le pincharan la piel para poder escapar. El dorado que inundaba la habitación rodó bruscamente en espirales de luz.

De golpe, el calor que la abrumaba se desvaneció.

Ella parpadeó y tomó una gran bocanada de aire, como si acabara de emerger de debajo del agua.

El mundo volvió a su mente, apagado y normal, a excepción de las miles de plumas que bajaban flotando de las vigas, que volaban en ráfagas por las paredes y que cubrían el suelo en ruinas. Por todos los lugares donde antes había habido llamas, entre los menguantes bucles de humo, ahora bailaban largas plumas bordeadas de naranja y dorado, de violeta y bermellón. Eran los colores de los pájaros de fuego.

—Rielle...

Tal deslizó el brazo por el suelo. Al tocarlas, las plumas salieron volando y volvieron a descender suavemente hasta posarse con delicadeza sobre los montones de brasas que ardían a fuego lento.

Él la miró. Estaba tan maravillado que se le había suavizado la expresión.

—¿Cómo lo has hecho?

Ella cogió una pluma de un rojo especialmente brillante y observó con

emoción y deleite cómo sus puntas finas y mullidas titilaban al tocarlas.

—No lo sé —susurró. Estaba exhausta, pero a la vez sentía la felicidad más perfecta que jamás había experimentado—. Creo que...

Pero las palabras se murieron en sus labios. En aquel momento, una caricia que le resultaba familiar le recorrió la columna vertebral.

«¿Corien? —Le apretó la mano a Tal y miró por toda la casa—. ¿Estás ahí?»

El silencio fue su respuesta. Pero ella no se equivocaba. Notaba su presencia, como si se tratara de una sombra conocida en la oscuridad.

Resonaron unos cuernos distantes, muy marcados y frenéticos. Era una alarma. Ahora que las llamas habían desaparecido, Rielle oía los gritos aterrorizados de la multitud.

«Dios mío.»

—¿Qué ocurre? —Tal la miró a la cara—. Dime algo, Rielle.

«Ahora empieza», murmuró Corien.

Rielle persiguió la sensación de unos labios rozándole los suyos y se tocó la boca.

Con una pequeña sonrisa, susurró:

—Está aquí.



## Eliana

«Queridos hermanos y hermanas, no lloréis mi ausencia, por favor. Quiero que sepáis que estaba en mi sano juicio cuando partí hacia Ventera. Al ser la más pequeña de los cinco, a menudo he sentido que la sombra de vuestra luz me atenuaba. Ahora me toca a mí brillar. Desde el vientre de la bestia, serviré a la causa de libertad y de justicia de la Corona Roja y me esforzaré por conseguir vuestra admiración. Que la luz de la Reina nos guíe a casa.»

Carta de la princesa Navana Amaruk de Astavar  
dirigida a sus hermanos,  
13 de diciembre, año 1014 de la Tercera Edad

Se movieron por el frío bosque durante horas: a lo largo de la noche y al día siguiente.

Cuanto más al norte se encontraban, más pedregoso se hacía el camino, y la tierra suave daba paso a la pálida arena. Ahí, los árboles eran extraños: bajos y larguiruchos, con unas hojas frágiles que siseaban maliciosamente con el viento. Unos túmulos largos y deformes coronados por piedras inestables serpenteaban por el bosque como si fueran venas.

—Estos árboles apestan a muerte —susurró Hob mientras se agachaban cerca de uno de los montículos—. Cómo me alegra dejarlos atrás.

Eliana estuvo de acuerdo, pero ¿adónde irían después? Habían perdido a Simon y, con él, a su enlace, su medio para cruzar el mar Angosto.

Tras varias horas de marcha, decidieron parar a descansar y se acurrucaron

bajo un saliente cubierto de musgo que había en la ladera de una colina. Navi había perdido el color del rostro y tenía la piel aceitosa por el sudor. La colocaron en el suelo y le apilaron hojas encima para dar calor a su cuerpo tembloroso.

Ella levantó una mano débil.

—¿Eliana?

La chica se la cogió y se sentó a su lado.

—Estoy aquí. No te preocupes. Ahora todo irá bien.

Navi sonrió sin fuerzas.

—No me mientas.

—De acuerdo. Se podría decir que estamos acabados.

—Eso está mejor.

Remy, con los brazos cruzados, se sentó al otro lado de Eliana. No había dicho nada desde que habían dejado atrás a Simon.

Eliana miró a Hob.

—¿Sabes con quién podría haber contactado Simon? La persona con la que se reunió.

Hob se sacó de los bolsillos algunos paquetes de comida —carne deshidratada y panecillos, todo lo que había podido agarrar antes de huir del fuego— y se los pasó.

—No. Según él, yo no soy lo suficientemente importante para tener acceso a dicha información.

—Seguro que hay contrabandistas que cruzan el mar Angosto.

—Unos pocos, pero no tenemos dinero para pagarles. —Hob arrancó una baya de un arbusto cercano, la masticó y la escupió—. Zarzarrancia. En este bosque no hay nada.

—¿Podemos volver a Rinthos? ¿Pedirle ayuda a Camille?

—No creo que Navi sobreviviera al viaje. Si conseguimos llegar al puerto de Skoszia sin que nadie nos vea y nos mate, puedo mandarle un mensaje a Camille desde un lugar que conozco, pero llevará su tiempo.

—Tiempo que no tenemos.

—Lo hemos abandonado. —Remy se movió y levantó la mirada hacia Eliana—. Lo hemos abandonado a su suerte con Rahzavel.

—Sí —dijo Eliana, negándose a mirarlo a los ojos—. Es lo que él hubiera querido.

—Eso no significa que esté bien.

—Eh, ¿sabes qué? —Ella le pasó un brazo por los hombros a su hermano—. Tengo que contarte algo. Desearía poder enseñártelo, pero no puedo. A ti también, Hob.

Este enarcó una ceja.

—No me hables como a un niño pequeño.

—He hecho una amiga —dijo Eliana— en los laboratorios en los que Navi y yo estuvimos cautivas. Se llama Zahra y... ahora mismo está aquí.

La tristeza abandonó un poco la cara de Remy.

—¿En serio? ¿Cómo? ¿Dónde?

Hob la miraba fijamente.

—¿Has perdido el juicio?

—No es broma, Hob —intervino Zahra.

Este levantó de inmediato el brazo para proteger a Eliana y a Remy.

—¿Quién hay ahí? ¿Quién ha dicho eso?

—¿Quién eres? —Remy miraba perplejo a su alrededor—. ¿Me muestras tu apariencia?

—Me llamo Zahra, pequeñín. —El espectro, con las manos en la barbilla, descendió hasta encontrarse al mismo nivel que los ojos de Remy—. ¡Eres encantador! Tu mente está tan abierta como el cielo.

Remy ondeó la mano a su alrededor con cuidado.

—Estás muy cerca, ¿verdad?

—En efecto.

—Eliana —musitó Hob—, ¿qué es esto?

Remy se abrazó las rodillas y se las apretó contra el pecho.

—¿Eres un espectro?

Zahra parpadeó sorprendida.

—¿Cómo sabe tanto del mundo este chico? —Su expresión se volvió tierna—. Ay, cariño. Eres un soñador, un narrador de historias. Ya lo veo. Añoras la magia y a todos los gigantes dorados del pasado.

Remy, complacido, se sonrojó.

—Antes de la invasión —dijo con entusiasmo—, la gente robó los libros de los templos para que no los destruyeran. Los compro siempre que puedo y los leo todos.

—Espera. —Eliana se retiró y lo miró con el ceño fruncido—. ¿Quieres decir que merodeabas por Orlina para comprar libros en el mercado clandestino?

—¿Crees que he aprendido todo lo que sé amasando pastas en la panadería?

—Bueno, pues... —Eliana negó con la cabeza estupefacta.

—¡Ay, qué bien me caes! —Zahra, sonriendo, colocó un brazo sobre los hombros del muchacho—. Una mente curiosa y un corazón puro, todo en uno.

Hob arrojó sus guantes al suelo.

—¿Puede alguien explicarme lo que es un espectro?

—No os mováis —advirtió una voz masculina desde las sombras que tenían ante ellos—. O les diré a mis arqueros que hagan volar sus flechas.

Eliana se quedó paralizada mientras unas figuras se movían en el sotobosque: eran cinco soldados, diez, que se les acercaban con los arcos en alto y cargados.

Zahra se elevó de inmediato hasta alcanzar su completa estatura. Sus ojos oscuros destellaban.

—Perdóname, mi reina. ¡Estaba distraída y no los he oído!

Uno de los arqueros le tiró una flecha al lado. El arma buscaba a Zahra..., pero, evidentemente, no encontró nada.

—¿Sois cinco en esta fiesta? —preguntó el hombre más avanzado.

Se acercó a Eliana. No llevaba un arco en la mano, pero sí una espada larga y curvada a la cadera. El rostro le quedaba oculto bajo la capucha.

—¿Ves a cinco personas aquí? —Eliana lo fulminó con la mirada—. Me temo que te fallan los ojos.

—Pero no los oídos. —El hombre se detuvo y observó la cabeza rapada de Navi—. Habéis escapado de Fidelia.

Eliana se puso tensa.

—Puede ser.

—¿Malik? —gimió Navi, e intentó incorporarse—. ¿Eres tú?

—¡Dios santo! —Antes de que Eliana pudiera detenerlo, el hombre tomó a Navi en brazos y le dio un tierno beso en la cabeza—. Simon dijo que estabas viva, pero no lo creí. No podía permitírmelo.

Navi se aferró a él. Por primera vez desde que habían escapado de los laboratorios, su cara demacrada no tenía rastro de dolor.

—Eliana —murmuró ella—. No tengas miedo, por favor. Ahora estamos a salvo.

—Eso ya lo veremos. —Eliana se puso delante de Remy y buscó a *Arabeth* bajo su chaqueta chamuscada—. ¿Quién eres?

Malik se dio la vuelta. Las lágrimas le bañaban las morenas mejillas. Tenía los ojos grandes y oscuros y una mandíbula fuerte. El parecido, ahora que Eliana lo veía, era obvio.

—Soy Malik Amaruk —dijo él, secándose la cara—. Soy hermano de Navi... y príncipe de Astavar.

\* \* \*

Ya entrada la tarde, después de que Malik y sus exploradores hubieran compartido una comida decente con ellos, Eliana y él estaban al borde de un acantilado con vistas al mar Angosto. Al otro lado de aquel canal negro había una línea de blancos acantilados: Astavar... y la libertad.

Eliana se obligó a mirar en aquella dirección y a imaginar el país nuevo y verde que había más allá de la frontera. Lo hizo a pesar de que eso le abriera viejas heridas en el corazón.

«Harkan —pensó—, deberías estar aquí.»

—Así que en aquellos barcos hay monstruos —murmuró Malik.

En el horizonte lejano, contra el cielo que se oscurecía, unos puntos negros se movían de forma constante hacia el norte. Era la flota del Imperio.

—Se llaman reptadoras —le contó Eliana.

Abajo, en la costa, una pequeña flotilla de barcos de guerra del Imperio esperaba en el puerto de Skoszia. Las distantes siluetas de los adatrox se movían arriba y abajo por los muelles, transportando armas y provisiones. En lo alto de los mástiles de los barcos de guerra colgaban los colores del Emperador: el negro, el rojo y el dorado ondeaban al viento.

El Emperador. Corien, como lo había llamado Zahra.

Eliana apretó los labios. Todavía no iba a permitirse pensar en ello.

—Así que tenemos que cruzar el mar sin que nadie de aquellos barcos nos vea.

—Sí. —Malik señaló tras ellos, más al oeste por la costa—. Hay un pequeño barco de contrabandistas a unos tres kilómetros de aquí, en una calita que el Imperio abandonó. Cruzará cuando caiga la noche, y su tripulación nos llevará con ellos. Simon lo había organizado antes de que... —Malik la miró de nuevo—. Bueno.

—¿Antes de que lo abandonara para salvar mi propio culo?

—No iba a decirlo así.

—No hace falta que te muerdas la lengua conmigo, príncipe. —Eliana clavó los ojos en el agua e intentó no recordar los gritos de dolor de Simon—. Sé lo que he hecho.

—Yo habría hecho lo mismo, ¿sabes?

—Tampoco hace falta que me consueles.

Malik inclinó la cabeza.

—Una vez que hayamos cruzado, os llevarán a la capital. Bajo el palacio hay túneles. Mis padres os esconderán allí, y yo me uniré al ejército de la playa.

—¿Para luchar? —Eliana no pudo esconder el tono de desprecio en su voz.

Malik dijo con suavidad:

—Crees que no podemos ganar.

—No lo creo, lo sé.

—¿Qué deberíamos hacer? ¿Sentarnos en la orilla y dejar que el Imperio nos asesine sin levantar ni una sola espada?

—Se os da genial eso de sentaros y no levantar ni una sola espada.

Malik miró a Eliana con calma.

—Todo Astavar se apenó el día que cayó Ventera.

—Vuestra pena no significa nada para mí.

—Salvamos nuestro propio culo. ¿No es así como tú lo has dicho? ¿Somos tan diferentes?

—Simon es un asesino. Un soldado. Sabía en lo que se estaba metiendo cuando se unió a la Corona Roja. Un país, sin embargo, está lleno de inocentes. —Eliana miró con furia al mar—. No intentes compararte conmigo ni tu país con el mío. Te quedarías corto.

—¡Mi señor!

Un explorador subió corriendo por el camino del acantilado y le susurró a Malik algo al oído.

Este, con las cejas enarcadas, se volvió hacia Eliana.

—Parece ser que Simon está vivo.

Bajo los pies de la chica, el mundo se desvaneció.

—¿Qué? Pero Rahzavel...

—Por lo visto, en vez de asesinarlo, lo apresó. Están en uno de los barcos de guerra que zarparán rumbo a Astavar.

—¿En cuál? —El explorador dudó, y Eliana lo agarró del brazo—. ¡Dime en cuál!

—No lo sé —contestó—. Nuestro enlace de los contrabandistas los vio embarcar, pero no recuerda en qué nave. Dice que todas parecen iguales.

Eliana resopló.

—¿Esa es la gente a la que confiamos nuestras vidas?

—No quedan demasiados contrabandistas que se atrevan a cruzar el mar Angosto —señaló Malik—. De hecho, tenemos suerte de haber encontrado a alguien.

—¿Qué estás pensando, mi reina? —murmuró Zahra al oído de Eliana.

Eliana miró muy fijamente los barcos que había abajo, en la costa.

—Estoy pensando que —dijo despacio—, cuando los demás se vayan, no nos iremos con ellos.

Zahra asintió con la cabeza.

—Crees que debemos salvar a Simon.

Una cálida ola de alivio le recorrió el cuerpo a Eliana.

—Sí.

—¿Porque te sientes culpable de haberlo abandonado?

«Sí. Porque ni siquiera él merece morir a manos de Razhavel. Porque dio su vida para que nosotros escapáramos.

»Porque no pude salvar a Harkan, pero quizá a Simon sí.»

—Porque quiero que me dé respuestas.

Zahra la miró de forma penetrante y se dio golpecitos en la sien espectral.

—Recuerda que soy un ángel...

—No, ya no. —Eliana se volvió hacia Malik—. Llevaréis a mi hermano a Astavar... y a Hob también. —Miró a este—. A no ser que desees volver junto a Patrik.

—No dejaré a Navi ni al chico —dijo él en voz baja. Tenía los ojos brillantes, pero la mandíbula apretada—. Ya me reuniré con Patrik más adelante. A veces, trabajar para la rebelión requiere que vivamos separados. Lo entenderá.

El dolor se extendió por las costillas de Eliana.



«A veces —le había dicho Rozen Ferracora cuando había empezado a entrenar—, tu trabajo te obligará a pasar temporadas lejos de casa. Recuerda: yo siempre te querré cuando vuelvas, sin importar lo que hayas hecho.»

Se agarró con tal fuerza al collar que su borde corroído le mordió la palma de la mano.

—¿Y bien, Malik?

—Por la chica que ha salvado a mi hermana y ha sido tan bondadosa con ella —Malik inclinó la cabeza— haría lo que fuera.

—Remy no me perdonará que me vaya sin decir adiós.

—Sí que lo haré.

Eliana se dio la vuelta y vio a su hermano de pie tras ella. Tenía un semblante enjuto y serio.

—Si puedes salvarlo, El —dijo con suavidad—, debes hacerlo.

Un cuerno sonó en la costa. En los barcos de guerra que había ahí reunidos, las antorchas cobraron vida.

—Cae la noche —murmuró Zahra—. Debemos irnos.

—Y nosotros también. —Malik se dio la vuelta y silbó bajito. Sus exploradores se juntaron y desmontaron el campamento con eficiencia y en silencio.

Eliana atrajo a Remy hacia ella. Juntos encontraron a Hob ayudando a Navi a ponerse de pie en el borde del bosque.

—¿Cuidarás de él?

—No lo perderé de vista —dijo Hob—. Ni yo ni nadie.

—Eliana —susurró Navi, tendiéndole la mano—. Lo salvarás. Lo sé.

Ella, con Remy aún a su lado, se le acercó y la besó en la frente.

—Lo intentaré.

—Sé lo que eres. El espectro creyó que me consolaría saberlo.

—¿Qué? —Eliana fulminó a Zahra con la mirada.

—No te enfades con ella. Me hizo un favor. —Navi le besó la mano a Eliana y se la llevó a la mejilla—. Si hay alguien que pueda salvarlo, eres tú.

Remy las miraba fijamente.

—¿De qué habla?

—Navi —dijo Eliana con rapidez—, todo eso son tonterías infantiles..., mentiras que se cuenta la gente que ansía consolarse.

—Tú no lo crees —murmuró Navi.

De repente, a Eliana le pesaba mucho el colgante que llevaba alrededor del cuello.

—No sé qué creer.

Zahra sonrió.

—Entonces vas por el camino correcto.

Eliana se agachó para besar a Remy en la mejilla y suspiró.

—Te quiero. —Le cogió la cara con las manos y memorizó cada línea y cada curva.

—Sálvalo —le pidió él con voz temblorosa.

Entonces Eliana, antes de concederse la oportunidad de cambiar de parecer, se dio la vuelta y bajó corriendo el acantilado en dirección al mar que se oscurecía.

## Rielle

«Últimamente, sueño cosas extrañas. Temo que...  
Querida hija, perdóname, por favor. Lo siento. Lo  
siento mucho.»

Carta de lord Dervin Sauvillier  
a lady Ludivine Sauvillier,  
19 de junio, año 998 de la Segunda Edad

Rielle se volvió solo una vez para mirar a Tal.

—Quédate aquí —le ordenó, y salió corriendo de la casa sin hacer caso a sus gritos. Sintió una punzada de culpa por dejarlo atrapado bajo la viga y esperó que eso no le causara un daño irreparable, pero al menos ahí no correría peligro.

Así tampoco podría interferir.

Salió corriendo del laberinto con la intención de dirigirse a las colinas más cercanas y a las gradas de los espectadores. El fuego de los acólitos había devastado gran parte del laberinto. El camino estaba despejado, aunque algunos escombros humeantes lo obstruían un poco.

Al fin, emergió en la falda de la montaña..., y todo era caos.

La mitad de las gradas estaba en ruinas, y las banderas con los colores de la Casa Courverie ondeaban embarradas y harapientas en un vendaval antinatural. El agudo olor alpino de la magia de los silbavientos le picaba en la nariz.

Docenas de cuerpos yacían en el suelo. Miles de personas habían ido a ver su prueba y ahora estaban esparcidas por el valle como hormigas derrotadas

de improviso. Los gritos, los gemidos de dolor y el estallido de la magia elemental llenaban el aire.

Desde una de las crestas que bordeaban las colinas, observó la escena con el corazón desbocado. No podía encontrar una explicación a lo que veía: gente corriendo con niños en brazos, elementales enfrentándose en duelos dispersos... ¿Quién era el atacante? ¿Borsvall?

Todos sus sentidos estaban en tensión mientras buscaba alguna señal de él. «¡Corien está aquí!» Ya no era un sueño. La idea parecía imposible.

Sin embargo...

Rielle sintió un hormigueo en la piel y se enderezó. Una aguda punzada de satisfacción que no era suya le canturreó en las costillas:

«Ven a buscarme, Rielle.»

—¡Proteged al rey! —gritó una voz familiar.

Ella se dio la vuelta y vio que su padre y un grupo de soldados rodeaban al monarca para llevarlo a un lugar seguro. Otros, guiados por el primer lugarteniente de su padre, se apresuraban a alejar a la reina Genoveve en la dirección opuesta.

«Audric. Ludivine.» Pero no había ni rastro de ellos.

Se movió para unirse a su padre, pero entonces oyó un grito furioso.

Un soldado uniformado —que no pertenecía al batallón de su padre— corrió a lo largo de una cresta, armó el arco con una flecha y disparó al vientre del caballo de la reina. El animal aulló y cayó al suelo. El resto de las monturas, muy asustadas, se pararon a dos patas con los ojos muy abiertos.

—¡Ponedla a salvo! —bramó el primer lugarteniente, y de un empujón colocó a la reina tras uno de sus soldados.

El arquero uniformado disparó otra flecha justo antes de que Sloane, con su larga capa negra al viento, saltara de una plataforma de observación derrumbada. Con sus dos dagas de obsidiana idénticas, detuvo la flecha en el cielo y, a continuación, se la arrojó al arquero. Un par de lobos emergieron del

filo de sus armas y, con las fauces bien abiertas, derribaron al hombre. Uno se le agarró a la garganta y el otro, a la barriga.

Rielle corrió hacia él y llegó junto a Sloane en el momento en el que los ojos nublados del hombre titilaron, como si una sombra le hubiera pasado por la mente. Los lobos se retiraron y se disolvieron. El cuerpo del arquero, con el cuello partido, se sacudió una sola vez. Sus ojos grises se aclararon y adquirieron un color marrón corriente.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró Sloane, secándose el sudor de la frente—. ¿Lo has visto?

—Sí —dijo Rielle.

Poco a poco, empezaba a comprender lo que pasaba. «¿Corien?»

«¿Mmm? —Él sonaba completamente satisfecho—. ¿Qué pasa, querida?»

—Estos colores son de la Casa Sauvillier. —Rielle tocó el cuello de la ropa del arquero—. ¿Por qué nos atacan los hombres de lord Dervin?

Algo golpeó el suelo e hizo temblar las montañas.

—No lo entiendo —espetó Sloane, con un hilo de miedo y desesperación en la voz—. ¡Somos de los suyos!

«¡Qué tragedia! —dijo Corien pensativo—. Si hubiera alguna forma de detenerlo...»

—Lo está haciendo él —susurró Rielle—. Los está controlando.

Sloane la miró fijamente.

—¿Qué? ¿Quién?

«Si quieres detener esto, ven a mí. Ahora.»

Un escalofrío la sacudió. «¿Dónde estás?»

«Ven a buscarme, mi pequeña maravilla. O los mataré a todos.»

Los estallidos chisporroteantes de la magia y los gritos agonizantes de los soldados desgarraban el aire de las laderas y lo hacían todo trizas. Rielle echó a correr.

Sloane la agarró del brazo.

—¡No, espera! ¡Dime qué está pasando!

Rielle la golpeó en el pecho con la palma de la mano y la arrojó a casi veinte metros de distancia sobre una mata de hierba.

Se dio la vuelta y salió disparada. Los ojos le escocían por las lágrimas, pero no había tiempo para la culpa. Subió a toda prisa por la ladera rocosa de la montaña y recorrió los acantilados que daban al laberinto, que aún ardía.

La tierra se agitó bajo sus pies y la hizo volar por los aires. Aterrizó con violencia y, al volverse, vio que una mujer con la armadura de los Sauvillier arrancaba su hacha del suelo. Era una sacudetierras.

La mujer, con el rostro hecho de piedra, tenía los ojos clavados en ella. Estos eran de un gris ciego. La sacudetierras hizo una mueca con la boca, y Rielle reconoció esa sonrisa.

—Ven a buscarme, Rielle —dijo ella con voz ronca, y volvió a levantar el hacha.

Rielle sacudió la muñeca. La tierra se elevó como una ola creciente y, a continuación, se abrió y engulló a la mujer. Se oyó un grito de terror y, después, se hizo el silencio.

«Te estás acercando», susurró Corien.

Ella se volvió y empezó a seguir el rastro de su voz por los acantilados. Al pasar corriendo entre unos soldados que se batían en duelo, formó agitados nudos de viento y los apartó a todos de su camino. Una flecha pasó a su lado y estuvo a punto de alcanzarla.

Entonces oyó que una voz familiar la llamaba:

—¡Lady Rielle!

Se dio la vuelta y vio a un grupo de gente amontonada bajo el saliente de una roca. El joven Simon Randell y su padre se encontraban entre ellos. A unos cuarenta y cinco metros, una docena de dominametales de la casa Sauvillier se dirigían hacia ellos y, con las palmas de las manos extendidas, arrojaban un ciclón interminable de armas blancas.

Audric estaba de pie entre ellos y su gente. Con *Ilumenor* proyectaba un brillante escudo de luz a su alrededor.

Pero los dominametales eran rápidos, y sus armas lo eran aún más. Estas se dividieron en piezas más pequeñas en el aire. Giraban con tal rapidez entre las manos que las lanzaban y las paredes de luz solar de Audric que se convirtieron en una tormenta de chispas y acero. Se abalanzaban sobre él, implacables, y rebotaban en su centelleante escudo una y otra vez.

Debido a la presión, los talones de Audric se hundían en el suelo. Él bajó la cabeza y soltó un furioso rugido de dolor. La luz se esparció por el suelo como estrellas caídas.

Un grito aterrorizado sonó detrás de Rielle.

—¡Sálvalo!

«Ludivine.»

Rielle silbó para llamar a *Atheria*. Sentía que el poder le corría por las extremidades y se le acumulaba en la palma de las manos. La chavaile descendió del cielo y avanzó con rapidez, casi rozando los acantilados.

Rielle se volvió y dibujó un violento círculo con el brazo. Los dominametales salieron disparados, y sus armas cayeron al suelo.

Se dio la vuelta de nuevo hacia Audric y dio un impulso con la palma de la mano. Una ráfaga de viento lo golpeó y lo hizo volar por los aires, justo hacia el borde del acantilado por donde pasaba *Atheria*. La chavaile maniobró con brusquedad para cogerlo y, a continuación, volvió a elevarse hacia el cielo.

—¡Rielle, no! —Audric alargó el brazo hacia ella mientras *Atheria* lo llevaba a un lugar seguro—. ¡Rielle!

«¡Qué encantador! —gorjeó Corien—. Diría que ha sido muy noble por tu parte, Rielle, pero ambos sabemos la verdad, ¿no?»

Rielle pasó rápidamente junto a la gente a la que Audric había estado protegiendo y se abalanzó sobre el grupo de dominametales. Estos se recuperaron y volvieron a coger sus armas. Con los ojos grises y nublados, arremetieron contra ella. Las dagas se le acercaron volando. Ella giró y las esquivó. Una lengua furiosa con sabor a magia metálica la agarró del pie y tiró de ella hacia abajo. Rielle golpeó el suelo con la palma de las manos, y unos

temblores abrieron la tierra. Los dinametas se tambalearon. Ella se puso de pie de un salto, se agachó bajo el latigazo rabioso de una cadena y, a continuación, aventó el antebrazo en dirección al grupo de atacantes y los vio volar por los aires. Algunos patinaron y cayeron por el borde del acantilado.

Se dio la vuelta y buscó frenéticamente a Ludivine. La encontró con Garver Randell, ayudando a los supervivientes a bajar por el sendero del acantilado.

—¡Lu! ¡Aquí!

Ludivine, con el pelo revuelto y las mejillas manchadas de sangre, levantó la mirada. Sus ojos se encontraron, y ella le sonrió sin aliento.

Entonces, un enorme martillo con punta metálica giró en el espacio que las separaba, golpeó a Ludivine en la barriga y la arrojó gritando por el borde del acantilado.

Un instinto furioso se apoderó del cuerpo de Rielle. Giró sobre sus talones y dio un puñetazo tan fuerte en el aire que el dinameta que había arrojado el martillo voló a unos noventa metros de distancia. Su cuerpo, al deslizarse por el suelo, abrió un surco antes de estamparse en la falda de la montaña.

Rielle se acercó trastabillando al borde del precipicio y buscó algún rastro del cuerpo de Ludivine entre las ruinas del laberinto, situado muy abajo..., pero no encontró nada. El humo era demasiado denso, y la distancia, demasiado grande. Unas oleadas de conmoción le recorrieron el cuerpo. Todo le daba vueltas, y se aferró a la roca.

—Lady Rielle —dijo Garver Randell, acercándose a ella con cautela por el sendero del acantilado. Le tendió la mano. Tras él, Simon tenía los ojos muy abiertos—. Por favor, mi lady. Venid con nosotros.

«Ay, pobrecita mía. —La voz de Corien era más dulce que nunca—. Deja que te consuele.»

Rielle se puso de pie y apartó la mano de Garver de un golpe. Se volvió, insegura, y miró las cimas de las montañas a través de los ojos llenos de lágrimas.



«¿Dónde? —Pensaba con mucha lentitud—. No puedo... Corien, ella está...»

«Sigue el sonido de mi voz.»

Así lo hizo. Primero corrió despacio y, luego, de forma descontrolada. Una pena terrible y confusa se abría en su interior y amenazaba con tragársela. Pero, incluso debajo de todo eso, sentía la pulsante necesidad de ver a Corien, de saber que era real.

Para detenerlo y evitar que hiciera algo peor.

Su rastro la llevó a una cueva que había bajo una gran colina. Corrió a través de un nido de estrechos pasillos de piedra. Las paredes temblaban a ambos lados mientras las luchas continuaban a su espalda.

Finalmente, dobló una esquina y llegó a una cueva circular. Las raíces de los árboles subían serpenteando por las paredes. A través de una pequeña abertura en el centro del techo, se veía el cielo.

El rey Bastien se levantó de una roca que había junto a la pared. Lord Dervin estaba sentado en el suelo. Unas nubes grises les tapaban los ojos.

Rielle oyó unos pasos y se volvió. Vio que su padre emergía de las sombras y se le acercaba.

Ella corrió a su lado de inmediato.

—¡Papá, estás bien!

—Me has encontrado. —La boca de su padre se torció y dibujó lentamente una sonrisa—. Bien hecho.

Rielle se quedó helada. Él extendió la mano, mirándola a la cara con ojos grises e imperturbables. Ella pasó de largo, rozándolo, y buscó entre las sombras de la estancia.

—No vas a ganarte mi corazón si manipulas la mente de mi padre — declaró.

—Entonces ¿quieres que lo libere? —murmuró una voz.

Ella se dio la vuelta al oírla. Una columna de un negro inmóvil la miraba desde una esquina. La boca se le secó, y el corazón le subió por la garganta.

—Libéralos a todos —ordenó.

—Como deseas.

Una onda atravesó la estancia. Lord Dervin miró a su alrededor confundido mientras los ojos se le despejaban.

El rey Bastien se puso en pie de un salto.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué estamos todos aquí? —Fulminó al padre de Rielle con la mirada—. ¿Armand?

—No lo sé, alteza.

Rielle, al notar que las manos de su padre la tocaban, se volvió hacia él.

—Papá, lo siento mucho.

—¿Estás herida? —Le alisó el pelo hacia atrás—. ¿Qué ha pasado?

—Me temo que Rielle os abandona.

Rielle se dio la vuelta..., y ahí estaba él.

«Corien.»

Este cruzó lentamente la habitación sin apartar los ojos, de un azul luminoso, del rostro de Rielle. Era alto y esbelto y caminaba con las manos cuidadosamente cruzadas tras la espalda. Abrochada a un hombro, llevaba una capa lisa y oscura que arrastraba por el suelo. Tenía la cara pálida, los pómulos altos y elegantes y una boca carnosa que se curvó con deleite al verla.

La respiración de Rielle se volvió rápida y débil. Sus sueños, por muy vívidos que hubieran sido, no le habían hecho justicia.

—Dios mío, Rielle —murmuró él, paseando una mirada hambrienta por su cuerpo—. No lo creía posible, pero eres incluso más exquisita que en mi mente.

Armand, airado, se puso tieso al lado de su hija.

—Rielle, ¿quién es este hombre?

—¿Quién eres? —El rey Bastien se adelantó, con una expresión furiosa en la cara—. ¿Por qué nos has traído aquí?

Corien dio un paso hacia Rielle, luego otro. Sus ojos no dejaban de mirarla

a la cara.

—Quería asegurarme de que Rielle no huyera de mí. No lo harás, ¿verdad? Con todos estos hombres importantes tan peligrosamente cerca de mí, no te atreverás.

—No les harás daño. —Ella negó con la cabeza, y la voz se le quebró—. Te lo prohíbo.

—Reina de mi corazón —murmuró Corien, y se llevó una mano enguantada al pecho—, mi mayor deseo es complacerte. Pero debes prometerme que te irás de aquí conmigo, esta noche, o lamento decirte que forzarás mi mano.

En el pecho de Rielle, el pánico y el deseo estaban en guerra.

—No puedo, necesito más tiempo.

—¿Más tiempo? ¿Para qué? ¿Para que te toqueteen y te examinen unos maestros lujuriosos y te mangonee un rey idiota que está demasiado asustado para enfrentarse a la verdad?

Lord Dervin se miró fijamente las manos.

—Esto no es lo que pretendía que pasase.

Corien rio.

—¡Como si tú hubieras podido detenerlo!

—Rielle, ¿quién es este hombre? —le exigió saber su padre—. ¿Por qué habla así?

—Es un ángel —escupió Rielle.

Los ojos de Corien centellearon con desagrado, aunque su sonrisa creció.

El rey Bastien desenvainó la espada. El padre de Rielle hizo lo mismo y, de un empujón, puso a su hija detrás de él.

—Eso es imposible. —Parecía que alguien le hubiera dado una patada en el estómago al rey Bastien—. El Portal es fuerte. Se construyó para que aguantara...

—... mucho tiempo —remató Corien—. Pero no para siempre. Rielle, es hora de irse. A no ser que quieras que te demuestre de primera mano lo que soy capaz de hacer.

La chica tragó saliva con fuerza y se dirigió hacia él. Aunque su mente le aconsejase que se quedara quieta, su poder se moría por tocarlo..., pero su padre extendió el brazo y la detuvo.

—No te acerques a mi hija, seas lo que seas —amenazó—, o te...

—¿Qué harás? ¿Me matarás? —Corien soltó una risita—. Mi buen hombre, me gustaría ver cómo lo intentas.

El padre de Rielle no dudó. Se abalanzó sobre Corien y levantó la espada para atacar. Pero entonces se le sacudió el cuerpo, los ojos se le nublaron y su espada se estrelló contra el suelo.

—¡No! —Rielle corrió hacia él.

Lord comandante Dardenne, con la cabeza ladeada de una forma antinatural, la miró y la golpeó con fuerza en la cara.

Rielle se tambaleó hasta llegar a la pared de la cueva. Cuando se tocó el labio, los dedos se le tiñeron de rojo.

—Qué interesante —dijo Corien con calma—. Solo le he dicho que te detuviera. Ha sido su mente la que ha decidido golpearte. —Se volvió hacia ella, y Rielle sintió a través de su conexión una punzada de genuina tristeza—. ¿Es posible que tu padre esté enfadado contigo por alguna razón? Creía que habíais dejado todos esos líos atrás.

Rielle lo fulminó con la mirada.

—Libéralo, o te destruiré.

—Si lo intentas, ellos morirán antes de que yo caiga al suelo.

A Rielle se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Creía que me...

—¿Que te quería? —Corien suavizó la expresión—. Pequeña, te quiero más de lo que puedo expresar con palabras. Hago esto por ti. Si no los dejas, ellos te contendrán, te avergonzarán y te castigarán por atreverte a traspasar las paredes que están construyendo a tu alrededor. —Se acercó lentamente a ella—. Usarán cada uno de los recuerdos que compartes con ellos, cada sensación agradable, cada momento tierno, para escurrir todo el poder que

puedan de tu cuerpo milagroso. No se detendrán, ni tan siquiera considerarán no hacerte pasar por ello, porque tendrán demasiado miedo de lo que les depara el futuro. Si dudas, te recordarán el supuesto amor que sienten por ti y te encadenarán hasta que tú des el brazo a torcer y hagas lo que te ordenan.

Ahora él estaba tan cerca que Rielle podía oler la limpia frialdad de su piel, el perfume especiado de su ropa. Corien le acarició la mejilla con una mano enguantada. En ese instante, Rielle sintió que el calor le llameaba por todo el cuerpo y que su poder ardía con tanta intensidad que parecía que tuviera fiebre.

Sin lograr reprimirse, se entregó a la palma de su mano.

—Sí —Corien bajó la cabeza para susurrarle al oído—, incluso él.

«Audric.»

—Te equivocas. —Ella deseaba desesperadamente tener razón—. Él me quiere y siempre lo hará.

La compasión de Corien le acarició la mente.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Esa rata?

Mientras él pronunciaba esas palabras, una imagen asaltó a Rielle y penetró con violencia en sus pensamientos.

Audric lloraba con gran pesar sobre el lomo de *Atheria*. La chavaile aterrizaba en una meseta cubierta de hierba segundos antes de que el chico saltara al suelo. Él dejaba caer a *Ilumenor* y se agarraba la cabeza con las manos. El color de sus ojos oscilaba: de un gris tormentoso y brillante pasaba al marrón y, a continuación, volvía al gris.

La imagen se desvaneció. A pesar de que Rielle no pudiera saber si era real o se lo había imaginado, con eso bastó. La rabia entró en erupción dentro de su corazón.

—Ni se te ocurra tocarlo —gruñó.

Corien dio unos pasos atrás.

—Rielle, espera...

Se volvió hacia él, extendió la palma de la mano y gritó:

—¡Aléjate de mí! —Y dejó volar su poder.

\* \* \*

Ni el viento ni la tierra ni las sombras que llenaban la estancia...

Ese poder fue más allá; fue todo y nada a la vez.

Se trataba simplemente del empirio, puro y cegador.

A los pies de Rielle, el entramado invisible del mundo se abrió y detonó. Hubo una ola de luz, un temblor salvaje.

No llegó muy lejos, pero sí lo suficiente.

\* \* \*

Cuando la réplica de la explosión se atenuó, Rielle estaba en el suelo. La cabeza le daba vueltas. Se miró las palmas de las manos y vio que estaban cubiertas de sangre.

¿Era suya?

Parpadeó.

Sí. El dolor afloró en olas agudas y abruptas.

¿Y Corien?

Mareada, miró a su alrededor y oyó unos horribles gemidos. Lo encontró alejándose de ella a rastras, con la ropa quemada y hecha cenizas, y el cuerpo...

El estallido lo había calcinado.

Era una criatura deshecha, roja, destrozada y reluciente. Aullaba de dolor y se arrastraba por el suelo de la cueva hacia una abertura que llevaba a las colinas.

—¡No me mires! —le gritó él, arrastrando las palabras—. ¡Así no! Así no...

Rielle no reconocía ni un solo rasgo en aquel rostro. Pero su agonía, su

vergüenza —también su ira—, le vibraban en la mente.

Cuando levantó la vista de nuevo, Corien ya había desaparecido.

Entonces, un grito grave sonó al otro lado de la cueva: su padre luchaba por respirar. Más allá, el rey Bastien y lord Dervin...

Ambos estaban quietos, muy muy quietos. A diferencia de Corien, no parecían quemados, pero sí muy rígidos. La luz había abandonado sus ojos vidriosos, y tenían el rostro paralizado en una expresión angustiada.

Rielle intentó levantarse, pero volvió a caer de rodillas.

—¿Papá? —Se arrastró hacia él y le volvió la cara para que la mirara.

Él respiraba a grandes bocanadas y tenía los ojos apagados.

—Estoy aquí. —Rielle le tocó la cara; su padre tenía las mejillas bañadas de lágrimas—. No pasa nada. Se ha ido, estoy aquí... Dios mío. —Se volvió hacia el pasaje de la cueva por el que había entrado y gritó con voz tensa—: ¡Necesito a un sanador! ¡Por favor, que alguien nos ayude! ¡Garver!

—Me... acuerdo.

—¿Papá? ¿Qué pasa? —Ella le cogió la mano y se la llevó a la mejilla—. ¿De qué te acuerdas?

—Junto a... la luna... —Tomó una bocanada vacía de aire—. Junto... a...

—¿La nana de mamá?

Él le dirigió una sonrisa temblorosa.

—Junto...

—Junto a la luna —terminó cantando ella de manera vacilante—, junto a la luna, ahí me encontrarás.

Él asintió con la cabeza y cerró los ojos. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y por la barba cuidadosamente recortada. Una etérea sonrisa le tocó la boca.

—A las estrellas rezaremos —prosiguió ella en un mero susurro— para que nos liberen, nada más. Junto a la luna...

Él se estremeció una vez, y sus manos cayeron sin vida en las de su hija.

Rielle cerró los ojos y presionó el rostro contra los dedos de su padre. Si

terminaba la nana, si no miraba, eso no estaría ocurriendo de verdad.

—Junto a la luna —susurró—, junto a la luna, ahí me encontrarás. La mano me darás...

No pudo seguir. Se acurrucó a su lado, apoyó la cara en su pecho y se quedó ahí sola y temblando.

Fuera de la estancia, un grito conocido perforó el aire y sacó a Rielle de su dolor.

Una ráfaga de viento, seguida de unos cascos que pisaban el suelo, anunció la llegada de *Atheria*. Provenía justo de la entrada por la que Corien había salido arrastrándose.

Rielle, con el corazón desbocado, se sentó. «Audric.» ¿Qué iba a decirle a él?

Un segundo después, este entró corriendo, despeinado por el viento y muy agitado.

—¿Rielle?

—Aquí —dijo ella con voz ronca.

Intentó ir a su encuentro, pero no le funcionaban las piernas. En cambio, observó con un terror creciente cómo Audric se le acercaba corriendo y, a continuación, vacilaba y emitía un grito agudo... El chico clavó unos ojos horrorizados en la cara paralizada de su propio padre.

Al fin, Rielle reunió la fuerza suficiente para levantarse.

—He intentado detenerlo —susurró, acercándose lentamente a él—. Lo siento. Lo he... Lo he quemado. Está gravemente herido, pero... —Señaló el suelo, donde las manchas del cuerpo sangriento de Corien marcaban su huida—. No ha sido suficiente. Lo siento mucho, Audric.

—¿A quién? ¿A quién has quemado?

—Se llama Corien —consiguió decir ella—. Es un ángel, Audric. Ha hecho que los hombres de los Sauvillier se volvieran contra nosotros. Y Ludivine...

La desesperación la abrumó y la ahogó de lágrimas; lo cual fue bueno, verdadero y real. Cuando Audric se volvió hacia ella y vio que la sangre le



goteaba de los dedos y que tenía la marca de la mano de su padre en la mejilla, su expresión espantada se quebrantó y la tomó con fuerza entre sus brazos.

—Gracias a Dios que estás bien —le susurró en el pelo con voz pastosa—. Creía que te había perdido, Rielle.

Ella lo rodeó con los brazos y negó con la cabeza contra su pecho.

—Jamás. ¡Jamás!

«Mientes —susurró la voz de Corien—. Le mientes incluso ahora.»

Ella notó que, bajo sus manos, los hombros de Audric se sacudían y lo ayudó a sentarse en el suelo.

—Ya está —susurró mientras él le lloraba en el cuello. La consoló descubrir que, al menos, había un pequeño detalle que no era mentira. En aquel lugar de muerte, ese detalle era lo único que ella sabía con total certeza —. Estoy aquí, Audric, y te quiero.

## Eliana

«En estos tiempos oscuros, ni siquiera la luz de la Reina Solar es tan poderosa como la que aguarda en lo más profundo de nuestros corazones. Solo debemos tener el coraje de buscarla.»

Palabras del profeta

—Date prisa —susurró Eliana, agachada tras un montón de cajas marcadas con el emblema alado del Imperio. El muelle era resbaladizo, y el aire, glacial, agrio y salado—. Están desembarcando.

Zahra suspiró irritada.

—Lo estoy intentando. Están pasando muchas cosas. Espera...

Eliana se puso tensa.

—¿Lo has encontrado?

—Puede. Espérame aquí. —Zahra desapareció en la noche.

Eliana observó a dos adatrox uniformados que patrullaban por la cubierta del barco que tenía a su derecha. Una explosión lejana sonó en el agua. Ella dirigió la mirada hacia las cajas, el embarcadero estrecho y el mar que se abría más allá. Otra explosión retumbó como un trueno que se aproximaba, y luego otra, cada una acompañada por fulgores que se dibujaban en el cielo estrellado.

La flota principal, que se movía sin detenerse rumbo a Astavar, había empezado a disparar.

—Vamos. ¡Vamos! —murmuró Eliana.

—El barco más alejado —dijo Zahra, que apareció de una forma tan repentina que Eliana dio un brinco—. El negro y pulido. Es más pequeño que los otros y tiene un casco muy grueso.

Eliana espiró lentamente.

—Debe de ser de un general. ¿Estás lista?

Zahra le puso una mano oscura y vacilante en la muñeca.

—Recuerda que te dije que desde la Caída mi poder es limitado. Solo podré ocultar tu presencia durante unos minutos como mucho, antes de que tenga que volver a descansar.

Eliana, inquieta, asintió con la cabeza.

—Reserva tus fuerzas para cuando estemos a bordo. Yo sola puedo llegar hasta allí sin que me vean.

Cerró los ojos y le rezó rápidamente a santa Tameryn para que escondiera a Remy y a los otros en el barco de los contrabandistas y para que llegaran a Astavar antes que la flota.

—Que la luz de la Reina los conduzca a casa —murmuró Zahra.

Eliana le echó una ojeada.

El espectro se retiró el pelo hacia atrás.

—¿Qué pasa? ¿No puedo rezarte ahora que somos amigas?

Eliana puso los ojos en blanco. A continuación, salió disparada de detrás de las cajas y, manteniéndose en las sombras, recorrió los muelles en dirección al embarcadero más lejano.

De repente, Zahra se lamentó:

—Ay, no.

—¿Qué pasa? —Eliana se agachó tras una barandilla cubierta por una red y se secó la frente—. Espera, ¿dónde está el barco?

—Ahí. —Zahra señaló un navío negro que se movía cortando la superficie del agua.

—¡Por el amor de Dios! —siseó Eliana—. ¿No puede haber nada fácil en este mundo?

Se aseguró de que tenía los cuchillos bien sujetos y, a continuación, se zambulló en el agua congelada.

\* \* \*

—¡Deprisa! —gritó Zahra sobre las olas agitadas—. ¡Están acelerando!

Eliana, castañeteando los dientes, pateó desesperada y se abalanzó sobre el casco del barco. Se agarró a una cuerda negra que colgaba desde la cubierta. Al hacerlo, el nudo se aflojó y la soga resbaló muy deprisa, por lo que Eliana cayó de nuevo al agua. Pero ella se aferró con fuerza y avanzó impulsándose por la cuerda hasta que volvió a alcanzar la nave. Con los músculos ardiendo por haber nadado de una forma tan intensa, trepó.

—Insisto en ocultarte ahora —susurró Zahra, flotando nerviosamente a su alrededor.

Eliana levantó la vista hacia cubierta.

—Aún no.

Un adatrox se inclinó sobre la barandilla de acero de la cubierta y miró la cuerda, que estaba tensa y se movía. Antes de que este pudiera levantar el arma, Eliana saltó por encima de la barandilla, se sacó a *Nox* de la bota y se la clavó en el estómago. Le tapó la boca con una mano, lo arrastró tambaleándose y lo empujó por la borda.

Sonaron unos pasos en cubierta que se acercaban deprisa.

—¿Ahora? —preguntó Zahra.

Eliana odiaba desperdiciar los valiosos minutos que le podía dar Zahra, pero no se podía dejar capturar bajo ningún concepto.

—Ahora.

—Sígueme de cerca.

Zahra cruzó a toda velocidad la cubierta que daba al puerto, haciendo que el mundo cambiara a su paso. Mientras Eliana se mantuviera a salvo en aquel espacio distorsionado, nadie podría verla..., aunque muy pronto alguien se

percataría del rastro de agua marina que dejaba tras ella. Pasaron junto a adatrox que, con la mirada perdida, protegían puertas cerradas y patrullaban la cubierta de una punta a otra de la barandilla.

De pronto Zahra señaló una puerta que tenían ante ellas, a la derecha. Un adatrox estaba de pie a su lado con un revólver en la mano.

Eliana se pegó a la pared y esperó que las sombras la ocultaran. Zahra se alejó y desapareció. Dos segundos más tarde, el adatrox se puso rígido, y sus ojos, que ya estaban vacíos, se volvieron aún más vidriosos.

Eliana corrió hacia allí sin dejar de mirar atrás. Ahora que Zahra estaba ocupada, se sentía terriblemente expuesta.

—La gruesa y plateada —susurró a través de la boca del adatrox. La voz sonó medio espectral, medio humana.

Eliana agarró la llave gruesa y plateada del aro que el soldado llevaba en el cinturón, abrió la puerta y entró. Esperó justo al otro lado a que Zahra flotara a través de la pared y se reuniera con ella.

El espectro se estremeció.

—Si puedes evitarlo, jamás entres en la mente de un adatrox, Eliana. Es un lugar muy desagradable.

—Trataré de recordarlo. —Una sala vacía se extendía a ambos lados. La luna que penetraba por las portillas de las paredes era la única fuente de iluminación—. ¿Adónde vamos?

Zahra, con uno de sus largos brazos, señaló las escaleras estrechas y oscuras que tenían delante.

—Lo tiene abajo.

«Rahzavel.» Eliana descendió corriendo.

Cuando llegaron al final, Zahra se dobló sobre sí misma con un grito ahogado.

Eliana se escondió contra la pared y miró rápidamente arriba y abajo.

—¿Qué ocurre?

—Simon está sufriendo mucho —murmuró Zahra—. Date prisa.

Eliana, con el corazón desbocado y siguiendo las instrucciones que el espectro le susurraba, corrió a través de un laberinto de pasillos, manteniéndose tras la estela de Zahra para evitar a los adatrox que se movían afanosamente de cabina en cabina. Bajo cubierta, aunque hubiera lámparas de gas que parpadeaban bien sujetas a las paredes, la oscuridad y el ambiente cerrado eran insoportables.

Al fin, Zahra la llevó hasta una sólida puerta metálica oculta en las sombras.

—Es aquí —susurró.

Eliana clavó los ojos en el pomo de la puerta y sintió que el miedo le golpeaba el esternón con fuerza. Sujetando a *Arabeth* con fuerza, aguantó la respiración e hizo girar el pomo.

La puerta se abrió con facilidad.

—Eso es una mala señal —susurró Zahra.

Eliana entró y cerró la puerta tras ellas. Era una habitación pequeña, oscura y repleta de tuberías sibilantes.

En el centro de la estancia, iluminada con una sola lámpara de gas colgante, estaba Simon.

Al verlo, Eliana flaqueó. Lo habían atado con una cuerda negra a un poste que iba del suelo al techo y tenía los brazos doblados tras él de una forma muy cruel. Tenía el torso desnudo y salpicado de sangre, y unas heridas nuevas le desgarraban la piel llena de cicatrices. Eran cortes.

—Simon —susurró ella. Se acercó lentamente a él, que tenía la cabeza gacha y los ojos cerrados. Cuando Eliana pensó que podía estar muerto, una terrible tristeza se abatió sobre ella de una forma tan inesperada que la garganta se le comprimió por la conmoción—. Espero que estés vivo, por favor.

Al oír su voz, él alzó la cabeza de golpe.

—¿Eliana?

Ella retrocedió al verle los ojos. Los tenía amarillentos e inyectados en

sangre, y sus iris brillantes y azules ahora estaban apagados y nublados. Eliana le pasó suavemente el pulgar por una de las pocas zonas de piel que no estaban cubiertas de sangre.

—Me vas a deber mucho después de esto —dijo con voz temblorosa—. ¿Sabes lo fría que está el agua?

—No. ¡No! —Simon forcejeó con las cuerdas—. ¡Sal de aquí, corre!

Tras Eliana, Zahra se movió sorprendida.

—¡Cuidado!

Eliana se dio la vuelta y vio que Rahzavel emergía de las sombras con una fina espada en cada mano.

—Hola, Eliana —canturreó—. Bienvenida al final de tu historia.

—¿Por qué no lo he percibido? —susurró Zahra con voz tensa y furiosa bajo las tuberías sibilantes. Entonces se puso rígida—. Su conexión con el Emperador es muy fuerte. Debemos irnos, mi reina, antes de que Corien te encuentre.

—¡Déjame, Eliana! —aulló Simon, tirando con fuerza de sus ataduras.

—No me iré a ningún sitio.

Eliana observó a Rahzavel mientras se acercaba. Vio que tenía la cara manchada de rojo y que la sangre relucía en su oscuro uniforme... Supuso que se trataba de la sangre de Simon.

—¡Qué razón tienes! —dijo Rahzavel—. Sabes que, si intentas matarme, fracasarás, ¿verdad? Y si haces un solo movimiento, solo un puto movimiento, te mataré a ti primero y lo obligaré a mirar. —Apuntó a Simon con su espada y sonrió—. Sea como sea, tu ridícula misión de rescate no ha servido para nada.

—¡Eliana, por favor, corre! —gritó Simon.

Rahzavel agitó las pestañas y lloriqueó:

—¡Déjame! ¡Ay, mi querida Eliana, sálvate!

—Eliana —susurró Zahra, flotando en tensión a su alrededor.

—Cállate —espetó esta.

Con los ojos clavados en la figura ágil de Rahzavel, observaba cómo se

movía y calibraba el peso de sus espadas y el tamaño de la habitación.

—No, creo que no voy a callarme, pero gracias por el ofrecimiento. —Rahzavel se paseó alrededor de Simon—. De hecho, creo que me gustaría contarte una historia. Trata sobre una cazarrecompensas que se creyó invencible, pero que no era más que una zorra estúpida que había tenido suerte demasiadas veces.

—¡Dios, qué cansada estoy de escucharte! —gruñó Eliana. Su cuerpo rabiaba por moverse.

Entonces le vino un pensamiento a la cabeza. Miró a Zahra y alzó una ceja.

—Mi reina —murmuró Zahra—, si hago esto, seguramente no me quedarán fuerzas para nada más.

—Hazlo, ¡ahora!

El espectro salió disparado hacia Rahzavel y se sumergió en su boca sonriente.

Este se tambaleó hacia atrás, ahogándose. Dejó caer las espadas y se agarró la cara. Tropezó con un conjunto de tuberías.

—¿Qué es esto? —Su voz retorcida tembló con el peso de la ira de Zahra. Se arañó la ropa y el pelo—. ¿Qué es esto, Terror? ¿Qué has hecho? ¿Qué tengo dentro? ¿Un espectro?

Eliana se abalanzó sobre él, lo agarró por la camisa y lo tiró al suelo.

—Me temo, Rahzavel —contestó, sentándosele a horcajadas sobre el pecho y presionando la hoja dentada de *Arabeth* contra su garganta—, que este es el final de tu historia.

Entonces le rajó la garganta, se levantó tranquilamente y lo dejó ahogándose en el lugar en el que había caído. Zahra salió flotando de su cuerpo y dio unas palmaditas como si se estuviera limpiando las manos. Segundos más tarde, todo quedó en silencio..., hasta que dos explosiones sacudieron el mundo.

El barco se estremeció y crujió. Desde el exterior provinieron gritos de adatrox y el sonido de botas golpeando frenéticamente la cubierta.



Eliana se quedó paralizada.

—¿Qué ha sido eso?

Zahra ladeó la cabeza y escuchó. Entonces se le oscureció el rostro, como si una gota de tinta cayera en aguas grises.

—Ya ha empezado —susurró—. La flota ha atacado Astavar.

Eliana corrió hacia Simon y empezó a cortar las cuerdas con las que estaba amarrado.

—Te he pedido que te fueras —dijo Simon con voz ronca mientras ella lo desataba—. No me has hecho caso.

—¿Y te sorprende?

Se movió y cortó las dos últimas cuerdas. Cuando Simon quedó libre, Eliana intentó sujetarlo y resistir su peso lo mejor que pudo, pero estaba exhausta y hacía demasiado tiempo que no comía algo decente. Le fallaron las rodillas. Profirió una maldición y cayó con Simon encima.

—De acuerdo —dijo, e intentó salir de debajo de él, pero su cuerpo era un peso muerto que la mantenía pegada al suelo—. Vamos, levántate. Tenemos que salir de este barco y llegar a la orilla mientras se disparan unos a otros. ¿A que suena divertido?

Él no contestó. Estaba riendo... Colocado sobre su regazo, la miraba y se reía de ella.

—¡Ay, Eliana! —Unas lágrimas apagadas le brotaban de los ojos—. ¡Si tú supieras...! Tengo que contarte tantas historias...

—No me cabe duda, pero ¿podemos hacerlo luego? —Lo empujó de nuevo, pero él temblaba de risa y era imposible moverlo.

—Ya sé lo que pasa. —Zahra le señaló los ojos—. Lo vi durante la invasión. Es gas venenoso.

—¿Quieres decir que está ciego?

—Por ahora. A veces los ojos se reparan solos. Otras veces...

—Estupendo. Así será facilísimo escapar. ¿Simon? —Lo abofeteó suavemente en la mejilla—. Si no te mueves, me enfadaré.

—Enfádate —susurró Simon—. Hazlo por mí, dulce Eliana. —Levantó una mano temblorosa y le pasó el pulgar por la mejilla—. Es justo lo que quiero.

—Yo no me definiría precisamente como dulce —protestó ella, riendo con un poco de nerviosismo. Tendrían que estar moviéndose, pero no podía quitárselo de encima.

—No te veo demasiado bien —dijo él—. Eres un color borroso, tus ojos son sombras, pero aun así reconozco tu rostro. Te conocería en cualquier parte.

—Estás diciendo tonterías, ¿sabes?

—No le he contado nada —susurró Simon con urgencia—. No lo haría jamás. ¡Jamás! No le he dicho nada de ti. Podría haberme infligido cortes hasta el fin de los tiempos. Podría haberme susurrado en los oídos hasta matarme desde dentro. —Rio de nuevo, pero sonó terriblemente triste—. No habría importado. Jamás le habría hablado de ti.

Ella lo vio ponerse de rodillas con dificultad y hurgar en los bolsillos de sus pantalones en busca de algo.

—¿Dónde está? —susurró él.

El barco se estremeció una vez más. Arriba se oyeron unos rápidos disparos, y el horrible sonido de unos arañazos aulló a lo largo del casco.

—Tenemos que irnos, Simon.

—¿Dónde está? —preguntó él, gritando y con la voz desgarrada por un sollozo—. Lo he perdido. ¡Te he perdido!

Entonces emitió una pequeña exclamación y se sacó del bolsillo un sucio trozo de tela. Se lo tendió a Eliana para enseñárselo.

—Esto —murmuró— te pertenece.

Ella, desconcertada, miró fijamente el retal. ¿Acaso Simon había acabado perdiendo el juicio?

Zahra, que planeaba sobre el codo de Eliana, negó con la cabeza.

—No puedo ver nada en su interior. Sus pensamientos están enredados con muchas tormentas.

—Intenté retenerte. —Con torpeza, Simon le dobló el retal entre los dedos. A continuación, levantó sus manos unidas, se las llevó a los labios y le besó los nudillos—. Pero no pude. El hilo era demasiado fuerte. Yo era demasiado joven. Entonces, tu madre...

—Mi madre. —«La Reina Sangrienta», si creía lo que le habían dicho. ¿Se lo creía? Los ojos se le llenaron de lágrimas. No tenían tiempo para pensar en eso, pero, si se movían, el momento se rompería y quizá no volverían a encontrarlo—. ¿Qué estás diciendo, Simon?

—Somos los únicos que quedan, Eliana. Tú y yo. Los únicos que vivimos allí.

Ella se agachó para mirarlo a la cara.

—¿Dónde vivimos? Dime.

—En Celdaria. —Inspiró de forma temblorosa—. Intenté retenerte, pero el tiempo te apartó de mí. Solo debíamos ir a Borsvall. Iban a escondernos de él.

Eliana sintió que el aire le abandonaba los pulmones. La mente le iba muy deprisa.

—¿De quién? ¿De Corien?

—Jamás te tocará. Te perdí una vez, pero no volveré a hacerlo.

Ella seguía con las manos cerradas alrededor del pedacito de tela. Por muy sorprendente que fuera, tenía que hacerle una pequeña pregunta:

—Pero ¿qué es esto?

Él dirigió la mirada al retal que ella tenía entre las palmas de las manos y sonrió.

—Tu manta. —La pena que había en su voz le atravesó el corazón a Eliana—. Tu madre te envolvió en ella y, cuando el hilo te arrancó de mis brazos, se rompió. He guardado este trozo porque me recuerda... a todo. A casa. Éramos tan pequeños, Eliana... Y después nos traje aquí y lo estropeé todo. Te he fallado. ¡Os he fallado a todos!

Una explosión detonó. El barco se sacudió, y los arrojó a los dos a un lado.

—Eliana —dijo Zahra con firmeza.

—Lo sé. —Eliana le sujetó la cara a Simon y lo miró a los ojos destrozados—. Ahora correremos, pero yo no puedo cargar contigo. Tendrás que ayudarme. Justo como lo hiciste aquella vez en... —Se le quebró la voz. Notaba el collar demasiado frío y afilado bajo la camisa—. En Celdaria, ¿de acuerdo?

Él asintió con la cabeza y se puso en pie con dificultad. Ella se lo apoyó sobre un costado y le pasó el brazo alrededor de los hombros. Con Zahra abriendo camino, salieron cojeando a un pasillo y subieron por unas escaleras estrechas. Sonó otra explosión, y ambos se estrellaron contra la pared. Eliana soltó un bufido cuando el fuerte peso de Simon la golpeó.

—Dame solo un momento —dijo él, con el rostro contraído por el dolor—, y después podré andar por mí mismo.

—Lo siento, sé que estás herido.

—No me pidas disculpas, Eliana. Jamás.

Cuando salieron a la cubierta principal, Eliana se paró en seco.

Ante ellos se extendía una ancha bahía flanqueada de rocas altas y escarpadas y salpicada de pequeños icebergs. Dos líneas de barcos se enfrentaban entre sí a lo largo de una estrecha extensión de agua negra inundada de restos de naufragios en llamas. Más allá del agua, había una playa blanca, repleta de soldados, que abrazaba un conjunto de colinas envueltas en la noche.

«Astavar.»

Eliana se apartó de debajo del brazo de Simon y se aseguró de que este se mantenía en pie.

—¿Zahra? ¿Puedes ocultarnos?

Zahra negó con la cabeza e hizo una mueca de frustración con la boca. Su forma se desvaneció y volvió a formarse con un parpadeo.

—No lo creo, mi reina.

Eliana exhaló.

—Perfecto.

—Manteneos cerca de mí y pisad por donde vuelo. Os encontraré el mejor camino que pueda.

—Tú y yo sobrevivimos al fin del mundo —murmuró Simon, y le apretó los dedos a Eliana. El vaho de su aliento flotaba en el aire—. También sobreviviremos a esto.

Al oír esas palabras, un escalofrío se apoderó de ella. Entonces le agarró la mano con más fuerza y empezaron a correr.

## Rielle

«En este sendero sombrío y desconocido, nacido de la pérdida y pavimentado con la ira, proyecta tu corazón e ilumina el camino, de la noche más oscura al más brillante día.»

*Canción de santa Katell,*  
compositor desconocido

Rielle entró en el Salón de los Santos con el corazón desbocado.

Eso no estaba bien.

Estar en esa habitación, llevando un vestido reluciente, con el cuerpo de Bastien aún sin enterrar en las catacumbas y el reino llorando su muerte, la pérdida de su rey... Sentía que era desconsiderado, e incluso cruel, que ese día el arconte la coronara Reina Solar.

Si no hubiera sido ella quien los hubiera matado a todos, también habría sido cruel.

Pero el arconte había insistido.

—Los escritos de santa Katell exigen que la Reina Solar, cuando llegue, sea coronada en un solsticio —le había explicado el día después de la masacre de la prueba del fuego, cuando los sonidos de la muerte aún le retumbaban en los oídos—. Calculamos cuándo debíamos hacer vuestras pruebas precisamente por esa razón. Vos lo sabéis, lady Rielle.

Ella había cometido el error de cerrar los ojos. Cada vez que lo hacía, veía a Ludivine cayendo hacia su muerte. Después de buscar durante días entre los escombros humeantes del laberinto, no habían conseguido encontrar su cuerpo.

—Sí, lo sé —había logrado decir Rielle con voz pastosa—. Pero, dados los recientes acontecimientos, quizá la Iglesia podría...

—No.

El arconte le había observado el rostro. Ella se había preguntado qué sería lo que encontraría. ¿La miraría a los ojos y vería lo que su padre siempre había visto? ¿El alma de una asesina?

—Ahora más que nunca, lady Rielle —dijo el arconte—, nuestro pueblo necesita esperanza. No podemos esperar al solsticio de invierno para coronaros. Los celdarianos necesitan que su Reina Solar los ayude en los días que están por llegar.

«¿Y qué esperanza —había querido preguntar Rielle— pueden llegar a encontrar en una asesina como yo?»

En el Salón de los Santos, Rielle cerró los ojos y luchó contra las lágrimas. Si no hubiera sido por ella, Corien no habría invadido la prueba del fuego. Los soldados de los Sauvillier a los que había atrapado ahora estarían en sus casas, en el norte, y aquellos inocentes que habían muerto en la escaramuza de la ladera aún seguirían vivos.

«Ludivine. Papá. El rey Bastien. Lord Dervin.»

Los nombres le daban vueltas en la cabeza sin cesar y hacían que el caparazón de su corazón se mellara y se derrumbase.

«Ludivine.»

Según el informe del señor de las Letras, el recuento final era de cincuenta y ocho muertos. Ahora, la sangre de todos ellos le manchaba las manos, y no podía revelar el porqué de lo sucedido. No. Jamás. Tal vez, si Ludivine aún estuviera viva, Rielle se habría atrevido a confesárselo a ella.

«Ludivine —pensó desesperada—, lo siento mucho.»

Abrió los ojos para mirar a la multitud que aguardaba y consiguió sonreír con solemnidad. La corte del rey Bastien al completo y la élite de la ciudad estaban reunidas en el salón. En el exterior de Baingarde, una masa de ciudadanos esperaba en el patio de piedra que había en la entrada del castillo.

A mediodía, después de la bendición del arconte, sonarían las campanas del solsticio.

Rielle miró hacia delante, hacia el altar chapado en oro que brillaba bajo la luz de miles de velas. El arconte la esperaba vestido con su túnica ceremonial. Tras él, en los travesaños, había un coro de acólitos del templo que cantaban la Canción de santa Katell.

Ella inspiró profundamente y empezó a caminar hacia él. Dejó atrás a los guardias, que se quedaron junto a la puerta.

Hacía unas semanas, había hecho el mismo trayecto, asustada e insegura bajo los ojos severos de los santos. Aquel día, el salón estaba casi vacío y había caminado flanqueada por unos guardias que estaban preparados para matarla.

Pero ahora, la gente que abarrotaba la sala la observaba avanzar con ojos brillantes. A su paso, oía susurros reverentes que ondeaban entre la multitud.

Por lo visto, Ludivine había encargado el vestido sin que Rielle lo supiera. Hacía tres días, las sirvientas de su amiga, con los ojos rojos, se lo habían llevado a Rielle para realizar los últimos retoques. Ella había mirado una sola vez el vestido y apenas había conseguido despachar a las sirvientas a tiempo antes de perder la compostura.

Era una maravilla hecha con pálido encaje astavariano. El ancho escote le dejaba los hombros al descubierto. Las mangas, largas y ligeras, caían al suelo y se arrastraban junto a la cola de la falda. Un forro brillante e iridiscente se le pegaba al torso y relucía a través del fino tejido del encaje. Eso creaba el efecto de que Rielle se había sumergido en luz solar líquida. Las sirvientas de Ludivine le habían rogado que las dejara entrelazarle cintas doradas en la oscura cascada del cabello y pintarle espirales de un ámbar brillante alrededor de los ojos.

—Lady Ludivine habría querido que cuidáramos de vos —había dicho la mayor de ellas con boca temblorosa— y que os hiciéramos resplandecer como el sol, mi lady. Por lo tanto, así lo haremos.



Pero, mientras Rielle cruzaba el salón, no le importaban ni el vestido ni los murmullos de reconocimiento de la gente junto a la que pasaba. Sus dedos rabiaban por aferrarse al colgante que llevaba alrededor del cuello.

En cambio, vio a Audric sentado al lado del trono vacío de su padre y se consoló con la calidez cansada de sus ojos.

Él le había regalado el collar esa mañana. Había llamado a la puerta cuando ella aún estaba soñolienta por haber pasado otra noche sin dormir.

—Para ti.

Sin decir nada más, le había puesto la joya en la mano. Le había besado los nudillos y la parte interna de la muñeca, había cerrado los ojos y había dejado la boca quieta sobre su piel.

Evyline, que se encontraba a pocos metros y miraba la pared con determinación, había carraspeado.

—Audric —había dicho Rielle con voz quebrada—, ¿tenemos que hacerlo? Sin que nuestros padres hayan recibido los rituales apropiados...

—Hoy el sol brillará con mucha fuerza. —Con el semblante agotado por el dolor, la había acariciado—. Pero no tanto como tú. Por favor, Rielle, nuestro pueblo necesita verte.

Ahora, un sol liso y de oro blanco colgaba de una delicada cadena y se le posaba entre las clavículas. Sus anchos rayos se abrían en abanico y formaban unas láminas bañadas en oro, tan finas como las alas de una mariposa. Cuando Rielle se arrodilló frente al arconte, la luz cayó sobre el collar, que despidió un rayo de luz que voló por el techo.

El arconte le puso una mano pesada llena de anillos sobre la cabeza inclinada.

—El Portal caerá —empezó a decir. Las conocidas palabras de la profecía de Aryava hicieron que la estancia se quedara en silencio. Las voces del coro se suavizaron—. Los ángeles regresarán y arruinarán el mundo. Sabréis que ha llegado el momento porque dos reinas humanas se alzarán: una hecha de sangre, y otra hecha de luz. Una será capaz de salvar el mundo, y otra, de

destruirlo. Dos reinas se alzarán. Tendrán el poder de los Siete. Y vuestro destino en sus manos. Dos reinas se alzarán.

«Una hecha de sangre.

»Otra hecha de luz.»

Rielle clavó los ojos en sus propias manos entrelazadas, deseosa de limpiárselas. Tenía la piel sudada y le picaba. Tuvo la visión de que se la quitaba y ponía al descubierto la turbia y negra verdad que yacía debajo.

El arconte se alejó de ella.

—Lady Rielle Dardenne, habéis superado las pruebas que la Iglesia había puesto ante vos y, al hacerlo, habéis resistido grandes peligros. A lo largo de las últimas semanas, este reino os ha observado atentamente, y vuestro poder es diferente a todo lo que habíamos visto hasta ahora. Así que decidnos, lady Rielle: ¿qué Reina sois?

«Una hecha de sangre.

»Otra hecha de luz.»

Rielle miró al arconte a los ojos.

—Soy la Reina Solar, Su Santidad, y estaré orgullosa de servir a Celdaria hasta el fin de mis días.

El arconte sonrió y le tendió la mano.

—Entonces, levantaos, lady Rielle, y empecemos la...

Lo interrumpió un grito proveniente del final del salón, seguido de un segundo y de un tercero. Un clamor de asombro y terror llenó la estancia.

El arconte palideció, con los ojos clavados en algo que había detrás de Rielle. Dio un paso atrás, buscando la silla con la mano.

Audric, sin dejar de sujetarle la mano a su madre, se puso de pie de un salto. La reina emitió un grito suave y quebrado.

Rielle, con los pulmones taponados a causa del terror, se dio la vuelta. ¿Era Corien? ¿Había venido dispuesto a gritar la verdad para que todos oyeran lo que era ella?

No se trataba de Corien.

Ludivine, descalza, con el pelo dorado y revuelto, salió de entre la multitud.

Se sujetaba firmemente una capa harapienta sobre la garganta y las caderas; debajo no llevaba nada. Tenía la piel cenicienta, pero entera. Estaba viva... ¡Estaba viva!

Rielle emitió un sonido ahogado y se tambaleó.

Ludivine subió las escaleras del altar y, con una mano, le cogió las manos a Rielle. Su tacto era cálido, familiar. Se volvió hacia la sala.

La voz alta y temblorosa de la chica se alzó sobre las voces aturdidas de la multitud.

—Sé que esto es sorprendente, incluso aterrador. Perdonadme, os lo ruego.

Dentro de la mente de Rielle, Ludivine susurró: «Siento que tengas que enterarte así. Confía en mí, por favor. Debemos tener cuidado».

La conmoción sacudió el cuerpo de Rielle de forma dolorosa, como si la hubieran golpeado en los hombros. El agarre férreo de Ludivine fue lo que la mantuvo en pie.

—No sé cómo explicároslo —prosiguió—. Lo último que recuerdo está borroso. Lady Rielle luchando con un grupo de dominametales. Desertores de la casa Sauvillier. La de mi propio padre. —La voz de Ludivine se fue apagando, llena de tristeza.

«Debemos convencerlos a todos.»

—¿Lu? —susurró Rielle, temblando.

«No pasa nada. Por favor, cielo, no me tengas miedo.»

—Recuerdo que un arma me golpeó en el estómago —siguió diciendo Ludivine—. Recuerdo... que caí.

De repente, Audric estaba junto a ellas. Se desabrochó su capa de vestir y se la puso a su prima sobre los hombros. Rielle se alegró de sentir la sólida calidez de su cuerpo; la anclaba a su propia respiración, a su propio corazón que latía de forma salvaje. Era evidente que no se trataba de un sueño.

«No es un sueño. —Los pensamientos de Ludivine llegaron con suavidad

—Al fin sabes la verdad. Pero ellos no pueden enterarse. Nadie.»

—Todos creísteis que había muerto —dijo, tendiéndole la mano a Audric. Él, con cautela, se la agarró—. Yo también lo creía. Pero entonces sentí que el poder se elevaba de la tierra y me insuflaba de nuevo la vida. Sentí un contacto que me resultaba familiar y busqué a lady Rielle a mi alrededor, pero no estaba. Su poder, sin embargo... me rodeaba por completo. Aún permanecía en el ambiente después de la prueba. Me devolvió el cuerpo... y la vida.

«Confía en mí.»

Los pensamientos invadían la mente de Rielle. ¿Confiar en ella? ¿Confiar en quién? ¿Quién era ese ser? No se trataba de Ludivine, sino de una impostora.

«Te equivocas. Soy yo, de verdad. Por favor. Si alguna vez me has querido, confía en mí. Solo por un momento. Más tarde te lo explicaré todo.»

Rielle apenas podía respirar. Las lágrimas se le acumularon enseguida. «No te he devuelto a la vida. No lo entiendo.»

«Pero pronto lo harás. Te lo prometo.»

—Siempre hemos sabido que la Reina Solar, cuando llegara, protegería nuestro reino de aquellos que desean hacernos daño. —A Ludivine le temblaba la voz de la emoción—. Pero ahora ella está aquí, y su poder es aún más grande de lo que creíamos. No solo tiene el poder de los Siete, tal como la profecía predijo. —Se arrodilló frente al dobladillo de la brillante cola de Rielle—. También tiene el poder de dar vida a los muertos.

«Confía en mí. Deprisa. —En la mente de Rielle, Ludivine se mantenía firme—. Tienen que creerme. Tienen que aceptar esto ahora, o todo estará perdido.»

—Rielle, ¿es eso cierto? —murmuró Audric, con el semblante lleno de confusión y una pizca de miedo—. ¿La resucitaste?

Rielle luchó contra el impulso de derrumbarse y puso una mano sobre la cabeza inclinada de Ludivine.

—Siento que tengáis que enteraros así —dijo, repitiendo las palabras de su

amiga. Levantó los ojos hacia la multitud e hizo que su rostro reflejara una serenidad que no sentía. Su mente se esforzaba por superar la conmoción para encontrar unas palabras, las que fueran, que tuvieran sentido—. Las pruebas han intensificado mi poder de una manera que no esperaba, pero no quiero levantar esperanzas antes de estar segura de que esto funcione, antes de poder confirmar si de verdad he hecho que lady Ludivine vuelva a nosotros.

«Bien. —El alivio de Ludivine fue como una caricia—. Muy bien.»

—Ojalá... —A Rielle le falló la voz—. Ojalá fuera lo suficientemente poderosa para salvar a todos los que perdimos aquel día.

Audric le tocó con suavidad la parte baja de la espalda, y eso la mantuvo en pie, pero fue incapaz de mirarlo. No confiaba en que su cara escondiera lo que era necesario ocultar.

Ludivine le sonrió desde abajo.

—Me habéis salvado, lady Rielle, como a todos los presentes. Os enfrentasteis a un gran mal, justo aquí, en nuestra querida ciudad, y lo vencisteis. Vuestro poder es maravilloso, y os debemos la vida.

Entonces Ludivine le besó la mano. Mientras Rielle lo veía todo a través de un velo titubeante de asombro, la persona más cercana de la multitud se puso de rodillas. Otras la siguieron, y aún más, hasta que toda la sala, cientos de personas, se había arrodillado ante ella.

—¡Larga vida a la Reina Solar! —resonó la voz exultante de Ludivine, y el resto la imitó.

La luz del sol de mediodía se derramaba a través de las altas ventanas y les teñía de oro los rostros llorosos. Abajo, en la ciudad, las campanas de la Casa de la Luz empezaron a repiquetear anunciando el solsticio.

Rielle paseó la mirada por la multitud y se dio cuenta de que había un grupito de gente en la sala que no repetía el grito de Ludivine.

Estaban arrodillados, igual que los demás, pero observaban a Rielle con caras silenciosas, como de piedra.

Un escalofrío de preocupación le recorrió el cuerpo, pero tenía que atender

asuntos más urgentes.

Le apretó la mano a Ludivine. Esperaba que le doliera.

«Eres un ángel —pensó, con una rabia repentina y agresiva—. Me has mentido.»

«Y tú no le has contado la verdad a Audric acerca de la muerte de su padre —le contestó Ludivine, con un dejo de tristeza en la voz—. Estamos hechas la una para la otra. Ahora, no dejes de sonreír.»

## Eliana

«Sea lo que sea lo que nos traiga el mañana, el mundo recordará esto como el día en que Astavar se mantuvo firme contra un gran mal y luchó por sus reinos hermanos caídos hasta que ya no había más lucha que dar.»

Discurso de Tavik y Eri Amaruk,  
reyes de Astavar, a su ejército,  
16 de agosto, año 1018 de la Tercera Edad

Eliana saltó del barco al bote salvavidas. Aterrizó de rodillas con violencia y, a continuación, utilizó a *Tuora* y a *Borrasca* para cortar las amarras del bote.

Cuando al fin se liberaron, agarró los remos y empezó a remar. A ambos lados, los tiros se estrellaban contra el agua. Los adatrox se apiñaban en la barandilla del barco, y las balas soltaban chispas a cada disparo.

En el momento en el que una bala le pasó rozando la oreja, Eliana se agachó y tiró de Simon hacia abajo por el cuello de la camisa. El fuego de un cañón golpeó el agua cerca de ellos e hizo que el bote se sacudiera y que un chorro de agua congelada los salpicara.

Simon soltó una maldición, y Eliana echó un vistazo a su torso ensangrentado. Le había conseguido una chaqueta y una espada de uno de los adatrox a los que había asesinado mientras protegía el bote. Pero no le servirían de nada si no conseguían llevarlo a un sanador... enseguida.

Una vez que se encontraron fuera del campo de tiro de los adatrox, Eliana le pasó los remos a Simon.

—¿Puedes remar? Solo será un minuto.

—Remaré todo el tiempo que necesites —contestó él.

Ella se dirigió rápidamente a la parte frontal del bote, se agachó junto a Simon y escaneó el agua que tenían delante.

—Deben de quedar unos cuatrocientos cincuenta metros —estimó—. Tenemos que pasar entre esos icebergs y, luego, me parece ver un camino hacia la orilla.

—¿Y de qué está hecho, si se puede saber?

—De hielo. También hay alguna roca.

—¡Ah! Cruzar el agua por un camino así está chupado para un hombre que se ha quedado ciego hace poco.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Yo te ayudaré, y Zahra, también.

—¿Eliana? —La voz afectada del espectro hizo que la chica se diera la vuelta—. Está pasando algo.

—¿Qué?

Eliana entornó los ojos y observó lo que sucedía sobre el agua negra. La flota del Imperio, formada por treinta navíos, la mayoría enormes barcos de guerra, se movía en una larga línea a lo largo del hielo, que cada vez se hacía menos espeso.

—¿Qué hacen?

—Describémelo —pidió Simon.

—Se están agrupando en línea junto al hielo, uno al lado del otro y con las popas mirando al norte. —Eliana no le encontraba sentido a tal maniobra—. Es como si estuvieran formando una barrera entre el hielo y el agua abierta. ¿Es un bloqueo?

—Han dejado de disparar —observó Zahra.

Con un golpe seco, el bote embistió y rascó un bloque bajo de hielo. Eliana desembarcó enseguida y sujetó el bote con fuerza. El espectro flotaba a su lado.



—Baja por aquí —indicó la chica.

Simon buscó a tientas la espada del adatrox y obedeció. Lentamente, fue palpando el bote para encontrar el camino. Eliana lo guio a través del hielo y, a continuación, pasaron a otro gran bloque por una estrecha grieta de agua negra.

Simon levantó los ojos enrojecidos en dirección a la flota.

—¿Por qué han dejado de disparar?

—No lo sé, pero deberíamos aprovecharlo y darnos prisa.

Pero entonces, justo cuando Zahra soltaba un grito agudo y desesperado, un cuerno grave retumbó sobre el agua. Al unísono, secciones enteras de los cascos de los barcos de guerra se abrieron y se estrellaron contra el hielo. Una ola de oscuridad salió disparada de ellos y empezó a galopar salvajemente por la costa. Unos gritos discordes y estridentes llenaron el aire: aullidos, palabras incompletas y chillidos furiosos.

A Eliana se le heló la sangre, más que el hielo que ahora temblaba bajo sus pies. Conocía aquel sonido, lo había oído en los laboratorios de Fidelia.

—¿Qué es eso? —Simon se puso tenso tras ella—. Eliana, dime qué está pasando.

—¡Reptadoras! —Zahra se movió junto a los hombros de Eliana—. ¡Debemos irnos, mi reina!

Pero Eliana se había quedado paralizada. Observaba cómo las criaturas avanzaban a toda velocidad por el hielo en dirección a ellos. Se movían muy deprisa, medio corriendo, medio arrastrándose. Con cada golpe, las extremidades se les doblaban de una manera antinatural.

—Fidelia —susurró Eliana, y dio dos pasos vacilantes hacia atrás.

Era justo lo que le había dicho Zahra: habían convertido en monstruos a las mujeres secuestradas de Ventera.

El espectro se estiró para alcanzar su máxima estatura, la más oscura, y rugió:

—¡Corred!

Eliana se dio la vuelta, resbaló y, al caer al suelo, se golpeó la mandíbula contra el hielo. Se levantó enseguida, encontró a Simon y le agarró la mano.

—¿Puedes ver algo? —gritó por encima del estruendo que se acercaba.

Unas campanas de alarma sonaron desde los barcos astavarianos. Estos reanudaron el fuego de sus cañones y abrieron una docena de nuevos agujeros en el hielo ante la ola invasora de reptadoras.

—¡Corre! —le gritó Simon—. ¡Y no mires atrás!

Él intentó quitársela de encima, pero ella lo agarró con fuerza.

—¡No pienso dejarte aquí!

—Te seguiré el ritmo. ¡Muévete!

Ella se volvió y empezó a correr, con Simon pisándole los talones. Zahra volaba por delante, sobre el hielo, y buscaba el camino más seguro.

—¡Izquierda! —gritó el espectro, guiándolos por un delgado trozo de hielo—. ¡Saltad!

Eliana se lanzó sobre una cresta de hielo y, seguidamente, sobre otro bloque que se encontraba a pocos centímetros.

—¡Aquí, Simon! —gritó por encima del hombro—. ¡Sigue mi voz!

Él saltó junto a ella, sobre el hielo. Lo golpeó con tal fuerza que los dos resbalaron. Eliana clavó a *Arabeth* en la superficie y, con la otra mano, agarró a Simon por la camisa. Debido al peso del chico, los músculos se le estiraron con violencia. Emitió un chillido de dolor y se aferró a su daga con cada ápice de fuerza que poseía.

Simon trepó a su lado, y el bloque de hielo se inclinó de nuevo.

Una forma oscura voló por encima de sus cabezas y aterrizó con fuerza a pocos metros.

Eliana, aterrorizada, levantó la vista y vio que una oleada de reptadoras pasaba junto a ellos. Tenían una cabeza bastante humana, pero deforme y con una apariencia similar a la de una bestia. De las mandíbulas rotas les sobresalían dientes afilados. Llevaban restos de ropa desteñidos pegados al cuerpo, y las zonas de piel que Eliana pudo ver estaban salpicadas de escamas

y de matas de pelo oscuro y descuidado. Olfateaban el aire como si fueran sabuesos y clavaban las uñas, gruesas y puntiagudas, en el hielo.

Todas esas mujeres habían sido secuestradas mientras dormían. Las habían arrancado de sus camas, de sus casas y de sus seres queridos y las habían convertido en... eso.

Era un destino impensable. Era el futuro que le esperaba a su madre si no conseguía encontrarla a tiempo.

Un par de reptadoras cayeron de golpe contra el hielo, se dieron la vuelta y corrieron hacia Eliana.

Zahra gritó, mientras su forma parpadeaba y desaparecía.

—¡Por aquí!

Eliana se volvió y corrió. Por todos lados, un mar de reptadoras aullaba y se precipitaba hacia la orilla. Un fuego de cañón chocó contra el hielo. El impacto hizo estallar en pedazos a las mutantes que los perseguían.

Eliana se dio la vuelta; le pitaban los oídos. ¿Simon? Aún estaba ahí, preparado, con la espada desenvainada y el pelo cubierto de escarcha. Eliana siguió el reluciente camino de Zahra a través de una brecha oscura y movediza entre icebergs, a lo largo de una cresta de rocas heladas y por una extensión llana y larga de un blanco gélido.

Entonces, la forma de Zahra se estremeció y desapareció.

Eliana tropezó. El pánico le retumbaba en los oídos.

—¡Sigue corriendo! —gritó Simon.

—¿Zahra? —chilló Eliana—. ¿Dónde estás?

El espectro, que ahora era una leve distorsión en el aire, descendió junto a ella.

—Lo siento, mi reina. ¡Apenas puedo mantenerme unida!

—¡Ve a avisar a los de la flota que estamos aquí!

Hubo otra explosión justo delante de ellos. Eliana derrapó para detenerse y, al hacerlo, empujó a Simon y lo tiró al suelo. Cuerpos y fragmentos de hielo volaron por los aires. Les llovieron encima chispas ardientes.

—Y, por el amor de Dios, ¡diles que dejen de dispararnos!

Zahra salió volando.

Eliana miró hacia atrás por encima de la cabeza de Simon y, a pocos metros, vio un grupo de cuatro reptadoras agachadas sobre una cresta cubierta de hielo. Una de ellas, con el pelo enmarañado, apelmazado y oscuro, dio un zarpazo al hielo con una mano bulbosa.

—Simon —musitó Eliana—, levántate poco a poco.

Él obedeció. Juntos dieron unos pasos lentos hacia atrás.

Entonces, la reptadora líder emitió un fuerte aullido. Las cuatro, mostrando los dientes, saltaron al agua. Se movían como cucarachas: deprisa y erráticas. Simon hizo caer la espada con violencia sobre el cuello de una de ellas, cuya cabeza voló y cayó al agua. Otra se abalanzó sobre él y lo tumbó.

Una tercera se puso a dos patas y sacó las uñas. Eliana esquivó el golpe y la apuñaló en el estómago. Mientras la reptadora caía, ella le arrancó a *Arabeth* del vientre, se volvió y lanzó la daga entre los omóplatos de la criatura que siseaba sobre el pecho de Simon. Esta rugió de dolor y cayó al suelo.

Eliana se dio la vuelta y cogió a *Silbador*. Pero no vio por ningún lado a la cuarta reptadora, la del pelo oscuro y enredado.

Eliana corrió hacia Simon, arrancó a *Arabeth* del cuerpo retorcido de su atacante y echó a correr de nuevo.

—¡Por aquí! —lo llamó, pero Simon ya iba tras ella, respirando con dificultad—. ¿Estás bien?

—De maravilla —contestó él con voz cansada.

Por todos lados, las reptadoras gateaban sobre el hielo. Eliana pensó que había centenares. Tal vez miles.

Unos disparos partieron el aire en dos, y unos gritos humanos aterrorizados los siguieron. Eliana miró hacia el oeste. Algunas de las criaturas habían llegado a la orilla. Salían reptando del agua hacia la playa como si fueran

monstruos marinos que pisaban tierra. El ejército astavariano los atacaba con revólveres y espadas, pero las reptadoras seguían llegando.

Mientras Simon y Eliana corrían, una sombra les cayó encima. Ella miró hacia arriba. Habían llegado al lugar donde se encontraba la flota de Astavar, formada por barcos pequeños y elegantes cuyos mástiles se elevaban unos treinta metros en el aire. Las reptadoras se movieron en manada hacia el más cercano, arrancaron las velas de sus mástiles y derribaron a los soldados que había en cubierta.

—Ya casi hemos llegado —gritó Eliana por encima del sonido de muerte y disparos, de los aullidos y del crujir de la madera—. ¡No te separes de mí, Simon!

Se deslizaron por la afilada pendiente de un iceberg y corrieron por un bloque llano y largo. Ahora ya habían pasado la flota de Astavar y se encontraban a solo unos cientos de metros de la orilla. A Simon le fallaron las rodillas y gritó de dolor.

Un peso brutal se estrelló contra ellos por detrás y los arrojó a ambos al suelo.

Eliana perdió la visión y la recuperó de nuevo. Mareada, levantó la vista.

Una reptadora tenía a Simon atrapado contra el suelo. Era la de antes, la de las matas de pelo oscuro y apelmazado. Esa criatura —esa mujer— rechinaba los dientes justo sobre la garganta de Simon. Este se zafó de ella con un giro y le dio un puñetazo en la mandíbula. Ella gritó una palabra confusa y familiar que Eliana reconoció: era una palabrota venterana.

Eliana saltó sobre la bestia, pero esta la apartó de un golpe con un brazo monstruoso. Ella se puso de pie enseguida y, a la vez, Simon se apartó rodando y le clavó la espada a la reptadora en un costado.

La mutante emitió un grito agónico y se agarró la herida. Su mano era bulbosa, deforme y estaba cubierta de llagas que supuraban. Eliana le vio las mismas marcas que ahora manchaban el cuerpo de Navi y sintió lástima.

Mientras dudaba, la reptadora levantó la mirada..., y al fin Eliana le vio

directamente el rostro magullado.

En cuestión de segundos, miles de recuerdos se abalanzaron sobre ella.

Sentada en casa junto a Rozen, con el bebé Remy en el regazo. Su madre sujetando un libro abierto de cuentos para que Eliana pudiera leérselos en voz alta a su hermano. Eran historias de los siete santos y de los animales que los llevaban a luchar contra los ángeles.

Rozen junto a la cama de Eliana en mitad de la noche. La invasión se había apoderado del reino y su padre no había vuelto a casa.

Rozen enseñándole a Eliana cómo luchar, cómo mentir, cómo matar.

Ahora, medio viva sobre el hielo, Eliana buscaba a Rozen Ferracora en el rostro desfigurado de la mutante. El mundo, furioso, aullaba a su alrededor.

—¿Madre? —Le colocó en el pecho la mano con la que agarraba a *Arabeth*. Un rugido sordo le llenaba los oídos y palpitaba al ritmo de su corazón—. Soy yo. Soy... Eliana.

La reptadora parpadeó y, con voz ronca, dijo algo ininteligible. Entonces gruñó y se abalanzó sobre ella.

Simon se estrelló contra la criatura, la derribó y levantó la espada.

—¡Espera! —gritó Eliana—. ¡No le hagas daño!

Pero en ese momento la reptadora se zafó de Simon y lo golpeó en la cara.

Este cayó al suelo, y su espada salió volando sobre el hielo y se hundió en el agua. La reptadora saltó sobre él enseñando los dientes. Con el puño, que estaba atravesado por clavos de metal rodeados de carne infectada, golpeó el suelo junto a la cara de su víctima.

—¡Eliana! —rugió Simon, esquivando a la reptadora—. ¡Vete!

Pero ella ya estaba en movimiento.

Corrió con la visión empañada y, justo cuando la bestia se puso a dos patas para propinarle un golpe mortal a Simon, Eliana le hundió a *Arabeth* en el estómago.

La sangre salió a borbotones y le cayó sobre la mano. La reptadora se sacudió, ahogándose, se deslizó sobre Simon y se desplomó en el hielo.

Eliana se hincó al lado de la reptadora y observó cómo sus últimos alientos se apoderaban de ella. Con cada violenta inhalación, los ojos se le oscurecían y la inteligencia regresaba a ellos.

—Conozco este cuchillo —dijo la reptadora jadeando, con palabras quebradas, agitadas y apenas comprensibles. Pero Eliana oyó el hilo de una voz familiar enterrada en su interior y dejó de tener miedo—. Conozco esta cara.

Rozen le acarició con mano temblorosa la mejilla, su piel también era áspera y llena de llagas escamosas.

—Acaba con mi sufrimiento —le suplicó Rozen. Una tos húmeda se apoderó de ella—. Por favor..., mi dulce niña.

Eliana le dio un beso en la frente hinchada y febril y, a través de las lágrimas, le susurró:

—Te quiero.

Entonces le hundió a *Arabeth* en un costado de la garganta y miró cómo la luz abandonaba sus ojos inyectados en sangre.

\* \* \*

A Eliana le zumbaba la cabeza. Su respiración se volvió agitada y débil. El mundo se esfumó, pero luego volvió de forma repentina y le robó todo el aire.

Una furia inmensa empezó a crecer en su interior... Era más ardiente y más negra que cualquier impulso violento que la hubiera llevado a pelear en el pasado.

A su alrededor, el campo de batalla rugía en una sinfonía de explosiones y de gritos agónicos. Sobre su cabeza, el fuego dibujaba arcos en el aire: los proyectiles, encendidos y a punto de estallar, se elevaban en dirección a la playa. Las reptadoras emergían del agua y se llevaban por delante a los soldados astavarianos.

—Eliana —le dijo Simon, muy de cerca—, tenemos que movernos.

Su voz, firme pero extremadamente dulce, fue lo que la acabó de romper.  
Eliana gritó.  
El mundo gritó con ella.

\* \* \*

Por un momento —breve, pero salvaje e imposible de entender—, Eliana lo vio todo.

El hielo, el cielo y el agua cobraron vida. Lo vio todo tal como era: un velo, nada más. Una capa que escondía algo increíble y divino.

El tiempo se ralentizó.

Se vio a sí misma y a Simon, ambos ensangrentados y temblando. Vio que en la playa había un enjambre de monstruos y que las proas de la flota del Imperio avanzaban cortando el hielo. Oyó los gritos de ayuda de los soldados astavarianos y le pareció escuchar al príncipe Malik Amaruk exclamar órdenes a aquellos que luchaban en la playa. Le pareció oír a Remy, escondido en el castillo de Navi, susurrando: «Espero que estés bien, Eliana».

También le pareció oír una voz que flotaba a través del océano para decirle: «Lo he sentido, Eliana. Ya no puedes esconderte de mí».

Ella, que no veía nada y lo veía todo a la vez, miró fijamente el mundo glacial que estallaba a su alrededor.

El dolor hizo que unos dedos helados se le cerraran sobre la garganta.

«Te consumiré.» La voz de su madre. Ahora no era más que un recuerdo.

Cayó de rodillas. Apartó las manos de Simon de un empujón y emitió una protesta sin palabras.

«No me consumiré.»

A continuación, golpeó los puños con fuerza contra el hielo y se dobló sobre sí misma. Le costaba respirar.

A su alrededor, los ruidos de la batalla menguaron. Ella existía dentro de un capullo, donde el agua lamía el hielo, donde el hielo estaba caliente por la



sangre de su madre, donde la sangre le manchaba las manos apretadas.

El agua retumbaba y se movía. El hielo se partió. El cuerpo de Rozen se deslizó hasta el agua y desapareció. Un ruido sordo y percutivo golpeó el aire. Unas luces brillantes empezaron a centellear... Eran demasiadas... Y estaban furiosas.

Un grito amortiguado la sacó de dondequiera que hubiera ido.

Parpadeó. Parpadeó de nuevo.

Simon la puso de pie.

—Estás ardiendo. Venga, vámonos. Dios mío, Eliana, ¿qué has hecho?

Ella no contestó, porque, en realidad, no tenía respuesta. Una sensación cargada le tiraba de las manos y le mordisqueaba la piel.

Se metieron dentro del agua glacial, que les llegaba a las rodillas. Vio que sus pies vadeaban un océano plagado de pedazos de hielo y sintió que las botas le resbalaban en el lodo.

—¡Para, Eliana!

Estaba de pie sobre arena movediza, y el agua le lamía los talones. «La orilla.»

—¡Mírame! —Simon le gritaba, pero el campo de luz que tenía frente a sus ojos era demasiado brillante, demasiado terrible.

Cerró con fuerza los ojos y se volvió hacia él. Su cuerpo era incapaz de seguir manteniéndose en pie. Se cayó al suelo, Simon fue hacia ella y la sostuvo entre los brazos. El viento aullaba a su alrededor, y el hielo y la arena le azotaban la piel.

—¿Qué está pasando? —murmuró Eliana.

Un ataque de tos brutal se apoderó de ella. Le dolían todos los huesos del cuerpo, le ardían todos los músculos.

Una mano fría le retiró el pelo de la frente hacia atrás.

—Mira lo que estás haciendo, Eliana. Necesito que abras los ojos, vamos.

Ella se obligó a obedecer y miró hacia el mar. Vio relámpagos que destellaban; a cada segundo había tres descargas que pintaban el campo de

batalla de un color plateado y trémulo. Estos hacían pedazos a las reptadoras que aún nadaban hacia la orilla. Los icebergs entraban en erupción y llameaban. Las olas, negras y embravecidas, se estrellaban contra la flota imperial. Un viento salvaje arrancaba las velas de sus mástiles y creaba remolinos que se tragaban los barcos de guerra y los rompían por la mitad.

—¡Detenlo ya! —le gritó Simon por encima del viento.

—¿Lo estoy haciendo yo? —murmuró ella.

Entonces se dio cuenta de que no estaba respirando, de que la tormenta le había absorbido todo el aire de los pulmones. Con cada bocanada, el pecho le dolía y se le partía en dos.

Simon le sujetó firmemente la cara con las manos.

—Por favor, Eliana, mírame, mírame a los ojos.

Ella lo hizo. Los sollozos que no pretendía soltar le salieron de la garganta.

—La he matado. ¡No he podido salvarla!

—Lo sé. —Él le limpió la arena del rostro—. Lo siento. Pero ahora debes parar o nos matarás a todos.

Eliana negó con la cabeza. Bajo el rugido frenético de su desesperación, se dio cuenta de que, sin saber bien cómo, ella era la responsable de aquel caos: el mundo hacía eco de su propia rabia. Zahra tenía razón, y Simon, también. Había algo imposible en su interior. Siempre había creído que se trataba de un monstruo que ella había creado, un monstruo forjado con la violencia que ella había administrado para sobrevivir.

Pero la verdad era esta: su madre le había dado ese monstruo. La Reina Sangrienta. La Hunderreyes. Una traidora y una mentirosa.

En ese momento, Eliana decidió odiarla.

—¡No sé cómo detenerlo! —gritó.

Los dedos le ardían con la tormenta, y esa sensación le revolvió el estómago. Veía que los barcos se hacían añicos y que los soldados nadaban para salvar sus vidas. Las olas negras se levantaban hacia la orilla.

—Agárrate a mí —le susurró Simon, y la acurrucó contra su pecho—.

Agárrate a mí y piensa en Remy. Piensa en Navi. —Le puso una fría mejilla sobre la frente—. Piensa en tu hogar.

«Hogar.» ¿Cuál era su hogar ahora? ¿Orline? ¿O Celdaria?

Con aquella tormenta enfurecida, no conseguía recordar ningún sitio.

En vez de eso, escuchó el latido salvaje del corazón de Simon, imaginó que la voz de Remy le contaba un cuento antes de ir a dormir y respiró.

## Rielle

«Viento y agua.  
Fuego y sombra.  
Metal, tierra y luz del cielo...  
En este día de muerte, escuchad nuestra plegaria.  
Tomad la mano de nuestro amigo caído  
para que con vosotros renazca  
y empiece de nuevo.  
Bajo los ojos de los Siete, oramos.»

Rito funerario tradicional de Celdaria

Horas después de la bendición del arconte, cerca de la medianoche, Rielle llevó a Audric a los aposentos de Ludivine.

Esta se levantó de su silla junto al fuego y sonrió con cautela.

—Bien, habéis venido.

Audric cerró la puerta tras ellos de un golpe.

—Rielle me ha dicho lo que eres.

Ludivine puso cara de decepción. Miró a Rielle.

—¿Qué más te ha contado?

—¿No te parece suficiente?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No tengáis miedo de mí, por favor. Solo quiero ayudaros. Es lo que siempre he deseado.

Audric se ablandó.

—De acuerdo. Ayúdame. Ayúdanos a entenderlo.

Ludivine posó una mirada infinitamente tierna sobre Rielle.

—Vine a protegerla. Cuando nació, la sentí. Igual que todos los demás.

—¿Todos?

—¿Los otros ángeles? —aventuró Rielle con el pecho contraído.

Ludivine asintió con desconsuelo.

—Sí, los otros ángeles. Ya llevo años intentando protegerte lo mejor que puedo.

Audric se pasó ambas manos por el pelo.

—No lo entiendo. Eres Ludivine. Eres mi prima. Te conozco desde pequeño. Estaba presente el día que naciste, ¡por el amor de Dios! Siempre has sido... tú.

—Sí. —La sonrisa de Ludivine era triste—. Y no. ¿Os acordáis de cuando tuve... de cuando Ludivine tuvo aquella fiebre espantosa hace tiempo?

—Tenías dieciséis años —recordó Rielle. Se hundió en un banco que había junto al fuego—. Durante toda la noche aguardamos en tu puerta con la reina Genoveve y tu padre, esperando que lo superaras.

—Sí. Pues bien. —Ludivine inspiró profundamente y puso los hombros firmes—. No sobreviví. Mejor dicho: no sobrevivió. Ludivine Sauvillier murió aquella noche, y yo ocupé su lugar.

Audric se alejó y se movió con rapidez por la habitación.

—Tiene que tratarse de una broma.

«No es una broma —gritó la voz de Ludivine en la mente de Rielle—. ¡Díselo!»

—No es una broma —susurró Rielle. Ella se lo creía, aunque la horrible verdad se le instaló pesadamente en los pulmones—. ¿Cómo has podido ocultarnos esto durante tanto tiempo? Si nos quieres, tal como aseguras...

—¡Me habría encantado decíroslo! —Ludivine tenía los ojos brillantes de lágrimas—. Lo deseaba cada día. Pero pensé que era mejor callar. Pensé que así os protegería. Pensé... —Ludivine negó con la cabeza e hizo un gesto de

impotencia—. Quería ahorrarnos este sufrimiento a los dos durante todo el tiempo posible.

—¿Protegernos de qué? —preguntó Audric con voz crispada—. Estás dando rodeos. Habla con claridad, y hazlo ya.

Ludivine inspiró y espiró con los puños apretados. Cuando habló de nuevo, lo hizo de un modo terminantemente triste.

—El Portal se está cayendo.

La habitación se sumió en el silencio.

—Cuanto más se debilite —dijo al cabo de un momento—, más veremos los estragos. Oleadas, terribles terremotos y otros desastres que soy incapaz de predecir. Y cuando caiga del todo, los ángeles regresarán, tal como predijo Aryava. Imaginaos una puerta que unas manos incansables golpean constantemente. Eso es el Portal, y las manos son las de mis semejantes, que se encuentran encerrados detrás de él.

—Atrapados en el Abismo. —Audric se sentó de manera insegura en una silla junto a la pared, lejos de las dos.

—Sí, en el Abismo. —Una sombra pequeña y extraña le cruzó el rostro a Ludivine, y su eco se extendió por la mente de Rielle, como un cambio durante el sueño.

—¿Cuántos sois? —preguntó él.

—Millones.

—Me refiero aquí, en este mundo. Seguro que han venido más igual que tú. Rielle se puso tensa. Su mente lo buscó sin pensar.

«¿Corien? ¿Estás ahí?»

Él no contestó. Llevaba en silencio desde el día en que lo había quemado.

Ludivine miró rápidamente a Rielle.

—Exacto, yo no fui la primera. Tampoco seré la última. Cada día que pasa, más se ensanchan las grietas que hay en la estructura del Portal. No todos los ángeles tienen la fuerza suficiente para pasar. El Portal es fuerte y está bien hecho. Es difícil escapar de su gravedad; cuando se abre una brecha, otra se

repara sola. Pero bastantes ángeles están consiguiendo atravesarlo, y pronto eso será un problema para vosotros. Ahora mismo hay docenas. Pronto habrá centenares.

—Tú no fuiste la primera. —Rielle levantó lentamente los ojos hacia Ludivine—. ¿Quién fue?

—Es alguien muy fuerte —dijo esta con suavidad—. Es el más poderoso de los que sobrevivimos a las guerras angelicales. Tardó siglos en escapar, pero lo consiguió. Me escabullí tras su estela, junto con otros, antes de que el Portal se sellara de nuevo. Llevo trece años vigilando a Rielle bajo una forma u otra, igual que él. Se llama Corien.

Trece años. «Desde que tenía cinco», pensó Rielle. Un campo de llamas centelleó ante sus ojos. Una casa que se derrumbaba. Su padre hincándose desesperado.

Decidió que, después de esa conversación, iría a verlo. Lo despertaría y le llevaría chocolate caliente. Él hablaría hasta que el sol saliera, y ella dejaría de tener tanto miedo.

Entonces su mente se dio cuenta de la verdad: la cama de su padre estaría vacía.

—El día que murió tu madre, Rielle —dijo Ludivine con voz apenada—, sentimos emerger tu poder. Poco tiempo después, Corien vino a por ti, y yo, también. Lo que pasa es que soy bastante joven. Mi mente no es nada comparada con la suya. Tengo que hacer uso de casi todo mi poder para protegerte del más mínimo de sus pensamientos.

—Y ¿por qué lo haces? —Rielle estaba furiosa por la cuidadosa compasión que había en la voz de Ludivine—. ¿Por qué quieres ayudarme a mí o a los humanos en general? ¿No quieres vengarte por haber pasado siglos atrapada en el Abismo?

—No —respondió sencillamente Ludivine—. Los humanos y los ángeles estaban en guerra. No os culpo de las acciones que vuestros ancestros llevaron a cabo para protegerse. Sois inocentes.

Ludivine se acercó a Rielle, pero esta se retrajo, así que la primera se apartó enseguida.

—Sin embargo, Corien desea vengarse por encima de todo —dijo Ludivine en voz baja—. No es justo que vosotros sufráis por eso. Haré lo que pueda para detenerlo porque es lo correcto.

—¿De veras? —Rielle levantó una ceja. Estaba decidida a permanecer impasible ante los ojos llenos de lágrimas de Ludivine—. ¡Qué noble eres!

Esta puso cara larga.

—Cielo, siento no ser una aliada fuerte. Sé que es difícil aceptarlo. Cada vez que él te habla, yo lo noto.

—Corien... ¿El ángel que nos atacó? —Audric miró primero a Ludivine y luego a Rielle—. ¿A qué se refiere, Rielle? ¿Él te habla?

El pánico se elevó rápidamente dentro de la chica. «Cuando lo descubra, se pondrá furioso.»

«No —contestó Ludivine con firmeza—. Te quiere.»

«Pero ¿por cuánto tiempo?»

«Para siempre. Él siempre te querrá.»

—Hace unos meses —empezó a decir Rielle con inseguridad—, el día de la carrera, oí una voz en mi mente.

«No se lo cuentes todo —le sugirió Ludivine—. Ahórrale lo peor.»

Lo peor: aquella oscura vastedad y el trono hecho de huesos. El nombre de Corien en sus labios al despertarse sola en la cama y el fantasma de sus manos sobre su piel.

Rielle tragó saliva. La vergüenza hacía que de los ojos le brotaran lágrimas ardientes.

—Me visita en sueños... y, a veces, cuando estoy despierta. Me habla durante las pruebas. Me dice que...

«Continúa», la alentó Ludivine con delicadeza.

Rielle se tocó las sienes y tragó saliva con fuerza.

Audric se arrodilló frente a ella.



—¿Qué es lo que te dice? ¿Cómo puedo ayudarte?

Ella, tras una neblina de lágrimas, miró los ojos de Audric, oscuros y firmes.

—Me quiere a mí —susurró—. No sé para qué. Pretende que me vaya con él. Dice que no tendrá siempre tanta paciencia. El día de la prueba del fuego, intentó conseguir que lo acompañara. Yo jamás lo haría. Lo quemé, pero... no sabría decir si eso lo detendrá.

—No lo hará —confirmó Ludivine—, pero tardará un tiempo en recuperarse.

Rielle le lanzó una mirada oscura.

—Según tú.

Parecía que a Ludivine le hubieran pegado una bofetada.

—Ya no confías en mí.

—Creo que, a estas alturas, es obvio. Pero ¿te extraña?

—Lo entiendo. Tengo que volver a ganarme vuestra confianza. —Ludivine asintió con la cabeza y apretó los labios—. Puedo hacerlo, ¡y lo haré!

—Dios mío. —La expresión preocupada de Audric le partió a Rielle el corazón en dos—. Rielle..., ¿por qué no me lo mencionaste?

—Estaba asustada. No sabía lo que pensarías de mí.

Él le sostuvo la cara con las manos y atrapó sus lágrimas con los pulgares.

—Podría haberte ayudado.

—Lo odio —susurró ella, y decía la verdad, pero no toda, y se despreciaba por ello—. No sé cómo librarme de él.

—Lo lograremos —intervino Ludivine, que se sentó a su lado.

—¿Tú también has entrado en su mente? —preguntó Audric con aspereza—. ¿Como él?

Ludivine lo miró a los ojos.

—Sí. Hace tres años que lo hago, aunque llevo mucho más tiempo cerca de ella.

—¿Corien sabe de tu existencia? ¿Sabe que estás aquí, en el cuerpo de

Ludivine, protegiendo a Rielle de él?

Ludivine asintió con la cabeza.

—Sí.

—Debo suponer —observó Audric— que no está demasiado contento de que trabajes en su contra.

—Él me considera una traidora a mi especie. —Ludivine apretó la mandíbula—. Es un título que llevo con orgullo si eso me permite mantener a Rielle a salvo.

Audric miró a su amada.

—Has dicho que llevas años vigilándola. Después has mencionado tu... la fiebre de Ludivine. Has dicho que... —parecía un poco disgustado— ocupaste su lugar.

—Ah, sí. —Ludivine se levantó—. Cuando nos encerraron en el Abismo, perdimos nuestros cuerpos y pasamos a existir solo en nuestros pensamientos. —Lo contó con toda naturalidad, como si el hecho de que te arrebataran el cuerpo fuera algo insignificante—. Cuando Corien y yo escapamos de aquel lugar, pudimos poseer cuerpos humanos recientemente... desocupados.

A Rielle se le revolvió el estómago. Se alejó de la chica e intentó tener la mente lo más clara y anestesiada posible. Si pensaba demasiado que Ludivine —su Ludivine— había muerto hacía tiempo y que ahora su cuerpo estaba poseído por esa otra Ludivine, esa criatura, se sentía mareada y agitada, como si se precipitara por el borde de un acantilado.

—¡Por todos los santos! —susurró Audric—. Quieres decir que poseísteis esos cuerpos y que ahora vivís en su interior y los controláis.

Ludivine asintió con la cabeza.

—Básicamente, sí.

—¿Puedes mantenerlo... para siempre?

—Una vez que me apodero de un cuerpo, este para de crecer y permanece en el mismo estado durante todo el tiempo que yo esté dentro.

—Incluso si caes hacia la muerte —susurró Audric, con una sonrisa triste

en la cara.

—Incluso si caigo hacia la muerte.

Él negó con la cabeza.

—Ahora mismo, no sé qué decirte. No puedo decidir qué siento con más intensidad: rabia, miedo o, para serte sincero, fascinación. —La fulminó con la mirada—. No deberías habernos mentido durante tanto tiempo. Merecíamos la verdad.

Ludivine asintió con la cabeza.

—Lo sé. Tienes razón. Es que... —Dudó y dibujó una triste sonrisa—. Tenía miedo de perderos.

—No somos de tu propiedad —replicó Audric con aspereza.

Ludivine dejó escapar un sollozo suave. Les cogió las manos y, al ver que ellos no se apartaban, pareció tan profundamente aliviada que Rielle tuvo que evitar su mirada.

—Por favor —dijo Ludivine—, quiero que sepáis que todo lo que hemos compartido, estos últimos años, ha sido real y muy valioso para mí. He vivido a vuestro lado desde que erais pequeños, os he visto crecer y sentí un profundo dolor cuando Ludivine murió. Para mí fue un consuelo poder traéroslo de vuelta, aunque fuese en una pequeña parte. Por favor, cielos —susurró—, no dudéis de que os quiero. Durante toda mi larga vida, jamás había querido algo o a alguien tanto como a vosotros.

—No puedo decirte lo mismo. —Audric rio con dureza—. No sé ni cómo llamarte. ¿Tienes un nombre angelical?

—Ludivine. Os ruego que me llaméis Ludivine. Mi nombre angelical ya no importa... y es una palabra que me da igual. Sé que no merezco pedíroslo, pero es quien soy ahora, ella es en quien me he convertido...

—Por favor —la cortó Audric—. Basta, no puedo seguir con esto. Necesito... Tengo que pensar sobre ello.

Ella asintió con la cabeza y sonrió con valentía.

—Claro. Lo entiendo.

«No me rechazéis, por favor —pensó Ludivine hacia Rielle—. El mundo depende de ello, pero, sobre todo, yo no podría soportar...»

«No temas. —Rielle intentó mandarle un sentimiento de amor, por muy leve que fuera, aunque no estuviese segura de si se lo merecía. Pero no podía seguir soportando el peso de la desesperación silenciosa de Ludivine sin ofrecerle un pequeño rayo de esperanza—. No nos perderás tan fácilmente.»

—Debo deciros —añadió Ludivine en voz baja— que, aunque en vuestros términos sea poco más que una niña y menos poderosa que Corien, soy bastante más fuerte que la mayoría de los de nuestra especie. Muchos no pueden tomar un cuerpo humano así, al menos no con tanta... efectividad.

«Por eso —pensó hacia Rielle—, necesitarán ayuda.»

Rielle la miró fijamente. Empezó a entenderlo todo a medida que, poco a poco, la idea fue penetrando en su cabeza hasta que no dejó espacio para casi nada más. «Me necesitarán a mí.»

\* \* \*

Una semana más tarde, Rielle estaba de pie ante el espejo de cuerpo entero de sus aposentos, arreglándose los pesados pliegues negros del vestido.

Afuera, un cielo estrellado de lavanda se fundía en una noche despejada. *Atheria* estaba solemnemente de pie en la terraza y miraba hacia la ciudad. Pronto sonarían las campanas del templo y empezaría la procesión del cuerpo del rey Bastien por las calles de Âme de la Terre.

Ludivine emergió de la sala de baños, con el pelo dorado recogido en una alta corona de trenzas. Su vestido de luto, al igual que el de Rielle, era de cuello alto.

—¿Estás preparada? —le preguntó Ludivine mientras se ponía los guantes.

Rielle observó su reflejo. Unas sombras se le aferraban a los ojos. Habían pasado dos semanas desde la prueba del fuego y, desde entonces, no había dormido más de tres o cuatro horas cada noche. Habían mandado el cuerpo de

lord Dervin a su casa, a Belbrion, para que su hijo, Merovec Sauvillier, se hiciera cargo de él. Hacía apenas unas horas que Rielle había visto el cadáver de su padre ardiendo en una pira en la cima de una montaña. Era lo que él siempre había deseado, que su cuerpo regresara al empirio del mismo modo en el que lo había hecho su mujer.

Rielle observó a Ludivine moverse por la habitación y arreglar el caos de peines, alfileres y cremas suavizantes. Era un ritual que le resultaba tan familiar que sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Creía que había terminado de llorar —dijo con una risa hueca—. Supongo que no.

Ludivine se detuvo junto a la ventana, y su esbelta figura quedó enmarcada en el crepúsculo. Era un cuerpo que se había quedado eternamente congelado a los dieciséis años... ¡Qué cosa tan extraña y terrible!

No podrían esconder aquel secreto para siempre.

—Desearía poder ayudarte —dijo Ludivine, y Rielle sintió que esa verdad le rozaba la mente—. Deseo tantas cosas...

—Que no confíe en ti ahora mismo no significa que no te quiera. Desearía no hacerlo, y quizá no debería a causa de lo que hiciste, pero aun así lo hago.

—Rielle se dio la vuelta para no ver la esperanza que brillaba en el rostro de Ludivine—. Ya está. Hacía días que me apetecía decirlo y ya lo he dicho.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Evyline entró y tosió con delicadeza.

—¿Mi lady? El príncipe Audric ha venido a veros.

Los nervios hicieron que a Rielle se le disparara el corazón. Desde la prueba, Audric había estado tan ocupado con reuniones, funerales y cuidando a su madre que ella apenas lo había visto. Además, cuando lo hacía, se enfrentaba a él con un miedo nuevo: a que él se percatara de las mentiras que le rondaban el corazón y se alejara de ella para siempre.

Pero cuando Audric entró en la habitación, vestido de un luto meticuloso, todo eso se esfumó de su mente. Si a ella se la veía cansada, a él, todavía más:

tenía la piel pálida y demacrada, y los ojos, rojos de agotamiento. Su dolor lo seguía como una sombra.

Rielle se acercó a él de inmediato. Sin mediar palabra, Audric abrió los brazos para acogerla.

—Te he echado de menos —susurró él, con la voz amortiguada por su pelo—. ¿Sería muy horrible por mi parte que te invitara a mi cama esta noche?

Por un momento, ella solo pudo pensar en sus brazos rodeándola. Esbozó una sonrisa contra su hombro.

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Mi luz y mi vida. —Audric se inclinó y la besó con ternura.

—¿Está todo listo abajo? —preguntó Ludivine.

—Nuestro escolta nos está esperando. —Audric se detuvo, soltó a Rielle y le tendió una mano dudosa a Ludivine—. Pero antes de que bajemos, necesito hablar contigo un momento. Con las dos.

Rielle se puso tensa.

«No te preocupes. —Ludivine tomó la mano de Audric—. No sabe nada y nunca, nunca se enterará. Yo me encargaré de ello.»

—Se trata de... todo esto. De Corien. Del Portal y de los ángeles. De ti, Lu. —Audric le soltó la mano a Ludivine con una sonrisa apretada—. Es demasiado y me cuesta mucho hacerme a la idea. Ahora que mi padre se ha ido... —se le quebró la voz—, mi madre será quien nos lleve a la guerra llegado el momento, y debemos ayudarla, Rielle... Tú y yo. Lu, no le diremos a nadie lo que eres, claro, pero también serás fundamental en los próximos meses y años. El conocimiento que tienes sobre tu especie nos resultará inestimable.

Ludivine asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

Audric la observó.

—¿De veras deseas tanto darle la espalda a tu propia gente?

—Ellos no son mi gente —dijo Ludivine—. Ya no. Mi gente sois vosotros.

—Los miró a ambos con una expresión abierta y decidida—. Os soy leal a vosotros y a nadie más.

Rielle miró a Audric. Sus ojos se encontraron, y ella no necesitó el poder de Ludivine para entender lo que él estaba pensando: Audric aún estaba receloso de la chica, igual que Rielle. Pero, si no confiaban en ella, ¿qué otra opción tenían?

—Mi madre necesitará consejeros —prosiguió Audric al cabo de un momento—, y nosotros seremos los más cercanos. Debemos fortalecer nuestras fronteras, llegar al resto del continente y descubrir lo que saben... y lo que no.

—También debemos viajar hacia el Portal —añadió Rielle— para evaluar nosotros mismos los daños.

Audric asintió con la cabeza.

—Tal y Sloane nos acompañarán. Él ha insistido. Y adonde va Tal...

—... va Sloane. —Ludivine cerró las manos sobre el regazo—. Ella no dejará que él acapare la diversión.

El tono forzado de alegría que había en su voz pareció sacudirlos a todos.

Audric bajó la vista al suelo.

—Hay una cosa más. Si vamos a meternos en esto juntos, no debemos tener secretos. Si percibes la presencia de otros ángeles, Ludivine, quiero saberlo. Y, cuando Corien venga... —Audric le cogió la mano a Rielle—. Cariño, me lo tienes que contar. Si vuelve a importunarte con su presencia, he de saberlo. Necesito estar al tanto de lo que dice y de lo que hace. Cualquier pista sobre su paradero, con quién puede estar, cuáles son sus planes... Cualquiera de estas cosas nos resultará útil. Cuando nos ataque, quiero estar preparado, y tú eres la conexión más directa que tenemos con él.

Rielle, incapaz de hablar, asintió con la cabeza. Era insoportable lo poco que él sospechaba de sus mentiras. Audric levantó la mano de Rielle, se la llevó a los labios y le besó los dedos apretados.

—Lo siento —dijo él, con la voz tensa y furiosa—. Ojalá no tuviera que

pedirte esto.

—No lo sientas. —Rielle intentó esbozar una sonrisa alentadora—. Soy la Reina Solar, ¿no? Es mi deber.

—Tienes razón a medias, mi amor. Tú me proteges a mí y a mi reino, pero nosotros también te protegemos a ti.

Abajo, por toda la ciudad, las campanas del templo dieron las nueve en punto. La procesión empezaría dentro de media hora.

—¿Vamos bajando? —Ludivine estaba un poco apartada de ellos y les sonreía con cautela—. No debemos llegar tarde.

—Primero, prometedme una cosa. —Audric le tendió la otra mano a Ludivine—. A partir de ahora, somos un equipo. Los tres.

Ludivine dudó y, a continuación, le cogió la mano.

Rielle se unió a ellos y tragó saliva con fuerza para combatir la culpa ardiente que le oprimía la garganta.

—Lo prometo —dijo, y lo besó en la mejilla—. Se acabaron los secretos.

—Y las mentiras —añadió Ludivine.

—Somos un equipo —confirmó Audric, y las escoltó escaleras abajo.

\* \* \*

Ciudadanos encapuchados ocupaban las calles de Âme de la Terre, llevando velas en diminutos cuencos de latón. De cada puerta y ventana colgaban lámparas de luto que titilaban suavemente.

La procesión ascendía poco a poco por la ciudad: primero, a través de los puentes del lago; después, por las estrechas calles bajas y, por último, por las vías pavimentadas del barrio de los templos. Los acólitos más jóvenes de cada templo encabezaban la marcha y esparcían pétalos blancos. Siete silbavientos guiaban lentamente a través de la ciudad la camilla del rey Bastien, envuelta en seda, sobre una suave nube de aire. El rey tenía las manos sobre la cintura y el rostro sereno.



La reina Genoveve iba detrás de ellos, cogida del brazo de Audric. Rielle, situada tras ella y al lado de Ludivine, veía cómo la reina se apoyaba pesadamente en su hijo.

Más allá de las puertas del castillo, solo se permitía la entrada a los miembros de la realeza. Los dolientes se amontonaron silenciosamente junto a la línea de guardias que les impedía el paso. Rielle miró hacia atrás solo una vez y vio una masa de cabezas inclinadas y de velas titilantes parecida a los ríos negros que bajaban de las montañas, pasaban junto a la muralla periférica de la ciudad y llegaban hasta los Llanos. La gente abarrotaba todas las calles y ocupaba todos los jardines de los templos.

Se dio cuenta de que algunos no miraban al rey, sino a ella. ¿Acaso se preguntaban cuántos habían caído, incluso teniendo a la poderosa Reina Solar para defenderlos?

¿Tenían miedo de cómo influiría eso en los días venideros?

Rielle, preocupada y con el corazón en un puño, apartó la vista de los fríos ojos que la observaban desde diferentes lugares.

«¿Qué están pensando los que no dejan de observarme?» Le agarró la mano a Ludivine.

«Se cuestionan muchas cosas», contestó ella.

«Se preguntan por qué pude salvarte a ti, pero no a sus seres queridos que murieron en la prueba. Y tampoco a su rey.»

Ludivine se quedó callada durante un momento y, a continuación, le apretó los dedos a Rielle. «No le des más vueltas. Estate aquí, conmigo y con Audric. Ambas le debemos respeto a Bastien.»

La procesión entró en los jardines traseros de Baingarde. El color rosa de los árboles de la melancolía resplandecía por toda la cubierta verde y sombreada. Los estanques permanecían negros y tranquilos.

Al llegar a la boca de las catacumbas, la reina Genoveve se alejó de Audric y se colocó junto a las grandes puertas de piedra. Se arrodilló, se puso los dedos sobre el corazón, la sien, la garganta, la palma de la mano, la frente,

la nuca y los párpados. Se puso de pie mientras los acólitos abrían las puertas y empezaban a cantar.

Santa Katell había entonado el mismo lamento antiguo sobre el cuerpo de Aryava. La voz desgarrada de la reina se quebraba con cada palabra..., pero se mantuvo erguida e impasible mientras el cuerpo de su marido pasaba a su lado y se adentraba en las sombras.

Justo entonces, cuando el cadáver de Bastien se desvanecía en la oscuridad de las catacumbas, Rielle notó que la brisa le besaba la piel.

Sintió que su poder se le extendía suavemente por los huesos, como una ola creciente en un mar ensordecedor.

Temblando, miró hacia los árboles del este, donde las montañas que rodeaban la capital estaban más oscuras. Ludivine le apretó los dedos con la mano, pero ella apenas lo notó.

Supuso que había oído simplemente el ulular del viento.

O quizá hubiera sido un susurro que la llamaba por su nombre.

## Eliana

«Vi la tormenta que ella hizo bajar del cielo y cómo esta prendía fuego a los monstruos del Imperio y partía los barcos en dos. En ese momento, caí de rodillas y lloré. Porque lo supe con la misma certeza con la que sé que tengo huesos en el cuerpo: la Reina Solar había venido al fin.»

*Recopilación de historias escritas por los soldados  
en el reino libre de Astavar,  
editado por Hob Cavaserra*

Eliana se despertó en silencio de un sueño pesado.

Encima tenía una bóveda de color violeta decorada con estrellas plateadas.

Debajo tenía una cama cómoda, con sábanas frescas y llena de almohadas.

A su lado...

—Simon —susurró.

Él estaba a su lado en una sencilla silla de madera, sujetándose la cabeza con las manos. Al oír el sonido de su voz, levantó la mirada. El destello de una ternura que ella no le había visto nunca le cruzó el rostro magullado.

—Eh, hola. —Él le tocó la frente—. Qué bien, ya estás un poco más fría.

Entonces lo recordó todo.

La tormenta, negra y brillante, que se enfurecía sobre el mar agitado.

Simon en la playa la agarraba temblando de agotamiento. «Estás ardiendo. Mírame, Eliana. Debes parar o nos matarás a todos.»

—No —susurró Eliana, con el rostro descompuesto—. No, no, no.

—Escúchame. —Simon le cogió las manos—. Nos salvaste. A todos. Astavar aún es libre. Destruiste la flota del Imperio. Lo hiciste tú, Eliana, y deberías estar orgullosa de ello.

Ella pestañeó para retener las lágrimas. Le costaba respirar.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres días. Te he alimentado lo mejor que he podido.

—¿Y Remy?

—Está dormido.

Simon miró hacia atrás por encima del hombro. Eliana dirigió la vista hacia allí y encontró a su hermano durmiendo tranquilamente sobre un montón de mantas, junto a una chimenea ardiente. Tenía la boca abierta y roncaba.

Ella soltó una risita cansada.

—¿Y Navi?

—Está bien, descansando. Los sanadores de los reyes creen que Fidelia aún no había empezado con los experimentos, sino solo con los preparativos.

—¿Y tú? —Ella le examinó el torso lleno de puntos, las quemaduras que le coloreaban la cara y el borde enrojecido de los ojos—. Ay, Simon, tus ojos...

—No te preocupes. Se están curando. Además, he vivido momentos peores.

Ella se lo creyó sin rechistar, pero aun así ignoró las protestas de Simon y se incorporó. Alguien la había vestido con un camisón oscuro y sencillo. Aunque le doliera el cuerpo, lo tenía entero y sano, lo que le desagradó terriblemente. ¿Un monstruo sale ileso mientras que el otro se lleva todas las cicatrices?

Dejó las piernas desnudas colgando por el borde de la cama y, sin levantarse, se acercó a Simon. Sus rodillas chocaron levemente. Eliana alargó la mano hacia el rostro de Simon. Dudó. Él la miraba tan fijamente que estuvo a punto de perder el valor.

Solo a punto.

Le pasó suavemente los dedos por el pelo, por la mejilla y por la

mandíbula. Aunque evitara rozar las peores heridas, seguía preguntándose si no sería demasiado..., si no sería una intrusión egoísta.

Pero no podía resistirse a tocarlo. Buscó en las líneas cansadas de su cara al niño asustado que Zahra le había mostrado. Cuando le rozó la boca con el pulgar, ambos se estremecieron.

—¿Te hago daño? —susurró.

Él cerró los ojos y se abandonó a sus caricias.

—No —dijo con voz ronca—, y si alguna vez me lo hicieras, lo soportaría de buena gana.

—Luchamos bien juntos.

—Sí, muy bien.

—Siento que estés herido. —El puro deseo que se reflejaba en la cara de Simon hacía que a Eliana se le contrajera el pecho. Se preguntó cuándo habría sido la última vez que alguien lo había tocado con algo de ternura—. Ojalá pudiera librarte del dolor.

—Eliana..., por favor. —Le cogió la mano con suavidad y abrió los ojos—. No sientas lástima por mí. Cuando puedo, intercepto los golpes dirigidos a ti. —Agarró algo de la mesilla que estaba junto a la cama y se lo puso en las manos—. Tú eres mi reina, y mi vida es tuya. Ha sido así desde el día en que naciste.

Ella clavó los ojos en el collar.

—Esto era suyo, ¿verdad? De la Reina Sangrienta. Mi madre dijo que lo había encontrado en la calle, pero... ¿acaso lo sabía?

—¿Que si Rozen Ferracora sabía quién eras en realidad? Lo dudo.

Ella se puso de nuevo la cadena alrededor del cuello y respiró un poco mejor con aquel peso entre los pechos.

—Entonces ¿ahora me crees? —le preguntó él.

Ella evitó mirarlo.

—¿Acerca de qué?

—De que eres la persona que te he descrito.

—Si fuera cierto, ¿qué significaría?

—Significaría que has heredado el poder de la Reina Sangrienta; que, sin lugar a dudas, eres la única persona capaz de destruir el Imperio, y que pronto todo el mundo sabrá que la hija de Rielle vive... y cada país te querrá para sí.

—¡Ah! ¿Eso es todo? —dijo ella con un temblor en la voz.

—No tendrás que pasar por ello sola —dijo Simon de inmediato—. Jamás me apartaré de tu lado, Eliana. Haré todo lo que pueda para mantenerte a salvo.

—Porque soy... tu reina. —Estas palabras le sonaron huecas y ridículas en los oídos.

—Sí, y porque... —Se detuvo—. Porque eres nuestra oportunidad de salvarnos.

Ella se levantó, pasó a su lado y empezó a andar de forma insegura bajo la luz de las velas de la diminuta alcoba que rodeaba la cama.

—Supongo que no puedo seguir negándolo, ¿no? Después de... —Agitó una mano en el aire.

—¿Después de tu tormenta?

Su tormenta. Cerró los ojos. La amargura le llenaba la boca al recordar los relámpagos salvajes y el océano ardiéndole en la punta de los dedos, al recordar cómo no se había sentido ella misma en absoluto y cómo había perdido el control sobre su propio cuerpo.

No quería volver a sentirse así jamás.

Observó el pecho de Remy moverse arriba y abajo.

—Háblame sobre aquella noche que vi.

—¿Cuál?

—Creo que me la mencionaste en el barco de Rahzavel. —Se volvió hacia Simon y, por un momento, se quedó sin aliento al ver su fija mirada, pura e inquebrantable—. Zahra entró en mi mente y me mostró una visión. Había un niño con un bebé en brazos. Me enseñaste un pedazo de mi manta.

—Fue la noche en que naciste —dijo él enseguida—. Tu madre, Rielle,

decidió mandarnos lejos para que Corien no pudiera alcanzarte. Yo era su única oportunidad. Así que te envolvió en una manta, te puso en mis brazos y me dijo que te llevara al norte, a Borsvall, a buscar asilo.

Ella se llevó la mano al collar.

—¿Y esto?

—Fue un regalo del rey Ilmaire de Borsvall. Ella te lo puso en el cuello y te envolvió en la manta. Creo que era un mensaje para él.

Eliana asintió lentamente con la cabeza. A lo largo de los años, había oído de boca de Remy diferentes versiones sobre la Caída de la Reina Sangrienta. Todas eran mucho más extraordinarias que esa. No quería sentirse triste por la mujer cuya sangre infame le infectaba las venas.

—Y entonces murió.

—Entonces murió, sí. El último acto que llevó a cabo en este mundo fue salvarte.

Eliana soltó una risita burlona y miró al techo.

—No estoy segura de que hiciera un buen trabajo. Además, sigo sin entender cómo acabamos aquí, más de mil años después.

«Tu madre, Rielle, decidió mandarnos lejos.

»Yo era su única oportunidad.»

Ella volvió a acercarse lentamente a Simon.

—Fuiste tú quien nos trasladó. Mencionaste un hilo que era demasiado fuerte como para retenerme. —El corazón le latía con fuerza y los pensamientos le invadían la mente. Se dejó caer sobre el borde de la cama—. Eres un marcado.

Simon la miró con ojos brillantes.

—Lo fui hace tiempo.

—Pero Remy dijo que los marcados tenían alas en la espalda, como una señal de nacimiento. Yo te he visto la espalda y...

—La fuerza de la muerte de Rielle desalineó el mundo entero. Muchas cosas no son como antaño. Además, el profeta se aseguró de erradicar

cualquier prueba que me quedara en la piel.

La oscuridad que había en su voz hizo que Eliana se enfureciera.

—¿Quién es ese profeta? ¿Qué es lo que te hizo?

Simon le tocó la mejilla con el reverso de los dedos.

—Mi reina se preocupa por mí. Cálmate, corazón negro y travieso.

—Como tu reina —lo interrumpió ella con una pizca de inseguridad en la voz—, podría hacer que te colgaran por tocarme sin mi consentimiento, ¿no es así?

Él bajó la mano enseguida, pero Eliana la cogió y se la llevó a la mejilla.

—También podría exigirte que te quedaras tan cerca como quisiera.

Él, sin dejar de mirarla a los ojos, se arrodilló a sus pies.

—Haré lo que mi reina ordene.

—Tu vida me pertenece —susurró ella mientras se pasaba la mano de Simon por la cara, la garganta y la hacía descansar sobre su collar.

A través de la fina tela del camión, los dedos de Simon le quemaban la piel.

—Puedes hacer con ella lo que desees, Eliana —dijo él con suavidad—. Antes, ahora y siempre.

Ella alargó su mano libre hacia él.

—Ven aquí —dijo, y tiró de él para levantarlo y ponerlo a su altura.

Al estar tan cerca de Simon, no podía pensar en nada más: ni en su madre ni en ese mundo lleno de guerra y de ángeles de ojos negros ni en la tormenta que aún le hormigueaba bajo la piel. Él le rozó la caída de la cadera con los dedos, y ella cerró los ojos. La pena y el deseo se le retorcieron bruscamente por la columna vertebral.

—Por favor, Simon. —Respiraba lentamente. Los ojos le ardían con lágrimas próximas y precarias. Era evidente que hacía demasiado tiempo que no la abrazaban, ya que se había deshecho en pedazos al sentir las manos de otra persona sobre su cuerpo. De repente, anhelaba con tanta intensidad liberarse de todo que la cabeza le daba vueltas—. Si no te duele demasiado...



—Eso no me importa. —Simon le pasó las manos por el pelo, y esa caricia tan suave la hizo estremecerse—. Tú eres lo único que me importa.

Eliana se le acercó y lo agarró de la camisa para atraerlo hacia ella. Notar el calor de Simon bajo la palma de sus manos le despejaba la mente cansada y le agudizaba los extremos doloridos del cuerpo.

—¿Hay alguna otra habitación cerca?

Él le tocó las mejillas con los pulgares, de una forma respetuosa y con la suavidad de una pluma.

—La mía está justo al final del pasillo...

—¡Ah! Estáis aquí.

Eliana dio un brinco hacia atrás en el momento en el que Zahra emergía de las vigas superiores.

Simon soltó una maldición y lanzó una mirada asesina al techo.

—Espectro, ¿no podrías usar la puerta, como todo el mundo?

—¿Qué más te da? Tampoco podrías verme. —Zahra descendió flotando y se sentó junto a Eliana—. De todos modos, es mucho más divertido así.

Simon se alejó furioso, pasándose una mano por el pelo.

Con gran esfuerzo, Eliana apartó los ojos de él. Le ardían las mejillas.

—Zahra, me alegro de verte.

Ella enarcó una ceja e hizo una mueca con el borrón que tenía por boca.

—¿De veras, mi reina?

—Pues claro que sí. —Movié los dedos por la muñeca de Zahra—. Te agradezco mucho que nos ayudes.

—Lo sé —contestó ella rebotante de alegría—. Te traigo un mensaje del príncipe Malik. Pronto subirá con sus padres para agradecerte lo que hiciste y para hablar de... lo que vendrá a continuación.

Zahra parpadeó en dirección a Simon.

—¿De qué se trata? —Eliana siguió la mirada del espectro hasta llegar a la del chico, que estaba de pie medio oculto en la penumbra y observaba el fuego—. ¿Qué es lo que vendrá a continuación?

Remy se sentó, con la manta sobre los hombros y las mejillas sonrosadas por el sueño.

—Luchamos contra él —dijo con sencillez—. Nos enfrentamos al Emperador. —Levantó la mirada hacia Simon—. ¿Verdad?

Este torció los labios.

—Algo así.

Eliana miró sonreír a Remy y sintió un gran dolor en el corazón. Se parecía mucho a Rozen. Tenía la misma nariz pequeña y afilada y los mismos ojos brillantes. Tendría que decírselo... pronto.

«Nuestra madre está muerta, yo la maté.»

Lo perdería justo en el momento en el que las palabras le salieran de la boca.

Remy vio que estaba consternada antes de que ella pudiera esconderlo. Dejó las mantas de inmediato y corrió a su lado.

—No te preocupes, El —le dijo, y le cogió la mano—. Pase lo que pase, digan lo que digan, sigues siendo mía.

Eliana fulminó a Simon con la mirada.

—¿Qué le has contado?

—Navi me contó quién eres —dijo Remy, y alzó la barbilla—. Dijo que yo podría comprenderlo, y tenía razón.

Eliana le pasó una mano por el flequillo oscuro y salvaje.

—Remy, esta historia... podría no ser nada. Quizá no sea ni cierta.

—Piénsalo —dijo él—. Tu cuerpo es capaz de curarse solo, y nunca habíamos sabido por qué. Pero la razón está clara: todo tu poder estaba atrapado, dormido en tu interior, y no tenía nada que hacer, así que te curaba siempre que podía. Tiene mucho sentido.

Simon soltó una risita.

—Es una manera interesante de describirlo.

Remy, triunfante, le sonrió a su hermana.

—Sabía que eras especial, Eliana. Siempre lo he tenido claro.

—Por Dios, Remy. —Se frotó la cara—. Por favor, deja de...

—Deja que hable si quiere —contestó Simon—. Sobre todo porque tiene razón.

—Pero, si eso es cierto, ¿qué soy, exactamente? —Alzó las manos en el aire—. ¿Una general? ¿Un monstruo?

—Una salvadora —contestó Simon—. Un símbolo. Una reina.

—Pero ¡no sé cómo hacerlo! —Su voz se había vuelto desesperada. ¡Dios, se sentía desesperada!—. ¿Cómo se lucha contra el Emperador? No sabría ni por dónde empezar.

«Ni sé si quiero intentarlo.»

Luchar para salvar a amigos y a aliados era una cosa, pero ponerse en peligro por el bien del mundo entero no era una tarea que se alegrara de cargarse sobre los hombros.

Zahra la miraba con curiosidad. Sabía que el espectro podía sentir lo que estaba pensando, pero no le importaba.

—Yo te ayudaré —dijo Simon, con la vista clavada en el fuego—. No estarás sola ni un momento.

Ella se puso tensa.

—Y ¿qué pasa si me fallas?

—No lo haré.

—Y ¿qué pasa si soy yo quien falla?

—Entonces estaremos acabados, aún más de lo que ya lo estamos. Pero al menos lo habremos intentado, ¿no?

—Ya que estás tan seguro de todo —dijo Eliana—, dime una cosa: ¿seré como ella?

El fuego pintó de un ámbar titilante los penetrantes ojos azules de Simon.

—¿Como tu madre?

A su lado, Remy se encogió.

—Como la Reina Sangrienta —puntualizó Eliana con aspereza.

—¿Que si serás como ella? Es una pregunta que no puedo responder, solo

el tiempo lo dirá, y tú también.

—Me temía que contestarías eso.

Al oír el tono de su voz, Simon se volvió y la miró durante mucho rato. Cuando habló de nuevo, lo hizo con dulzura.

—Le diré a Malik que espere unas horas antes de venir a verte con los reyes. Puedes descansar y hablar con Remy. Haré que te traigan comida.

Ella negó con la cabeza y lo interrumpió. No podía hablar con Remy, aún no. Además, postergarlo durante horas haría que lo inevitable fuera incluso peor.

—Sí, comida —dijo—. Quiero mucha comida. Pero, después..., que vengan los reyes. —A continuación, se puso en pie y dijo la primera mentira de su nueva vida—: Estoy lista para empezar.

## Elementos de la trilogía del Empirio

En Celdaria, el reino de Rielle, la Iglesia es el principal organismo religioso. Los ciudadanos rezan en los siete templos elementales que se encuentran en las ciudades celdarianas. Los tipos de templo varían desde los formados por una sola habitación pequeña con un altar simple hasta los elaborados y lujosos edificios de la capital, Âme de la Terre. En todas las naciones del mundo de Avitas existen instituciones religiosas similares. En la época de Eliana, la mayoría de los templos elementales han sido destruidos por el Imperio Eterno, y muy poca gente sigue creyendo en las historias del Viejo Mundo que hablan de la magia, de los santos y del Portal.

ELEMENTO	NOMBRE ELEMENTAL	SIGILO	TEMPLO	COLORES
<i>sal</i>	<i>ruedasoles</i>		<i>la Casa de la Luz</i>	<i>dorado y blanco</i>
<i>aire</i>	<i>silbavientos</i>		<i>el Firmamento</i>	<i>azul celeste y gris oscuro</i>
<i>fuego</i>	<i>empuñafuegos</i>		<i>la Pira</i>	<i>escarlata y dorado</i>
<i>sombra</i>	<i>lanzasombras</i>		<i>la Casa de la Noche</i>	<i>negro y azul ultramar</i>
<i>agua</i>	<i>esculpeaguas</i>		<i>los Baños</i>	<i>azul grisáceo y verde espuma</i>
<i>metal</i>	<i>dominametales</i>		<i>la Fragua</i>	<i>carbón y naranja vivo</i>
<i>tierra</i>	<i>sacudetierras</i>		<i>el Arraigo</i>	<i>pardo y verde claro</i>

SANTO	SANTO PATRÓN DE	FORJADURA	ANIMAL ASOCIADO
<i>santa Katell la Gloriosa</i>	<i>Celdaria</i>	<i>espada</i>	<i>yegua blanco</i>
<i>san Ghovan el Valiente</i>	<i>Ventera</i>	<i>flecha</i>	<i>águila imperial</i>
<i>santa Marzana la Brillante</i>	<i>Kirvaya</i>	<i>escudo</i>	<i>pájaro de fuego</i>
<i>santa Tameryn la Astuta</i>	<i>Astavar</i>	<i>daga</i>	<i>leopardo negro</i>
<i>santa Nerida la Radiante</i>	<i>Meridian</i>	<i>tridente</i>	<i>kraken</i>
<i>san Grimvald el Poderoso</i>	<i>Borsvall</i>	<i>martillo</i>	<i>dragón de hielo</i>
<i>santa Tokazi la Firme</i>	<i>Mazybat</i>	<i>báculo</i>	<i>ciervo gigante</i>

## Agradecimientos

Hace catorce años, tuve una idea para un libro y decidí que quería ser escritora.

Catorce años es mucho tiempo, y necesito darle las gracias a mucha gente por haberme ayudado a conseguir mi sueño y a que *Furyborn* se haya convertido en el libro que tienes en tus manos.

Primero, a Diana Fox, que sacó mi propuesta original de *Furyborn* del montón de manuscritos y, con generosidad —y delicadeza—, me explicó qué era lo que debía mejorar y me ayudó a iniciarme en esta industria. A ti, Diana, te estaré siempre agradecida.

A mi editora, Annie Berger, con quien es un auténtico placer trabajar. Es paciente, perspicaz y valiente. Gracias por embarcarte conmigo en este viaje.

A mi agente, Victoria Marini: tu entusiasmo me inspira, y tu valor auténtico me hace sentir sabia y segura. Me honra poder llamarte mi agente... y mi amiga.

A todo el equipo de Sourcebooks Fire, incluyendo a la editora de mesa Elizabeth Boyer, a la directora editorial Annette Pollert-Morgan, a la correctora Diane Dannenfeldt, a Alex Yeadon, Katy Lynch, Beth Oleniczak, Margaret Coffee, Sarah Kasman, Kate Prosswimmer, Heidi Weiland, Valerie Pierce y Stephanie Graham. Gracias a todas por acogerme a mí y a *Furyborn* con tanta pasión y emoción.

A Michelle McAvoy, Nicole Howler y David Curtis, que hicieron que *Furyborn* tuviera un aspecto tan bonito, por dentro y por fuera. Gracias.

Antes, este libro era el triple de largo y ocupaba tres cuadernos enormes. De hecho, hay personas que se leyeron ese tocho y que aún me hablan. Gracias a Erica Kaufman, Beth Keswani, Starr Hoffman, Ashley Cox y Cheryl Cicero. También quiero agradecer a los que, a lo largo de los años, leyeron las partes cruciales de este libro: Kait Nolan, Susan Bischoff, Justin Parente, Kendra Highley, Gabi Estes, Britney Cossey y Amy Gideon.

A Jonathan Thompson, el Lysol de mi Monica, el Simon (Tam, no Randell)



de mi River, el Brit-Brit de mi Cate. Gracias por creer siempre en mí.

A mi dulce hermanastra, Ashley Mitchell, que hace muchos muchos años elaboró la primera lista oficial del elenco ideal de este libro. Aún tengo el documento de Word y jamás dejaré de adorarlo (¡ni a ti tampoco!).

A Brittany Cicero: tú leíste el primer borrador de la primera versión de *Furyborn*, semana tras semana, capítulo a capítulo, como si yo planeara sobre tu hombro y te observara el rostro para detectar cualquier minúscula reacción. Te quiero. Sin ti, este libro no existiría.

A Michelle Schusterman: tú leíste el primer borrador de esta versión de *Furyborn* a medida que lo escribía, día tras día, capítulo a capítulo. Si no hubieras estado a mi lado, yo no habría conseguido vencer a este salvaje monstruo. Siempre te lo agradeceré.

A Diya Mishra: no creo que nadie más en este mundo entienda este libro tanto como tú. Eres mi brillante reina bruja de Slytherin, mi cómplice en *liar* a personajes entre sí, y estoy contentísima de que *Winterspell* nos uniera.

A Alison Cherry, cuya mente maravillosa mejoró mucho esta novela. Ella me ayudó a bajar de muchos —demasiados para contarlos— acantilados de ansiedad y de falta de confianza en mí misma. Gracias, amiga, por ser mía.

A Lindsay Eagar (por inspirarme constantemente y por tu corazón salvaje e imparable), Heidi Schulz (por Marky Mark y por ser una de las mejores personas que conozco), Lindsay Ribar (por ese paseo por el bosque), Sarah Maas (por el *ballet*, por *Alien(s)* y por tus generosas notas), Sara Raasch (por nuestra fiesta invernal de lanzamiento por partida doble y por las generosas notas que me redactaste), Lauren Magaziner (por tu amor, tu apoyo y las citas de escritura), Isaiah Campbell (¡ídem!), Ally Watkins (por estar siempre pendiente de mí y por tu corazón amable), Katie Locke (por tus notas, tu perspicacia, las citas de escritura y los ánimos), Mackenzi Lee (por tu extrema amistad) y Kayla Olson (por las galletitas saladas, por nuestros sitios en aquella mesa perfecta, por animarme siempre). Gracias.

También muchas gracias y muchos abrazos en la distancia para: Emma Trewayne, Kat Catmull, Stefan Bachmann, Megan McCafferty, Sammy Bina, Anna-Marie McLemore, Sarah Enni, Caitie Flum, Adam Silvera, Leigh Bardugo, Corey Ann Haydu, Nova Ren Suma, Anne Ursu, Phoebe North, Serena Lawless, Shveta Thakrar, Laini Taylor, Sarah Fine, Amie Kaufman, Brooks Sherman, Anica Rissi, Navah Wolfe, Cat Scully, Shannon Messenger, Nikki Loftin, CJ Redwine, Eugene Meyers, Ellen Wright, Jay Kristoff, Zoraida

Cordova... A lo largo de los años, me habéis apoyado e inspirado de innumerables maneras. Estoy impaciente por ver lo que os depara el futuro a todos y cada uno de vosotros.

A mi familia: todos me habéis aguantado mucho a lo largo de los años. Leísteis todos los archivadores gigantes. Me escuchasteis cuando me preocupaba conseguir un agente. Nunca dejasteis de decirme que lograría hacer realidad mis sueños. Anna, Drew, papá, mamá... Os quiero a todos, os quiero muchísimo.

Por último, te agradezco a ti, intrépido lector, que le hayas hecho un hueco a este libro —y a estos personajes a los que tanto quiero— en tu corazón.

*Furyborn 2. El laberinto del fuego eterno*  
Claire Legrand

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Furyborn*

© del texto: Claire Legrand, 2018  
© de la traducción: Paula Fernández Espriu, 2018  
Diseño de interior y cubierta: Sourcebooks, Inc.  
Ilustración y diseño de la cubierta: David Curtis

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21306-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta